

Bianca

Farsa obligada

Miranda Lee

FALSA APARIENCIA DE MIRANDA LEE

Capítulo 1

El primer indicio que tuvo Juliana de que algo andaba mal, fue la llamada telefónica de Stewart a su oficina. No se trataba de algo inusual, ya que el secretario de Blake la llamaba a menudo para darle algún mensaje de su marido. Lo que la inquietó fue el tono de voz de Stewart. Casi parecía alarmado.

-Señora Preston, ¿por casualidad ha sabido algo del señor Preston en el día de hoy? -le preguntó. -No, Stewart, no he sabido nada. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

El titubeo de él hizo que Juliana se irguiera bruscamente en el sillón.

-¿De qué se trata? -inquirió ansiosa-. ¿Ha sucedido algo?

Sus angustiadas preguntas hicieron que Stewart volviera a asumir su característica actitud de hombre imperturbable.

-No se alarme, señora Preston -replicó-. Es sólo que cuando llamé, hace un momento, a la oficina de Sidney, me informaron que no han sabido nada del señor Preston en todo el día. Podría añadir que el gerente casi parecía aliviado.

-¿La oficina de Sidney? ¿Por qué debería estar Blake allí? ¿No pensaba volar hoy aquí, directamente de Manila?

-¿Quieres decir que el señor Preston no le dijo nada acerca de su cambio de planes?

Juliana se mordió un labio, en un vano intento por sobreponerse a esa sensación de desaliento. Eso era uno de los aspectos de su matrimonio, que últimamente la preocupaba cada vez más: la obsesión de Blake por su propia intimidad. Odiaba dar explicaciones a alguien, en especial a ella. Juliana sabía por qué lo hacía, pero eso no hacía que le resultara más fácil soportar la situación.

-No, Stewart -reconoció.

-Ya veo -el secretario fue incapaz de disimular el tono sardónico de su voz.

«¿Qué es lo que ve?», se preguntó Juliana con impaciencia. ¿Un matrimonio sin amor? ¿Una mujer dispuesta a aceptar cualquier clase de trato, a cambio de dinero y posición social? Sentía un doloroso deseo de explicar que su relación con Blake no era así. Era cierto que tal vez se habían casado pensando con la cabeza y no con el corazón, pero eso no significaba que no se apreciaran y se preocuparan el uno por el otro.

Si ella daba la impresión de ser una esposa fría y reservada, era porque Blake así lo quería, y estaba segura de que Stewart lo

entendería. El mismo había sido contratado como secretario y ayudante de Blake porque poseía las cualidades que exigía en todos los que estaban cerca de él. Era un hombre autosuficiente, seguro de sí mismo y reservado. Igual que ella. Sólo que Juliana no se sentía reservada en ese momento. Se sentía muy vulnerable y estaba preocupada.

-Por favor, Stewart -continuó con voz insegura. No me deje en la ignorancia. Cuénteme lo que está sucediendo.

De nuevo el hombre titubeó. Era obvio que Blake lo

había adiestrado muy bien acerca de lo que debería o no saber la mujer de su jefe.

-Por favor -suplicó Juliana, casi invadida por el pánico-. Oh, Dios, no sé lo que haría si algo le ha sucedido a Blake.

-El señor Preston se molestará conmigo -murmuró el secretario-. Pero supongo que usted tiene derecho a saberlo, ya que es obvio que mi llamada la ha alterado. Ayer su marido me envió un fax desde Manila, para informarme que había terminado sus asuntos allí un día antes de lo previsto, y que había decidido hacer, de camino a casa, una visita sorpresa a nuestra oficina de Sidney, pero que de cualquier modo llegaría a Melbourne a las cinco y media.

-¡Pero usted dice que no ha estado en la oficina de Sidney!

-Pero esa no es razón para dejarnos invadir por el pánico, señora Preston. Como usted sabe, no es extraño que su marido no me informe de sus cambios de planes a última hora. Tal vez se ha quedado en Manila, o haya ido a la oficina de Brisbane. Estoy seguro de que llegará al aeropuerto Tullamarine como había planeado. Iré al aeropuerto a recibirlo; usted vaya a casa y arréglese para la cena. He reservado una mesa para usted y el señor Preston en Don Giovanni, para las ocho y media.

-¿Pero y si su avión no llega? -gritó Juliana, incapaz de pensar en algo tan absurdo como arreglarse para salir a cenar, cuando por todo lo que sabía, Blake podía estar en peligro de muerte.

-Llegará, señora Preston, puede estar segura. Ahora deje de preocuparse y, por favor... que este pequeño incidente sea un secreto entre nosotros. Su marido no se sentiría muy complacido si se enterase de este pequeño malentendido. ¿Puedo contar con su promesa de que no se lo dirá?

-Supongo que sí -suspiró Juliana-. Pero por favor, llámeme a casa tan pronto como aterrice el avión de Blake, pues estoy muy preocupada.

-Así lo haré, señora Preston -le aseguró con más cordialidad de la acostumbrada.

Juliana colgó el auricular, sabiendo que no podría dejar de preocuparse hasta que Blake estuviera en casa, sano y salvo. Hacía tres semanas que se había ido, tres largas y solitarias semanas. Había esperado con tanta ansia esa noche, la cena y lo que sucedería después... Sintió una opresión en el corazón. ¿Y si había sucedido algo terrible? ¿Y si jamás volvía a ver a Blake?

Pero no era el momento adecuado de preocuparse por las apariencias.

-Prométame que me llamará -le pidió con voz temblorosa-. ¿Lo hará tan pronto como sepa algo? Cualquier cosa...

-Se lo prometo, señora Preston. Ahora debo irme. Adiós.

Juliana al fin colgó el auricular. «¡Oh, Dios...! ¡Blake...!, exclamó para sus adentros. Por un momento sepultó la cara entre las manos, aterrorizada por las imágenes que bombardeaban su mente. Blake muerto entre un montón de hierros retorcidos, en la ladera de una montaña. Blake hundiéndose hasta el fondo del mar en un frío féretro de acero. O algo peor... su hermoso cuerpo, carbonizado e imposible de reconocer. Pensó que los aviones a menudo estallaban en llamas después de estrellarse. Su propio grito de desolación la sobresaltó. Se irguió en la silla, con los ojos muy abiertos. «¡Santo cielo!», exclamó para sí, con una intensa sensación de náusea.

«Me estoy comportando como una mujer sentimental», se dijo bruscamente. «Sentimental, melodramática y ridícula, sólo porque últimamente he albergado ciertas dudas acerca de nuestro matrimonio. Stewart tiene razón, Blake suele hacer estas cosas. Llegará como siempre, con una apariencia elegante e imperturbable. No hay razón alguna para preocuparse, y menos aún para dejarme invadir por el pánico».

Sin embargo, Juliana ya no pudo trabajar esa tarde y se alegró de salir de la oficina a las cuatro y media, deseosa de llegar a casa para esperar la llamada de Stewart. La mansión Preston se encontraba a pocos kilómetros de la ciudad, hacia el lado este de la bahía de Port Phillip, pero era la hora de mayor tráfico del día y tardó más de una hora en llegar a su casa.

El teléfono estaba sonando cuando entró en la casa, por el garaje, poco después de las cinco y media. Como era la noche libre de la señora Dawson no había nadie allí para contestar, y Juliana entró corriendo en la cocina, dejó su abrigo y su bolso sobre una mesa y descolgó el auricular.

Juliana estaba sentada, sola en la oscura sala. Por suerte era la

noche libre de la señora Dawson y se sentía agradecida de no contar con su compañía. El ama de llaves de Blake le había dado a entender, con toda claridad pero sin ser descortés, que no la aprobaba, y siempre se dirigía a ella llamándola «señora Preston» con tono rígido y formal.

Habían pasado tan sólo dos horas desde la llamada de Stewart, pero a ella le parecían dos años. El repentino sonido del teléfono la hizo ponerse en pie de un salto. Con el corazón latiendo apresurado, cruzó a toda prisa la habitación y titubeó temerosa, antes de levantar el auricular.

-¿Sí?

-¿Señora Preston?

-¡Stewart! Oh, gracias a Dios que no ha colgado; acabo de llegar ahora mismo. Pero todo está bien ahora -suspiró feliz-. Supongo que el avión de Blake ha aterrizado a tiempo...

-Bien...

Juliana se quedó paralizada.

-Siento informarle que el avión del señor Preston aún no ha llegado y he tenido algunos problemas para localizarlo. Me he puesto en contacto con Manila y parece que el señor Preston salió a su hora ayer, y que su punto de destino era Sidney, pero el aeropuerto insiste en que no aterrizó ni ayer ni hoy, en Sidney.

-¡Santo cielo...! -Juliana palideció y se sentó en una silla de la cocina-. ¿Ya... se ha puesto en contacto con las autoridades?

-Sí, por supuesto. Están haciendo investigaciones. -Haciendo investigaciones -repitió ella, con voz débil.

-Por favor, trate de no preocuparse, señora Preston. Estoy seguro de que todo saldrá bien.

-¿Cree... que debo ir al aeropuerto?

-No creo que fuera prudente -le aconsejó él con firmeza-. En especial si, como creo, el señor Preston llega pronto. Usted sabe que odia que se preocupen por él y preferiría que usted lo espere en casa, como suele hacer siempre.

Juliana se encogió, pues el comentario le pareció un reproche. La única razón por la que no iba a despedir y a recibir a su marido al aeropuerto, era porque él siempre insistía en que no lo hiciera, y no porque ella no lo quisiera. Ese era otro aspecto de su matrimonio que empezaba a molestarla: lo que pensaban los demás.

-Si?

-Soy Stewart Margin, señora Preston. Ya no tiene por qué preocuparse. El señor Preston está bien. Juliana se tambaleó,

aferrándose al borde de la mesa del teléfono.

-¡Oh, gracias a Dios! -murmuró con voz ronca. Gracias a Dios...!

Cerró los ojos por un segundo, para pronunciar una silenciosa plegaria de gratitud. Blake no tardaría en llegar, espléndido como siempre, con uno de sus impe:.ibles trajes de negocios. Dejaría su carpeta y se aflowría el nudo de la corbata antes de dirigirse al bar, donde se serviría una buena dosis de whisky. Luego le diría: «Ven a reunirte conmigo, Juliana y cuéntame como has pasado el día. ¡El mío ha sido terrible!» La joven era consciente de que no habría podido soportarlo si algo malo le hubiera sucedido.

Palideció al recordar lo que había comprendido antes, algo que podría amenazar su futura felicidad, casi tanto como la muerte de Blake. Un sollozo brotó de su garganta y clavó las uñas en la madera de la mesa. -¿Señora Preston? ¿Se siente bien?

«No», se dijo ella con una angustia silenciosa. «No estoy bien y jamás volveré a estar bien. ¿No lo entiende? ¡En algún momento me he enamorado de mi esposo! Si ahora entrara aquí, me echaría en sus brazos, llorando y comportándome como una tonta. ¿Y qué haría Blake? Me miraría consternado ante tal exhibición de posesividad emociona. ¡Oh, cómo odia él a las mujeres que se aferran a los hombres, que los necesitan, que los aman de esa manera! ¡Oh, Dios! ¿Qué voy a hacer?»

«Pregunta por tu marido, pequeña idiota», le sugirió la voz del sentido común. «Pero pregunta con calma ...». Tragó saliva y trató de controlarse. Pensó que, si no lo hacía, lo mejor sería que pidiera el divorcio a Blake esa misma noche.

-Sí, ahora estoy bien -le aseguró al secretario de Blake-. ¿Ya ha llegado el avión de mi marido?

-No. Llegará en un avión comercial que aterrizará... permítame ver... dentro de aproximadamente diez minutos.

-¿En un avión comercial? ¿Qué le ha sucedido a su Learjet? ¿Ha sufrido una avería en alguna parte? -En cierto modo. Por lo visto, poco después de despegar del aeropuerto de Manila, el avión del señor Preston atravesó una nube de polvo volcánico que obstruyó los motores... y el sistema electrónico de a bordo... obligando al piloto a hacer un aterrizaje de emergencia.

-¿Un aterrizaje de emergencia? ¿Pero dónde? ¿Por qué no nos lo dijeron?

-Por suerte, el piloto sabía que había una pista de la fuerza aérea norteamericana en una isla próxima, actualmente abandonada. Pasó algún tiempo antes de que pudieran ponerse en contacto con las autoridades, quienes enviaron un helicóptero para que los llevara

de regreso a Manila. Blake pidió que nos enviaran un mensaje a través del aeropuerto Tullamarine, pero lo extraviaron temporalmente durante el cambio de personal. El tráfico en el aeropuerto es muy intenso los viernes por la noche, aunque eso no es ninguna excusa. Pero todo terminó bien, señora Preston. El jefe está sano y salvo.

Por segunda vez en ese día, Juliana creyó percibir un vestigio de emoción en la voz de Stewart Margin. Por lo visto, él también se había preocupado y en ese momento se sentía aliviado. Sonriendo irónicamente, se preguntó por qué no debería estarlo. Sin Blake como director de la compañía, Juguetes y Juegos Preston volvería a ser el precario negocio, que había sido antes de que se hiciera cargo de él, hacía ya unos años. Sin Blake, Stewart Margin se quedaría sin trabajo.

Sin Blake... Juliana se estremeció. Si su propio alivio no hubiera estado matizado de cierta opresión... Si ese incidente nunca hubiera sucedido..., pensó apesaJumbrada. Entonces tal vez jamás habría continuado viviendo en una feliz ignorancia, siendo la esposa que Blake quería que fuera.

«¿Pero te has sentido feliz siendo esa clase de esposa?'», le preguntó una vocecita interna. «¿Qué hay de las dudas que has tenido últimamente?».

-¿Señora Preston? ¿Está segura de que se siente bien?

Juliana aspiró profundamente y trató de serenarse. -Todavía estoy conmocionada -reconoció-. Pero estaré bien cuando Blake llegue a casa. Sin embargo, como usted mismo dijo antes, mi marido odia que nos preocupemos por él, así que será mejor que no se entere de mi angustia.

-Por supuesto, señora Preston. No le diré nada. -Bien. ¿Me lo hará saber si se produce otro retraso? -Sí, claro que lo haré.

Cuando Juliana colgó el auricular no sabía si reír o llorar, pues se sentía feliz y devastada al mismo tiempo. En dos horas había atravesado por un torbellino emocional. Y al mismo tiempo se sentía confundida. Se dirigió a la cocina y conectó la cafetera eléctrica. Distraída, se preguntó si Blake querría salir a cenar cuando regresara a casa. Lo dudaba. Estaba segura de que había cenado en el avión.

Sin embargo, había algo que tal vez él sí desearía hacer esa noche, después de haber estado fuera tanto tiempo. Juliana se estremeció y comprendió que esa era una reacción muy extraña, considerando que siempre había experimentado placer en los brazos de su marido. Pero una vez que había descubierto que lo amaba,

Juliana podía darse cuenta de que el aspecto íntimo de su matrimonio dejaba mucho que desear. Blake le hacía el amor de una manera fría y desapasionada, sin espontaneidad ni pasión. Tenían dormitorios separados y él siempre planeaba de antemano sus relaciones sexuales. Incluso tenía anotado en el calendario, en su despacho, las fechas en que ella periódicamente estaba indispuesta. Como tomaba la píldora, Juliana le había informado respecto a ello, con la debida anticipación. En ese momento deseaba que ese fuera uno de esos días, pero no era así.

Por supuesto, comprendía la aversión de Blake a compartir una habitación con ella. Era su modo de mantenerla a distancia, de asegurarse que ella no empezara a exigirle más de lo que él estaba dispuesto a darle; pero el hecho de comprender no mejoraba la situación. Se encogió al pensar en el gesto de asentimiento de Blake, siempre que quería dormir con ella. Nunca entraba en su dormitorio antes de que ella ya estuviera en la cama, esperándolo. Y nunca se quedaba toda la noche a su lado, porque regresaba a su propia habitación cuando terminaba. Asombrada, sacudió la cabeza. Eso era casi una prostitución legal. No, negó a toda prisa, estaba siendo injusta con Blake y con su matrimonio. Eran una pareja y no sólo en la cama. Iban juntos a todas partes, eran buenos amigos y siempre lo habían sido.

¿Y en ese momento ella iba a estropearlo todo, sólo porque se había enamorado? Estaría loca si lo hacía. Su matrimonio era sólido y el próximo año querían tener un hijo. Sería una locura hacer a un lado todo eso por lo único que no podía tener. Evidentemente Blake no la amaba, pero sí la quería, a su manera. No se dejaba llevar por la pasión, pero sí le hacía el amor de una manera muy bella cuando iba a su cama, y lo hacía con bastante frecuencia.

Se preguntó qué era lo que deseaba de la vida, cuando siempre había tenido todo lo que había querido. Seguridad económica, un matrimonio sólido, un buen trabajo... Todo lo que debía hacer ahora era disimular su amor por él y seguir adelante como antes. Lo que incluía no poner objeciones al modo en que Blake había organizado su vida sexual.

De todas formas, esperaba que él estuviera demasiado cansado para ir a su cama esa noche. No creía poder soportar que la tocara en ese momento, pues estaba segura de que haría algo absurdo que la delataría. Pero ansiaba tanto abrazarlo, simplemente eso... Al contrario que él; Blake nunca la tocaba, excepto cuando iba a buscarla a la cama. No la tomaba de la mano ni deslizaba un brazo sobre sus hombros, o alrededor de: su cintura en un gesto cariñoso.

Nunca le había gustado que lo tocaran y no le agradaban las caricias.

Y Juliana sabía por qué. Sintió que la invadía una oleada de amargura. Su madre era la culpable de eso. El sonido del teléfono la hizo ponerse rígida. Era Blake. Simplemente sabía que era él, que la llamaba antes de salir del aeropuerto. Aunque no le agradaba que ella lo hiciera, él sí la llamaba con frecuencia. Juliana podía entenderlo. La madre de Blake volvía loco a su marido con sus constantes llamadas telefónicas, en especial cuando se veía obligado a viajar debido a sus negocios. No eran llamadas afectuosas para charlar, sino llamadas posesivas, siempre queriendo saber dónde estaba, qué hacía y cuándo regresaría a casa. Y cuando estaba en casa, no lo perdía de vista, acariciándolo y besándolo constantemente. Noreen Preston siempre había sido una mujer neurótica e insegura, que amó a su esposo hasta la locura, y en el proceso casi consiguió volver locos a los demás. Juliana lo sabía, y no porque Blake se lo hubiera dicho, sino porque se lo había comentado su madre.

La madre de Juliana había trabajado como cocinera en el hogar de los Preston, durante casi veinte años, hasta que fue atropellada por un automóvil. La joven cerró los ojos para no llorar.

No obstante, sabía que su madre no habría querido que la compadeciera, ni que llorara por ella. Lily Mason había sido una mujer bondadosa y sincera, que siempre había hecho gala de un optimismo que no dejaba lugar al remordimiento y al arrepentimiento. Por desgracia, ese mismo optimismo la había hecho vulnerable a cierto tipo de hombres, lo que Lily siempre había creído que la amaban y la necesitaban. Pero lo único que habían amado y necesitado, pensó Juliana con amargura, era el bello cuerpo de su madre en la cama. Ninguno de ellos se ofreció jamás a ayudarla o a casarse con ella, ni siquiera el padre de Juliana, que la abandonó al enterarse de que su novia adolescente estaba embarazada.

Por lo menos, pensó Juliana, Lily no había cometido el error de permitir que ninguno de esos hombres viviera con ella y con su hija. Pero cuando era pequeña y dormía arropada en su cama, oía que su madre dejaba entrar a esos hombres en su habitación, a horas avanzadas de la noche. Eso se interrumpió durante algún tiempo, cuando Lily y su hija se mudaron al apartamento, arriba del garaje de los Preston. Pero no por mucho tiempo; Lily simplemente cambió sus citas, que tenían lugar durante el día, y cuando Juliana volvía a casa de regreso de la escuela, podía percibir el olor a loción y a

tabaco.

El insistente sonido del teléfono la hizo volver a la realidad. Se preguntó qué estaba haciendo al recordar todo eso. El pasado tal vez podía explicar el comportamiento de las personas… incluyendo el de Blake y el de ella … pero no la capacitaba para enfrentarse al presente y al futuro. Lo único que podía hacer era controlarse, contestar el teléfono, y si era Blake, demostrarle que nada había cambiado entre ellos.

Descolgó el auricular, diciéndose que debía comportarse como si se tratara de una llamada de negocios que recibiera en su oficina. Como ejecutiva de relaciones públicas, en una importante compañía internacional de cosméticos, Juliana tenía mucha práctica en ello; incluso cuando estaba sometida a una gran tensión, daba una impresión de serenidad.

-Juliana Preston -pronunció con una soberbia calma -Soy Blake, Juliana.

-¡Blake! -exclamó con forzada jovialidad-. Me tenías tan preocupada -su tono no revelaba el menor estigio de su inquietud.

Él rió indolentemente, reforzando el conocimiento que la joven tenía de que esa era la mejor forma de comportarse en esa situación.

-Y yo que pensaba que me habías convertido en ana joven viuda -prosiguió con tono ligero. -¿Pensabas o deseabas? -quiso saber él-. ¿Y no habrás querido decir que te habías convertido en una viuda alegre? Valgo mucho dinero y más ahora, después de los tratos de negocios que acabo de cerrar. Juliana se estremeció al oírlo hablar de dinero. Ya era suficientemente malo que Stewart y la señora Daw;on creyeran que se había casado con Blake por dinero, pero aún era peor que su propio marido expresara esa misma opinión. Tal vez en parte había sido cierto. Antes, pero no ahora… Qué irónico que Blake pensara que era así. Le agradaba el trato que había hecho con ella y también la clase de matrimonio en el que había insistido, y que Juliana pensó que también quería, en aquel entonces. Si pudiera confiar en él, hablarle de su amor recién descubierto…

Pero eso era imposible, él no quería que lo amara y, de hecho, detestaría la idea. Lo cierto era que si quería seguir casada con Blake Preston, debería disimular su amor y seguir siendo la clase de esposa que había sido hasta ahora. Sin embargo, sospechaba que eso le resultaría muy difícil en el futuro.

-¿Así que todo ha salido bien? -preguntó con voz controlada.

-¡Fantástico! -replicó él-. Me fascina hacer negocios con los

asiáticos... son un verdadero reto.

-¡Y a ti te encantan los retos! -rió ella forzada. -¿Eso crees?

--Tú lo sabes muy bien. Esa fue la razón por la que aceptaste tomar las riendas del negocio de la familia, porque e,taba en apuros. Te gustó pensar que podías resucitar al Fénix de sus cenizas.

-Tal vez tengas razón -rió burlón-. ¿Pero no vas a preguntarme qué le ha sucedido a mi avión? -Stewart me dio alguna idea. Después me lo contarás.

-Vaya control... A veces, Juliana, pienso que no me amas.

-¿Cómo se te ha ocurrido esa idea? -preguntó ella con el corazón oprimido, pero él volvió a reír. -¿Puedo esperar que te muestres un poco más entusiasta acerca de mi regreso más tarde, esta misma noche?

-Creí que estarías demasiado cansado después de tu pequeña aventura -respondió ella, tensa.

-He dormido en el avión.

El sentido que había detrás de sus palabras era vbvio. No estaba demasiado cansado y definitivamente -ia a la cama de ella esa noche. Se sintió consternada. No era una mujer que se excitara fácilmente y Blake, siempre debía esperar hasta que ella se mostraba dispuesta. Sospechaba que la conducta promiscua de su madre había inculcado en ella un temor instintivo de parecer una mujer fácil; de ahí que le resultara difícil entregarse a un hombre. Incluso con Blake, que siemp?re parecía saber lo que debía hacer para relajarla y después excitarla, seguía siendo un tanto inhibida. Había varias actividades y posiciones sexuales que ella antes no sólo no había permitido, sino que le habían arecido repugnantes.

En ese momento, Juliana apenas podía creer en las mágenes que pasaban por su mente, o en la manera en la que su corazón latía ocultado. ¿El hecho de haberse enamorado dentro de la seguridad del matrimonio, habría liberado en ella la clase de sensualidad que siempre debió poseer la hija de Lily? ¿Habría ocultado su naturaleza altamente sexual detrás de una apariencia muy controlada, por temor a ser como su madre? Tal vez. Sólo el tiempo lo diría, se dijo temblorosa. Y esa noche...

-Tal vez me dolerá la cabeza -respondió bromeando para disimular su tensión.

-Te llevaré unas aspirinas -replicó Blake con tono áspero.

-¿Y si simplemente te dijera que no quiero? -Nunca antes lo has hecho.

-Tal vez haya encontrado a alguien que me haya hecho feliz mientras tú has estado fuera.

-¿Sí? -rió Blake-. Pues entonces deberás decirle que tu marido ha vuelto a casa y que ya no lo necesitas.

Ahora te sugiero que te des un baño para relajarte. Pronto estaré contigo.

Después de que él cortara la comunicación, Juliana se quedó mirando el auricular, sin saber qué pensar de la divertida indiferencia de Blake cuando lo retó diciéndole que había otro hombre. Se dijo que tal vez su reacción habría sido la misma si ella no hubiera estado bromeando. ¿Realmente no le importaría que ella tuviera una aventura?, se preguntó desalentada. ¿Haría él lo mismo con otras mujeres durante esos viajes de negocios?

Nunca antes había dudado de su fidelidad, nunca se había sentido tan destrozada por los celos como en ese momento. El simple pensamiento de que él acariciara a otra mujer como lo hacía con ella... Se estremeció con violencia y luego logró calmarse al pensar que Blake nunca le había dado motivos para que se sintiera celosa. Ni siquiera se llevaba consigo a una secretaria, pues no la tenía. Su fiel acompañante era un hombre... Stewart.

Desde luego, no la llamaba por teléfono todos los días, como hacían algunos maridos. Y nunca le llevaba regalos para demostrarle que pensaba en ella cuando estaba lejos de casa. Pero Juliana comprendía muy bien por qué no hacía ninguna de esas cosas. Cuando regresaba a casa, siempre le demostraba en la cama lo mucho que la había echado de menos v jamás dejaba pasar una noche sin entrar en su dormitorio, por lo menos durante una semana. ¿Se comportaria así si hubiera otra mujer? No, por supuesto que no. Razonó Juliana. Se dijo que su despreocupada respuesta se debió a que sólo había querido bromear, al igual que ella. Sólo se estaba imaginando cosas.

Pero su imaginación le indicaba lo que debería temer si se enamoraba; podía comprender la profunda aversión de Blake a enamorarse. El amor hacía a las personas irrazonables, temerosas, inseguras, sobre todo cuando era un amor no correspondido.

Oyó que se estaba apagando la cafetera eléctrica y la miró; ya no quería tomar café. Una mirada rápida al reloj le indicó que faltaban diez minutos para las nueve y Blake llegaría dentro de una hora. Volvió a estremecerse. ¿Qué debía hacer?

Tal vez debería tomar un baño, como él le había aconsejado. Eso la relajaría y calmaría sus nervios. Cruzó lentamente la sala y el vestíbulo, hasta llegar a la magnífica escalera curva. Titubeó un momento, con la mano apoyada sobre la elegante balaustrada, y su

mente retrocedió diecinueve años, a la primera vez que vio esa casa y su imponente escalera.

¿Quién habría pensado que la niña que había contemplado, boquiabierta, las riquezas de aquella mansión, algún día se encontraría en la misma situación que Noreen Preston, amando a su marido sin ser correspondida?

Por un momento, Juliana experimentó una extraña sensación en el estómago. Pero luego se irguió y subió por la escalera.

Había una diferencia importante entre Noreen Preston y ella. Juliana estaba hecha de un material más resistente; jamás se suicidaría si se enteraba de que su marido tenía una aventura con otra mujer. Lucharía a muerte por lo que quería.

Y ahora quería a Blake. Más de lo que nunca habría imaginado.

Capítulo 2

Media hora después, Juliana se encontraba descansando en la bañera, recordando la época en que Blake y ella estuvieron muy unidos, cuando podía hablar con él acerca de todo. Pero, por supuesto, hacía muchos años de eso y desde entonces muchas cosas habían cambiado...

La primera vez que Juliana vio a Blake se llevó un susto mortal. En aquel entonces, ella sólo tenía nueve años y era el segundo día de trabajo de su madre como cocinera en el hogar de los Preston. Los señores Preston se habían mostrado muy amables y habían permitido a Juliana nadar en la piscina. Como ese día hacía mucho calor, ya que se encontraban a mitad de las vacaciones de verano, se sintió encantada de aceptar el generoso ofrecimiento.

Con su sencillo y multicolor traje de baño, había cruzado el amplio patio para llegar a la piscina olímpica. Y entonces se produjo un accidente. Blake, que en aquel entonces tenía quince años, estaba haciendo su primer intento de dar un salto mortal hacia atrás desde el trampolín: al dar la vuelta, se golpeó en la cabeza, sumergiéndose en el agua como una piedra hasta el fondo.

-¡Blake! -gritó la niña que estaba tomando el sol en traje de baño, en una tumbona. Más adelante Juliana se enteró de que era Bárbara, la hermana de Blake, de once años, pero en ese momento toda su atención estaba concentrada en la figura inconsciente que yacía en el fondo de la piscina.

No se detuvo a pensar. Simplemente se zambulló y nadó hacia donde se encontraba, sumergiéndose para sacarlo a la superficie.

-¡Ayúdame! -le gritó a Bárbara, que estaba de pie, con la boca abierta, en el borde de la piscina. De alguna manera, con una mínima ayuda de ella, al fin logró sacar a Blake del agua.

-¡Está muerto! -gritó su hermana-. ¡Oh, Dios!, está muerto...

-No, no está muerto -negó Juliana, aunque temía que eso fuera cierto-. ¡Ve a decirle a mi madre que pida 'una ambulancia! -le ordenó-. ¡Es la cocinera! -gritó cuando Bárbara la miró sin comprender-. ¡Mi madre es la nueva cocinera!

Bárbara corrió, mientras Juliana hacía lo que había visto varias veces en la televisión, pero de lo que no tenía ninguna experiencia: empezó a hacer a Blake la respiración boca a boca. Sin embargo, debió de hacerlo bien, ya que cuando su madre llegó corriendo para informarle que la ambulancia ya estaba de camino, el chico empezó a toser y a recobrar el conocimiento. Cuando llegaron los auxiliares médicos sólo necesitaron administrarle un poco de oxígeno para

que se recuperara por completo.

-Creo que le has salvado la vida, pequeña -la alabó uno de los auxiliares.

-¿Es cierto eso? -sonrió ella, muy complacida. -Sí, es cierto -le aseguró el hombre-. Tu madre debe de estar muy orgullosa de ti.

Detrás del auxiliar, Bárbara le hizo una mueca a Juliana y esa actitud simbolizó el tipo de su relación a

partir de ese momento. Bárbara nunca perdía una oportunidad de expresar su disgusto y su desaprobación por el hecho de que le permitieran a «la hija de la cocinera» andar por toda la casa, y sobre todo, usar su piscina. No obstante, Blake se había convertido de inmediato en un decidido aliado de Juliana, defendiéndola de la actitud malintencionada de su hermana, y en general, comportándose muy amablemente con ella.

Era extraño, pero a pesar de la diferencia de seis años, parecía disfrutar de la compañía de Juliana. Tal vez porque ella era una pequeña «marimacho», y siempre se unía a él en sus juegos. Juliana también creía que ella debía de suponer un cambio agradable para Blake después de tener que soportar a las amigas de Bárbara, que estaban locas por él. Era evidente que su admiración le resultaba embarazosa y le disgustaba.

Sin embargo, Juliana no estaba ciega. Podía ver que, con quince años, Blake era un adolescente alto y bien parecido. De ojos azules y cuerpo bien formado y bronceado, atraía a todas las jovencitas. Las compañeras de clase de Bárbara aprovechaban cualquier excusa para ir de visita al hogar de los Preston, pero él no parecía fijarse en ellas. Para empezar eran demasiado jóvenes para él y, en general, no parecía que le agradaran mucho las chicas. Si durante sus años de estudiante llegó a tener algunas novias, lo mantuvo en secreto.

Juliana era el único miembro del sexo femenino que disfrutaba de la compañía y de la conversación de Blake, con gran disgusto de las amigas de Bárbara, que se desquitaban con ella de mil maneras: desde insultarla abiertamente por sus antecedentes, hasta fingir convertirse en sus amigas, para luego desdeñarla. Una vez, incluso, le entregaron una invitación para que asistiera a una fiesta inexistente.

Juliana aún podía recordar lo humillada que se sintió, cuando llegó a la casa sólo para que bruscamente le dijeran que ese día no se celebraba allí ninguna fiesta. Como no había querido preocupar a su madre, que se había mostrado muy complacida por la invitación, pasó toda la noche en el parque antes de regresar a la casa y fingir

que la fiesta había sido fantástica. Sólo después, cuando le contó a Blake el incidente y él le dirigió una mirada de compasión, al fin estalló en lágrimas. Él la había abrazado, algo que nunca hacía, diciéndole que no se preocupara, que las personas como esas al fin recibían su merecido.

Pero en privado, Juliana no creía que los ricos alguna vez se llevaran su merecido. La clase pobre y trabajadora era la que siempre sufría y era discriminada. Los ricos nunca vivían en las habitaciones de atrás. Ciertamente no sabían lo que significaba no poder ir a las excursiones que organizaba la escuela, porque no tenían dinero. Cuando cumplió doce años, decidió que algún día ella también sería rica.

-Cuando crezca -le había dicho a Blake, poco después de su cumpleaños- me casaré con un millonario. Blake había apartado la vista de su escritorio, mirándola sorprendido.

-No te creo. Tú desprecias a los ricos.

Juliana estaba recostada boca abajo, en la cama, con la cara entre las manos.

-Yo seré diferente. Daré una buena parte de mi dinero a obras de caridad y seré amable con mis sirvientes.

-¿Qué quieres decir con eso de que serás amable con tus sirvientes? le había preguntado bruscamente Blake-. Mamá y papá son buenos con tu madre; además tú siempre has dicho que nadie debería tener sirvientes.

-Entonces empleados -insistió obstinada-. Tendré que emplear a alguien que se encargue de la limpieza y cocine para mí. Pienso estudiar alguna carrera. -¿Para qué necesitas una carrera si vas a casarte por dinero? -se burló él-. Las mujeres de los hombres ricos no trabajan. Asisten a fiestas y se pasan todo el día en la peluquería.

-Yo seré diferente. -¿No lo eres ya? -rió él. -¡Sí, lo soy!

-¿Y si no puedes encontrar un hombre rico que quiera casarse contigo? -se burló él-. Los ricos siempre se casan con los ricos, ¿crees que no lo sabes?

Juliana frunció el ceño. No había pensado en eso, pero no estaba dispuesta a que la dura y fría realidad destrozara sus sueños. Se había sentado bruscamente, echándose el cabello hacia atrás y levantando la barbilla en un gesto desafiante.

-¡Cuando crezca voy a ser tan guapa que los millonarios no dejarán de llamar a mi puerta!

-¿Tú? ¿Guapa?

La risa de Blake la hirió en lo más profundo, ya que Juliana sabía que casi parecía un espantapájaros, con su cuerpo larguirucho

y huesudo. Sólo sus ojos tenían la promesa de una futura belleza: grandes, rasgados y de aspecto exótico, de color verde.

-Espera y verás -había declarado ella con una mueca-. Mi madre dice que cuando crezca seré encantadora. Asegura que podría ser modelo, con mi estatura y complexión.

-Tu madre te ve a través de unas gafas de color rosa -había murmurado Blake-, y todo lo ve igual. -Deja en paz a mi madre, es una persona fantástica. ¡Estás celoso porque tu madre no tiene tiempo para nadie, excepto para tu padre!

-Mi madre no me importa un comino -había rezongado él-. Ahora desaparece, flacucha. Tengo que seguir estudiando.

-Últimamente no paras de estudiar -se había quejado ella.

-Bueno, de mayor quiero ser culto, no bien parecido. Dentro de un par de meses serán los exámenes y necesito buenas notas para ingresar en la universidad. Por todos los cielos, sal de aquí, Juliana, y déjame estudiar.

Ella salió, pensando malhumorada que él no sería bien parecido cuando creciera, porque ya lo era. ¡Vaya un tipo afortunado!

El sueño de Juliana de ser atractiva llegó a un brusco fin el siguiente año. Llegó a la pubertad y descubrió horrorizada que padecía un severo caso de acné. Se sentía tan mal que pasaba todo su tiempo libre escondida en su habitación. Para empeorar las cosas, ese mismo año, su madre, como resultado de haber ahorrado durante los cuatro años que había estado empleada en la casa de los Preston, había decidido enviarla a la misma escuela a la que asistía Bárbara.

Poco sabía Lily que los sacrificios que había hecho por su querida hija no le estaban proporcionando mucha felicidad. Había pasado un verdadero infierno durante su primer año, en la escuela de segunda enseñanza, entre hijas de millonarios. Nunca antes le había parecido tan dolorosa la diferencia entre su mundo y el de los ricos. Los hijos de las clases privilegiadas no toleraban de buen grado a quienes no pertenecían a su misma condición.

El acné fue la gota que colmó el vaso para Juliana. ¡Cómo lloraba cada mañana cuando se miraba en el espejo! ¡Estaba absolutamente espantosa! Su único consuelo era que Blake estaba en la universidad, cursando el primer año para conseguir un título en economía y derecho. Temía que se burlara de ella; ya era bastante malo que Bárbara la llamara «cara de pizza» y otros motes todos los días, cuando regresaban a casa, al salir de la escuela.

Pero Blake no tardaría en volver para pasar las vacaciones de mediados de curso y Juliana temía el día en que fuera a buscarla

para ir a nadar juntos. A1 fin llegó ese día, y cuando ella se negó a bajar de su apartamento, encima del garaje, Blake subió corriendo y empezó a golpear la puerta, queriendo saber qué diablos le pasaba.

-No me iré de aquí, Juliana -declaró decidido-. Así que será mejor que salgas y me digas qué está sucediendo. Y no me vayas a mentir diciendo que ya no te agrada nadar, porque no te creeré.

Avergonzada, al fin Juliana abrió la puerta.

-¿Y bien? -preguntó él, mirándola a la cara con una expresión de desconcierto.

-¿Es que no puedes verlo por ti mismo? -lloriqueó ella.

-¿Qué?

-Mi piel -gimió ella.

-Oh, te refieres al acné -al fin pareció comprender Blake.

Ella bajó la vista, avergonzada y frustrada.

-Por supuesto que me refiero al acné -refunfuñó. Él le alzó la barbilla con una mano y contempló su rostro.

-No está tan mal, querida -le aseguró con tanta ternura, que ella se echó a llorar.

¡Es terrible! -sollozó ella y le apartó la mano-. ¡Tú nunca has tenido un grano en toda tu vida! Son tan feos, y yo estoy horrible...

-No estás horrible, Juliana -suspiró Blake-. A decir verdad, sospecho que vas a convertirte en la belleza que siempre has querido ser. Vamos, este último año has crecido mucho y eres muy agraciada. Y no estás tan flaca como antes -añadió, mirando los senos que empezaban a desarrollarse-. Pero si te sientes tan inveliz con tu piel, ¿por qué no haces algo para remediar el problema?

-¿Qué puedo hacer? Mamá dice que no puedo ha:cr gran cosa, excepto mantener mi piel limpia. Dice aue esto desaparecerá cuando Dios quiera.

-Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos -le:laró él con tono brusco-. Vamos, te llevaré a ver a un wédico. Sé que hay muchas cosas para curar el acné.

-¿De verdad lo crees? -preguntó Juliana, esperanlada.

-¡Estoy seguro!

Una hora después, había regresado con una crema para la piel que, según el médico, había tenido mucho éxito con otros pacientes, en particular con las jovencitas. Juliana había empezado a notar una gran mejoría.

-¡Es un milagro! -exclamó dirigiéndose a Blake unos días después, cuando se encontraban en la piscina.

-Yo no creo en los milagros -rezongó él con el ceño fruncido, y Juliana se quedó desconcertada.

Con una punzada de dolor, comprendió que había :ambiado desde que iba a la universidad. Se preguntó por qué debían cambiar las personas. Primero ella y ahora Blake.

Lo siguió con la mirada, mientras él nadaba hacia el borde de la piscina para salir del agua. Fue en ese momento cuando descubrió que había desarrollado un cuerpo muy musculoso.

-¿Has estado levantando pesas? -le preguntó. -Un poco -replicó él, indiferente-. Hay un buen gimnasio en la universidad. Eso me mantiene alejado de los problemas.

-¿Qué clase de problemas?

Él la miró exasperado, pero no dijo nada. Juliana cruzó a nado la piscina y salió del agua para sentarse al lado de Blake. Se ruborizó de repente al darse cuenta que un pezón se le había salido de la diminuta parte superior del traje de baño. Se cubrió a toda prisa, aliviada al ver que Blake no la estaba mirando. Se dijo que debería pedirle a su madre que le comprara un traje de baño nuevo, antes de las competiciones de natación de la escuela, que tendrían lugar las siguientes semanas. Ese ya le estaba demasiado pequeño, pues su cuerpo se estaba desarrollando rápidamente.

-¿Puedo tocar tus músculos? -le preguntó a Blake-. Vaya, son impresionantes. Tu espalda también se ve fantástica -añadió, pero cuando deslizó las manos por su piel, Blake se puso rígido.

-Basta ya -exclamó, y se zambulló en la piscina. Juliana se quedó mirándolo, dolida y confundida a la vez, preguntándose qué era lo que había hecho. Pero luego suspiró al comprender. Lo había tocado y Blake odiaba que las jóvenes lo tocaran.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que Blake olvidara su aversión. Una interminable hilera de jovencitas empezó a acompañarlo a casa siempre que volvía de la universidad. Rubias, morenas, pelirrojas... Blake no parecía tener preferencia. Lo único que tenían todas en común era que nunca duraban mucho. Unas semanas como máximo.

A1 principio, Juliana había sentido unos intensos celos, ya que ahora Blake nunca parecía tener tiempo para ella; sin embargo, poco a poco sus sentimientos se fueron transformando en una amarga resignación. Su amistad con el hijo y heredero de los Preston había llegado a su fin. De nuevo, Juliana no era nada más que la hija de la cocinera, cuya presencia era tolerada, pero no solicitada.

Sólo una vez durante sus años en la escuela se cruzó en el camino de Blake, con quien en aquella época sólo intercambiaba algún saludo. Y resultó una experiencia memorable. En aquel

entonces tenía dieciséis años. Era la noche de su baile de graduación, al que había asistido con el vestido que Bárbara había lucido unos dos años antes, y que con una desacostumbrada amabilidad, la joven había entregado a la madre de Juliana.

-Mamá pagó una fortuna por este vestido, Lily -había declarado al ofrecerle el exquisito vestido de satén, de color crema-. Es una lástima que yo sólo lo haya usado una vez. Estoy segura de que Juliana estará divina con él, más que yo, pues es tan alta y esbelta...

Por supuesto, la ingenua y bondadosa madre de Juliana no había descubierto la malicia detrás del regalo. Sólo pudo ver un vestido que ella jamás podría comprarle a su hija, un vestido digno de una reina.

-Piensa en ello, Juliana -había comentado excitada-. Podrás usar el dinero que iba a gastarme en el vestido, para ir a la peluquería y comprarte un buen par de zapatos. Tal vez también un bolso de noche. ;Oh, estarás tan bella!

Lily jamás habría comprendido que en la elegante escuela donde se enorgullecía de enviar a su hija, todas las jovencitas habrían preferido morir antes de que las vieran con un vestido que con anterioridad había usado otra graduada, sin importar lo bello que fuera. Aunque no era una esnob, a Juliana no le agradaba la idea de presentarse en el baile con el vestido de Bárbara, ya que la joven se aseguraría de que todas las jóvenes de su clase, así como sus parejas, se enteraran de quién era el vestido. Y la hermana de Blake ya se había asegurado de que todas las alumnas de la escuela trataran a Juliana como si fuera una leprosa.

Pero Juliana no habría herido los sentimientos de su madre por nada del mundo. Así que se puso el vestido e ignoró los comentarios desdeñosos del resto de las jóvenes, con la cabeza muy alta, como si no le importara lo que dijeran de ella. Con su actitud fría, e incluso altanera, daba la impresión de que no la afectaban ni los comentarios maliciosos ní los murmullos y rísítas burlonas. Pero detrás de esa apariencia serena, sentía un profundo dolor y una intensa cólera. ¿Con qué derecho la trataban así, sólo porque no había nacido en el seno de una familia rica?, se preguntaba. Se dijo que no era justo, y se juró que un día se vengaría de todas ellas..., en especial de Bárbara.

Salió del baile tan pronto como pudo, pero se dio cuenta de que no podía regresar a casa. Su madre estaría esperándola, deseosa de que le contara todos los detalles. Así que Juliana entró sin hacer ruido y rodeó la casa, en vez de subir al apartamento de su madre, con la intención de pasar una o dos horas curando sus heridas en

privado. Bárbara y la señora Preston habían salido y pasarían la noche en casa de unos familiares. En cuanto al señor Preston, debía de estar encerrado en su estudio, así que la joven pensó que la piscina estaría desierta.

Se sorprendió al encontrar a Blake recostado en una de las tumbonas, ya que no lo esperaban hasta el día siguiente. De inmediato advirtió que tenía un vaso con whisky en una mano, y que a un lado de la silla, sobre el suelo, había una botella casi vacía. Ese era otro de sus nuevos hábitos: la bebida.

-Vaya, vaya -comentó, recorriéndola con la mirada-. ¿Cenicienta ha regresado a casa, después del baile? Y qué Cenicienta tan encantadora -prosiguió con ~ono indolente.

Juliana pensó que la universidad, o tal vez la vida qiue había llevado, había convertido a Blake en un cínico. Pero por una vez, la chica encontró una réplica igualmente cínica.

~ -No dudo que el papel de Cenicienta me quede wuy bien, pero ¿verdad que no te imaginas a tu hermaaa como mi Hada Madrina?

Blake alzó las cejas, sorprendido al escuchar su tono acre.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Bárbara amablemente le entregó a mi madre su vestido de graduación, para que yo lo usara esta noche. -Ah... ya veo...

-¿De verdad, Blake? ¿Tienes idea de lo que signifi,~a que todos te traten como si fueras un caso digno de caridad? ¡No, por supuesto que no! Tú lo tuviste todo nada más nacer.

-A veces también eso provoca problemas -replicó sombrío, y tomó un buen trago de whisky.

-¿Qué diablos estás haciendo, bebiendo whisky como si fuera agua? -le preguntó al tiempo que se acercaba hacia él, con las manos en las caderas-. ¿No tienes ningún respeto por tus riñones y tu hígado?

Él se levantó de la tumbona y se irguió, amenazador. Llevaba unos vaqueros y una camiseta ajustada. -Esta noche no me preocupa mucho el respeto -murmuró.

-¿Y qué se supone que quiere decir eso? -Nada que pueda decirte, encanto.

Ella contuvo el aliento cuando los ojos azules de Blake recorrieron su cuerpo. A1 fin él detuvo la mirada en el profundo escote de su vestido. Juliana no tenía un busto exagerado, pero sus senos eran erguidos y bien formados, y ciertamente en ese momento, la mirada de Blake era de admiración. A1 fin deslizó la mirada hacia su estrecha cintura y la amplia falda que le llegaba hasta los tobillos.

-Este vestido te sienta mucho mejor a ti que a Bárbara -declaró, y luego la miró a la cara, sorprendiéndola por el intenso deseo que resaltaba en las profundidades de *sus ojos*.

Nadie la había mirado jamás así. Y tampoco Blake. -Juliana -dijo con voz ronca, antes de hacer algo que la sorprendió y la fascinó.

Después de sumergir un dedo en el vaso que aún sostenía en la mano, trazó un sendero húmedo alrededor del escote de su vestido. Eso la dejó paralizada y abrió mucho los ojos, sintiendo que el corazón le latía acelerado, pero cuando él inclinó la cabeza y empezó a lamer el líquido en su piel, en ese momento palpitante, una sensación de mareo la hizo tambalearse. Blake la estrechó contra su pecho y soltó el vaso, que se hizo añicos en el suelo.

Inclinó la cabeza para besarla con ternura tan engañosa, que Juliana se sintió momentáneamente desarmada. La besó en los labios una y otra vez, enredando los dedos en su cabello, acariciándole la nuca con movimientos eróticos, casi hipnóticos.

-Juliana -murmuró contra la suavidad de sus labios.

-¿Sí? -respondió ella. aturdida

-Sí -repitió él con voz ronca-. E> lo único que necesitas decir. Si. Creo que sería buena en eso...

Su boca de pronto se volvió exigente y la obligó a entreabrir los labios. Pero cuando deslizó la lengua en su interior. el fuerte sabor a whisky hizo que Juliana volviera bruscamente a la realidad.

Se apartó y lo miró furiosa, tanto con él como consigo misma. Blake la miró con *ojos* vidriosos. -¿Qué sucede, querida? ¿Pasa algo malo?

-Estás ebrio, Blake Preston, eso es lo que sucede. En *los ojos* de él apareció un destello de burlona diversión.

-¿Si no estuviera tan ebrio, estaría bien que te besara? ¿Lo permitirías?

-Sí... no... Oh, no seas tonto, Blake. Sabes que nunca podremos ser nada más que amigos. ¡Los hombres ricos no mantienen relaciones con las hijas de sus sirvientes! ¡Por lo menos, no relaciones serias!

Algo sombrío, como una nube negra, cruzó por el rostro de Blake. Por un momento pareció que estaba furioso por algo, pero luego su expresión fue de cansancio.

-Creo que tienes razón -sonrió sardónico-. ¿Qué ha sucedido con tus planes de casarte con un millonario?

-Ahora sé que la única manera de llegar a ser rica es ganando yo misma el dinero que quiero.

-¡Oh! ¿Y cómo vas a hacerlo? Tus notas en la escuela no son

muy alentadoras.

-A partir de ahora estudiaré como una desquiciada. ¡Sé que puedo hacerlo!

El ladeó la cabeza y la miró por un momento, antes de asentir irónico.

-Sí, creo que puedes hacerlo. Vamos, te acompañaré a casa...

Esa noche Juliana se quedó despierta durante horas, pero ya no pensaba en aquellos momentos terribles en el baile, ni en las mentiras piadosas que le contó a su madre cuando Blake la dejó en la puerta. Su mente estaba invadida por los recuerdos de la boca de Blake moviéndose sobre su escote; de sus brazos fuertes estrechándola contra su pecho; de su lengua deslizándose entre sus labios.

¿Había sido el hecho de saber que estaba ebrio lo que la obligó a detenerlo, o fue el pánico al sentir las extrañas reacciones que él había provocado en su cuerpo? Había sentido una oleada de calor y excitación, combinada con el impulso momentáneo de olvidarse de todo vestigio de racionalidad, de dejar que Blake hiciera lo que quisiera con ella. Lo que más la molestaba era que parecía haber respondido más a la necesidad de Blake que a la suya propia. Siempre lo había considerado únicamente como un buen amigo. Ciertamente nunca había albergado ninguna fantasía sexual en relación con él, como hacía con sus actores y cantantes favoritos. Sin embargo, todo lo que Blake había necesitado hacer, había sido mirarla con una expresión de deseo, para que ella respondiera instintivamente a esa sensación.

Juliana se sintió consternada al pensar que tal vez estaba empezando a parecerse a su madre, cuya vulnerabilidad sexual con los hombres que la «necesitaban» era patética, en su opinión. No quería ser así, quería conservar siempre el control de sus propias acciones, de su propia vida. Si alguna vez llegaba a hacer el amor, quería que fuera porque ella misma lo quisiera y necesitara, y no al contrario.

Cuando al fin empezó a invadirla el sueño, Juliana se juró que estaría en guardia para que no volviera a repetirse lo sucedido esa noche. Se aseguraría de no quedarse nunca a solas con Blake. Y también mantendría a distancia a todos los jóvenes hasta que fuera mayor y tuviera más control. Además se juró que haría lo que le había asegurado a Blake con tanta jactancia... conseguir buenas notas, ir a la universidad v alcanzar el éxito, todo ello gracias a sus propios esfuerzos.

Durante los dos años siguientes, sorprendió tanto a su madre

como a sus maestros por su dedicación. Los jóvenes empezaron a rondarla, y a pesar de que algunos le parecían bastante atractivos, Juliana rechazaba sus atenciones, dedicando todo su tiempo al estudio y en ocasiones trabajando de modelo. Aunque no se había convertido en una belleza clásica, su largo cabello castaño, su figura esbelta y su rostro de rasgos exóticos consiguieron que la admitieran en una buena agencia de modelos donde le procuraban algunos trabajos ocasionales en la pasarela y frente a las cámaras de los fotógrafos de modas.

Después de conseguir unas notas excelentes en su certificado de segunda enseñanza, Juliana había comenzado un curso de marketing en la universidad, y al mismo tiempo ganaba algún dinero trabajando de modelo, aunque no lo suficiente para vivir fuera de la casa. Por su parte, Blake había empezado a tener éxito como corredor de divisas extranjeras, y se había mudado a un lujoso apartamento con vistas a la bahía. Trabajaba mucho y, según algunos rumores, se divertía a lo grande.

Cuando Juliana estaba cursando su último año en la universidad, la tragedia se abatió sobre el hogar de los Preston. Noreen Preston se suicidó con una sobredosis de pastillas para dormir. Poco después, su marido sucumbió a un ataque cardíaco, dejando atrás un montón de deudas y un negocio mal administrado, casi en quiebra. De pronto Bárbara y Blake se quedaron huérfanos y sin una herencia considerable. Incluso la casa estaba hipotecada. Bárbara reaccionó casándose con un viudo de edad madura, pero con mucho dinero. Blake sorprendió a todos renunciando a su trabajo y regresando a su casa para tomar las riendas de la compañía de la familia. Con nuevas ideas y mucho trabajo, transformó completamente la empresa familiar. De una compañía anticuada que no dejaba beneficios, hizo una empresa moderna y en auge, cuyas acciones empezaban a ser muy cotizadas entre los inversores de todo el mundo.

A los treinta años, Blake Preston se había convertido en el favorito del mundo de los negocios y de la sociedad de Melbourne. Durante dos años seguidos había sido elegido «el soltero más codiciado», por una revista femenina de gran circulación. Y pareció coronar su éxito cuando se comprometió con la señorita Virginia Blakenthorp, miembro de una antigua y acaudalada familia. Fue más o menos en aquella época cuando Juliana, que ya había conseguido un buen empleo en el departamento de marketing de una cadena de tiendas, y que vivía en un pequeño y agradable apartamento, cerca de la ciudad, se comprometió. Y lo hizo con el

hijo menor del propietario de la cadena de tiendas.

Su nombre era Owen Hawthorne. Tenía veintiocho años y era todo lo que podía desear cualquier mujer. Atractivo, inteligente y rico.

Por lo visto, tanto el futuro de Blake como el de Juliana estaban asegurados.

Sin embargo, una aciaga noche, el día anterior al cumpleaños número veintiséis de Juliana, se rompieron dos compromisos y surgió otro.

Blake y Juliana contrajeron matrimonio un mes después.

Capítulo 3

JULIANA seguía en la bañera, recordando aquella extraña noche, cuando oyó que Blake la llamaba. -¡Juliana! ¿Dónde estás?

Se irguió bruscamente, chorreando agua.

-Estoy... aquí -respondió con voz temblorosa-. En el baño.

«¡Santo Dios!», exclamó, pensando que Stewart debió de haber conducido como un desquiciado para dejar tan temprano a Blake. ¿O habría estado meditando sobre el pasado durante más tiempo del que creía? Puesto que su reloj estaba en el dormitorio, no tenía idea de la hora que era. Acababa de ponerse de pie para salir de la bañera, cuando Blake abrió la puerta y entró.

-Juliana, me gustaría que... -su voz se apagó cuando ella se dio la vuelta, dejándolo ver su cuerpo desnudo.

Sus ojos verdes tropezaron con los azules de Blake, que la miraban sorprendidos. Juliana nunca antes se había presentado desnuda delante de él, y mucho menos con la espuma deslizándose por sus pezones, endurecidos de pronto. Se ruborizó intensamente y exclamó con voz aguda:

-Por todos los cielos, Blake, ¿no podías llamar a la puerta?

En su prisa por salir de la bañera para envolverse en una talla, se olvidó del agua que había en el suelo. A1 apoyar un pie sobre las baldosas húmedas, resbaló. -¡Cuidado! -gritó Blake, corriendo a sostenerla.

Cuando ella sintió sus manos sobre su cuerpo, la invadió el pánico y trató de apartarse.

-¡No lo hagas! ¡Estoy bien!

Pero él ya la había sujetado con firmeza de la cintura, alzándola para sacarla del agua y depositándola a salvo sobre la alfombra, frente al tocador. La joven se preguntó si Blake había actuado deliberadamente cuando deslizó las manos por su desnudo trasero, antes de soltarla. En el fondo sabía que no era así. Sin embargo, su conciencia sexual inmediata la alertó y sintió que todos sus músculos se tensaban.

-Una toalla -le pidió con voz ahogada-. ¡Dame una toalla!

Casi se la arrebató de las manos cuando él se la tendió, y a toda prisa se envolvió en ella como si fuera un sarong. Sólo entonces advirtió que- Blake la observaba desconcertado. Juliana sabía que se estaba comportando de manera completamente opuesta a como había jurado que haría, y sonrió para disimular.

-Gracias. Yo... espero no haberte estropeado el traje.

Blake bajó la vista hacia su traje gris claro, de tres piezas.

-Se necesita algo más que unas gotas de agua para estropearlo.

La joven pensó que era cierto. Ese traje, que costaba una fortuna, se ajustaba como un guante a sus anchos hombros y a su esbelta figura. Nunca se arrugaba, ni siquiera después de un largo viaje. Con la almidonada camisa blanca y la corbata de un tono gris

más oscuro, Blake presentaba una impecable apariencia.

Pero no así Juliana, que se sentía hecha un desastre, tanto en su interior como en su exterior. Lo único que esperaba era que Blake saliera de allí. Mientras tanto...

-Has debido de darte mucha prisa --comentó vivaz-, para llegar aquí tan pronto.

-Así es. Y tuvimos suerte de encontrar todos los semáforos en verde.

-Por un momento pensé que había perdido la noción del tiempo.

A1 ver que Blake no tenía intención de salir, y simplemente seguía apoyado con actitud indolente contra la pared de azulejo, Juliana se volvió hacia el tocador, incómoda por su presencia, pues veía su figura reflejada en el espejo. Como cada uno tenía su propio baño, Juliana no estaba acostumbrada a arreglarse delante de Blake. Y el hecho de que él estuviera allí, precisamente en esos momentos, la perturbaba.

-¿No quieres ir a servirte una copa mientras me cepillo los dientes y termino de vestirme? -le preguntó con una sonrisa forzada.

-No, prefiero quedarme aquí y charlar contigo. -¡Oh...! De acuerdo.

Encogió los hombros con indiferencia, sabiendo que esa sería su primera prueba. Se preguntó qué habría hecho en esas circunstancias la Juliana de hacía unas horas.

No tenía ni idea. Esa circunstancia particular no estaba en ese repertorio. ¿Qué haría una mujer para que su marido no se enterara de que lo amaba? Fingir que él no estaba en la habitación, se contestó. Tomó otra toalla y empezó a secarse los brazos, y luego alzó una pierna para apoyarla sobre el borde de la bañera.

-Háblame de tu pequeña aventura -lo invitó con

tono despreocupado, mientras se secaba primero una pierna y luego la otra.

-En realidad no hay mucho que contar. Yo... ¿Cómo te has hecho esas magulladuras? -le preguntó, mirando con el ceño fruncido los tres moretones que tenía en un muslo.

Ella se los miró también, puesto que no los había visto antes.

-No tengo la menor idea -respondió con sinceridad-. Tal vez me haya golpeado en el trabajo contra una esquina del escritorio. Ya sabes que tengo la piel muy delicada y me salen moretones con mucha facilidad.

-No -respondió él-. No lo sabía.

Juliana se quedó consternada al escuchar su tono desconfiado, y expresó su sorpresa con una risita nerviosa.

-¿Qué estás insinuando?

A1 mirarlo, vio a un Blake que nunca antes había visto. Había una extraña inmovilidad en su rostro y los *ojos,* cuya mirada era indolente, en ese momento estaban entrecerrados y tenían una fría expresión.

Pero de pronto desapareció su expresión desconfiada y una sonrisa sardónica disipó la tensión de su rostro. De nuevo volvió a ser el mismo de siempre: frío, relajado e indiferente.

-Por un momento te imaginé en un encuentro diferente, no con un escritorio -repuso lentamente-. Debí adivinarlo. A ti no te agrada ese tipo de sexo, ¿no es cierto?

Juliana se ruborizó y Blake le dio una palmada en la mejilla, con actitud condescendiente.

-Mi dulce e inocente Juliana, ¿quién lo habría creído? Pero te prefiero como eres. Es más... tranquilizante. Sin embargo...

Por un momento la miró a *los ojos,* deslizando un dedo bajo su barbilla. Juliana habría jurado que iba a besarla y la perspectiva la llenó de temor, aunque también de una extraña excitación. «Sí, bésame», lo instó en silencio, con el corazón acelerado. «Bésame, acaríciame, poséeme...». Pero de pronto él dejó caer la mano e irguió los hombros.

-Reúnete conmigo cuando termines, si quieres. Si no... yo lo haré después.

Dio media vuelta y salió del baño, dejando a Juliana debilitada por el deseo, apoyada contra el tocador. Cuando se miró en el espejo, vio que tenía *los ojos* brillantes y los labios entreabiertos. Gimió y cerró los ojos para no ver la evidencia de su propia excitación. Desesperada, se preguntó qué podía hacer.

Quince minutos después bajaba por la escalera, vestida con su bata favorita, de terciopelo rosa. Llevaba las manos en los bolsillos cuando cruzó el vestíbulo y entró en la sala, pero no se sentía nada cómoda, más bien estaba como petrificada. Sin embargo, parecía relajada y por el momento ese era el principal requisito. Cuando cruzó el arco de la puerta y caminó sobre la alfombra gris, Blake levantó la vista hacia ella y le dirigió una sonrisa de aprobación.

-Siempre me sorprende lo bien que te ves sin hacer ningún esfuerzo. Con la cara lavada y el cabello sujeto en lo alto de la cabeza, con una bata que ya ha visto mejores días, tu apariencia es fantástica. Por supuesto, sabes moverte muy bien -comentó sin dejar de mirarla.

-Y tú sabes halagar muy bien -replicó ella con frialdad.

-No tengo ninguna razón para halagarte, Juliana. Eres mi esposa.

-¡Oh, qué encantador!

La risita de Blake fue tan burlona como el tono de Juliana.

-Bien -dejó su vaso sobre la mesita y se puso de pie-. ¿Qué quieres beber?

-Algo fuerte -respondió ella, con un dejo de burla. -No es lo que acostumbras.

Encogió los hombros, despreocupada, para disimular su tensión.

-He tenido un día difícil.

-Por lo común, esa frase es mía -rió Blake.

Se dirigió al mueble antiguo donde guardaban las bebidas, tomó la licorera de whisky y llenó hasta la mitad un vaso. Luego añadió varios cubitos de hielo.

-Esto calmará tus alterados nervios -se dirigió hacia donde se encontraba Juliana, de espaldas a la chimenea-. Toma...

Ella sacó las manos de los bolsillos para tomar el vaso; lo sostuvo con firmeza, porque le temblaban las manos.

-Gracias.

-Ahora, ven a sentarte. -Prefiero quedarme de pie.

-¿Estás nerviosa, verdad? -le preguntó mirándola fijamente de nuevo-. ¿Puedo ayudarte en algo? -añadió, tomando su vaso de la mesita.

-En realidad no. Las cosas no han resultado tan bien como esperaba. con el lanzamiento de un producto nuevo esta semana. eso es todo.

-¿Qué es lo que ha salido mal?

-Oh, nada importante –respondió evasiva- Ciertamente nada tan dramático como lo que te sucedió a ti ayer. ¿Quieres contarme los detalles ¿Corriste un verdadero peligro?

Él sonrió apesadumbrado.

-Digamos que hubo un momento en que pensé que iba a morir.

Juliana sintió que el estómago se le contraía. Si Blake lo reconocía, eso significaba que había estado muy cerca de morir.

-Yo... me alegro de que estés en casa sano y salvo. Blake encogió

los hombros indiferente.

-¿Me crees, verdad? -le preguntó ella, con un destello de temor.

-No te pongas tan seria, Juliana -replicó, observando su angustiada expresión con cierta sorpresa-. Por supuesto que te creo. ¿Hay alguna razón por la que no debería hacerlo?

-Bien, yo... quiero decir... no me gustaría que pensaras que deseaba que murieras.

-¡Por supuesto que no creo eso! -rió él, aunque un tanto forzado-. Podrías tener todo lo que quisieras, simplemente divorciándote de mí.

Juliana lo miró cuando alzó el vaso y bebió un buen trago de whisky. Si quería una evidencia de la actual actitud de Blake hacia su matrimonio, ya la tenía. Nada había cambiado desde la noche que le propuso matrimonio. Absolutamente nada. Suspiró apesadumbrada y se llevó el vaso a los labios para tomar un sorbo. -¿Estás cansada? -le preguntó.

-Un poco.

-Espero que no demasiado cansada.

-No... -empezó a decir, aunque sabía qué su tono carecía de convicción.

Un repentino y tenso silencio reinó en la habitación. -Entonces creo que subiré a tomar una ducha -anunció Blake después de dejar el vaso vacío sobre la chimenea y luego salió de la sala.

Varios segundos después, Juliana se dio cuenta de que seguía conteniendo el aliento. Y también compren

dió que, a pesar de su determinación de seguir adelante como si nada hubiera cambiado en su relación, había un aspecto en el que eso no sería posible. Cuando Blake fuera a su cama, esa noche, las cosas no serían como antes. De ninguna manera.

¿Sería una agonía o un éxtasis?, se preguntó. Cualquiera que fuera el resultado, eso la inquietaba. Aunque Blake siempre la había complacido al hacerle el amor, ella nunca antes lo había deseado con tanta intensidad; nunca había tenido miedo al imaginar cuál sería su propia reacción. Siempre se había contentado con dejarle la iniciativa a Blake, con dejarse llevar por él, y por sí misma.

Empezaba a sentir las oleadas de deseo que corrían por sus venas, su corriente poderosa e implacable. Nunca jamás volvería a quedarse sumisa bajo el cuerpo de Blake, esperando resignada a que él excitara sus sentidos hasta conseguir un reacio apasionamiento. Sospechaba que en el futuro debería controlar esa intensa necesidad de toda clase de intimidades. De lo contrario, verdaderamente se sentiría capaz de devorarlo. El sentido común le decía que eso era

lo último que debería hacer. Tomó aire, agitada; luego apuró su copa. En esas ocasiones el whisky siempre afectaba su sistema nervioso, embriagándola un poco y, al mismo tiempo, dejándola levemente soñolienta. Juliana esperaba que esa noche no fuera una excepción.

Pero no tuvo era suerte. El whisky, si acaso, había despertado en ella una chispa de temeridad. «¿Por qué no puedo devorar a Blake si quiero hacerlo?», se preguntó cuando subía por la escalera. «Después de todo, es mi marido. ¿Por qué debo frenarme y mostrarme menos apasionada de como me siento' ¡Eso es absurdo! Probablemente Blake se quedaría fascinado si yo fuera más aventurera y agresiva en la cama. Un hom

bre de mundo y experimentado como él no puede sentirse satisfecho con nuestra monótona vida sexual», se decía.

Pero tan pronto como decidió eso, otra voz más sensata e insistente le murmuró a Juliana que Blake estaba satisfecho; que vería con desaprobación cualquier cambio en su conducta sexual. Titubeó frente a la puerta abierta de su dormitorio, recorriéndolo con la mirada, ignorando el resto de los muebles para concentrarse en la cama, en la pared más alejada. Amplia y digna de una reina, con su soberbio edredón de encaje antiguo, de color crema, y las perillas de los postes de cerámica pintada a mano, esa cama había pertenecido a Noreen Preston.

Gracias a Dios que no había muerto en ella, pensó de pronto. Habían encontrado el cadáver de Noreen en un destartalado hotel, en las afueras de Melbourne. Sin embargo, Juliana sospechaba que entre las sábanas de aquella elegante cama se había ocultado un gran dolor. Si cerraba los ojos, casi podía escuchar el llanto de la pobre mujer; podía verla asida a ellas.

Era extraño. Juliana nunca había sentido una gran simpatía por Noreen Preston y siempre había tenido la impresión de que era una esposa neurótica y una mala madre. Pero nadie podía conocer los secretos ocultos en un matrimonio, los motivos íntimos de la conducta de las personas. ¿Acaso el egoísta y atractivo Matthew Preston habría hecho pasar a su esposa por un infierno psicológico? ¿Se habría aprovechado de su amor obsesivo por él para aceptar, de forma codiciosa, todas sus atenciones, mientras la engañaba? ¿Se habría reído de su inseguridad, contándole las mentiras más extravagantes? ¿O le habría arrojado a la cara sus infidelidades, hasta que ella no pudo soportarlo más?

-Juliana...

Giró sobre sus talones al escuchar la voz de Blake a su espalda, con gesto nervioso se llevó una mano al cuello.

-Me has asustado.

-No ha sido mi intención.

Juliana lo recorrió con la mirada. Algunos hombres habrían podido presentar una apariencia cómica con la corta bata blanca que Blake siempre se ponía después de la ducha, pero él no. Tenía una apariencia cautivadora, y el color blanco acentuaba su tez bronceada. -¿Qué sucede, Juliana?

La inesperada pregunta de Blake la hizo mirarlo a los ojos, y preguntarse si lo habría estado observando demasiado fijamente. Juliana sintió que el corazón le latía acelerado. Ya no tenía la menor duda; sabía perfectamente que sería capaz de *devorarlo.* Eso la obligó a tomar una decisión.

-A decir verdad, Blake, no me siento muy bien. Tengo jaqueca.

La mirada que él le dirigió era inescrutable.

-Ha ido empeorando todo el día --continuó ella, casi desesperada-. Primero con los problemas del trabajo, y luego cuando Stewart llamó, yo... -tragó saliva-. Estaba muy preocupada por ti, Blake. Por un momento llegué a imaginar lo peor.

-¿Es cierto eso? Pues, como puedes ver... -extendió los brazos por un segundo-,... estoy bien.

-Y yo me siento muy feliz y aliviada por ello, pero el efecto posterior de todo eso a menudo toma la forma de una jaqueca. Me has preguntado si sucedía algo y te lo estoy diciendo.

-Así es -respondió él con un extraño tono apagado-. Entonces te veré por la mañana.

-¿Por la mañana? -repitió ella. con los ojos muy

abiertos. Blake jamás había ido a su cama por la mañana.

-A la hora del desayuno, Juliana -sonrió levemente-. Por lo común, desayunamos juntos los sábados por la mañana, ¿recuerdas?

Avergonzada, Juliana se ruborizó.

-Sí, por supuesto. Yo... lo había olvidado. Mañana es sábado...

-No te olvides de tomarte una pastilla para la jaqueca, antes de irte a la cama -le aconsejó él con tono cortante.

-No lo olvidaré.

La joven pensó que su mensaje era obvio: «Mañana por la noche no deberás tener jaqueca...»

Tomándola de los hombros, Blake le depositó un frío beso en la frente.

-Buenas noches, Juliana. Que duermas bien.

De nuevo, ella captó el mensaje ocultó: «Duerme bien, porque

estoy seguro de que yo no podré hacerlo. Quería un poco de sexo esta noche y tú me has rechazado».

Juliana se sentía culpable. Sin embargo, en realidad no había mentido. Verdaderamente empezaba a dolerle la cabeza, tal vez por haberse bebido tan rápido el whisky. También comprendió que la noche siguiente, su tensión sería peor después de haber pasado todo el día en compañía de Blake. Esperaría que desayunara con él, que fueran a nadar juntos y luego lo acompañara a las carreras. Tal vez después irían a cenar con algunos amigos, y cuando regresaran a casa, debería dormir con él. Pensó que sería mejor acabar en ese mismo momento con el problema del sexo; de lo contrario, podría convertirse en una obsesión que no podría controlar. -Blake...

-¿Sí?

-El hecho de que tenga jaqueca no quiere decir que tú no puedas... bien... a mí no me importaría. De verdad.

Él sonrió desdeñoso al escuchar su ofrecimiento. -Pues bien, a mí sí. No estoy tan desesperado para obligar a mi esposa cuando no se siente bien.

-No me obligarías, Blake -repitió ella con voz ronca.

-¿No sería una imposición? -preguntó, entornando los ojos y estudiando su tensa expresión.

Juliana no pudo evitarlo. Miró hacia otro lado, temiendo lo que él pudiera descubrir en sus ojos.

-Por todos los cielos, no vamos a armar un alboroto por un poco de sexo -declaró él bruscamente. Mañana por la noche estarás bien. De cualquier manera, creo que estoy más cansado de lo que pensaba.

Se dio la vuelta y estaba a punto de cruzar el pasillo para dirigirse a su propia habitación, cuando se detuvo repentinamente y se volvió para mirar a Juliana, que seguía inmóvil.

-Hay algo que debo decirte, antes de que me olvide -dijo con tono áspero-. La puerta de entrada, por el garaje, estaba abierta cuando llegué a casa. Creo que eso es un grave descuido, considerando el número de robos que se producen en este vecindario.

Su tono acusador la irritó.

-Por lo común no me olvido de cerrarla -se defendió-. Pero el teléfono estaba sonando cuando entré y eso me distrajo.

-Entiendo. Bien, trata de recordarlo en el futuro. Una mujer sola es muy vulnerable y no me gustaría que

te sucediera algo, Juliana. Eres muy importante para mí, ya lo

sabes. Buenas noches de nuevo.

Juliana lo vio irse.

«¡No, no lo sé!», se dijo con repentina furia. «Debí estar loca para aceptar un matrimonio semejante. ¡Absolutamente loca! ¿Qué me sucedió para aceptar esa noche, a sangre fría, la proposición de Blake?».

«No lo hice por su dinero», pensó. «El dinero jamás me habría inducido a colocarme en una posición en la que sabía que podría perder el respeto que me debo a mí misma y mi propia dignidad. Debió ser el amor. ¡Creo que siempre he estado enamorada de Blake!»

Capítulo 4

JULIANA parpadeó, sorprendida, al pensar en ello. Sacudiendo la cabeza, entró lentamente en su dormitorio y cerró la puerta. ¿Cómo era posible que hubiera amado siempre a Blake sin saberlo? Le parecía imposible. Con un suspiro de frustración, se acercó a la cama, se quitó la bata y se deslizó entre las sábanas. Pensó que tal vez, si pudiera dormir, por la mañana vería las cosas con más claridad.

Sin embargo, no pudo conciliar el sueño. Era como si, una vez que la idea se había arraigado en su mente, se negara a salir de allí. Empezó a revivir los acontecimientos más importantes de su relación con Blake, tratando de analizarlos con frialdad.

A1 fin, Juliana se vio obligada a aceptar que ese sentimiento amoroso pudo estar latente en ella sin que lo supiera. Blake había aparecido en su vida cuando ella era tan sólo una niña, y además una niña muy solitaria. A1 principio, había sido el padre que ella nunca conoció; el hermano mayor que nunca tuvo; el amigo que siempre deseó tener. Esas anteriores facetas habían nublado el papel principal que un joven atractivo con el tiempo habría podido desempeñar, para una chica que ya había llegado a la pubertad: el de novio y amante. Pero para entonces la diferencia de sus respectivos orígenes había erigido otras barreras que hacían

que esa relación fuera indeseable y nada aconsejable. A1 apreciar esas barreras mejor que ella, pues era más joven, Blake había mantenido las distancias cuando Juliana empezó a crecer, sofocando así el desarrollo de los sueños e inconscientes esperanzas que ella hubiera podido albergar respecto a él. Después de todo, si no se hubiera sentido secretamente atraída por Blake, ¿Por qué se había sentido tan celosa de sus incontables novias y amigas?

Juliana sólo tenía que recordar el incidente ocurrido después de su baile de graduación para comprender que algo habría podido surgir fácilmente entre ellos esa noche, si ella lo hubiera permitido. Fue ella quien tuvo que bloquear el intento de Blake de seducirla, desalentada por el hecho de que su interés hacia ella sólo fuera puro deseo excitado por el alcohol. Y sin duda eso era. Pero esa noche no podía explicar con la misma facilidad sus propias respuestas sexuales.

Analizando lo ocurrido, Juliana sospechaba que si en aquel entonces ella hubiera cedido a esos deseos, su amor por Blake habría estallado, saliendo a la luz. ¿Pero a dónde la habría llevado eso a los dieciséis años? Blake ciertamente no se habría sentido

obligado a casarse con ella. Simplemente la habría abandonado; no tenía la menor duda de ello.

Otra pregunta cruzó por su mente, mientas meditaba sobre su conducta pasada. ¿Por qué había conservado su virginidad durante todos esos años, sólo para perderla con una especie de desesperada indiferencia cuando se enteró de que Blake se había comprometido con otra mujer? ¿Y por qué eligió esa noche en particular, para al fin responder positivamente a las repetidas proposiciones de matrimonio de Owen, si no fue porque inconscientemente había aceptado que Blake ya no podría ser su marido?

Blake, su héroe secreto. El hombre de sus sueños. Su «príncipe azul», pensó.

Sin embargo, luego se dijo que difícilmente podría ser un «príncipe azul».

O tal vez lo había sido en alguna época, antes de que la vida matizara y cambiara su propia opinión acerca de las personas y de las relaciones. En el Blake adolescente había bondad y una sincera generosidad, que hicieron que Juliana se sintiera atraída hacia él. Sin embargo, el Blake adulto estaba gobernado por un cinismo que lo hacía desconfiar del mundo, para no citar una desconfianza hacia el amor, que lo hacía capaz de toda clase de cosas. Juliana aún podía recordar su sorpresa cuando él le propuso matrimonio aquella noche. Había sido un día de tantas sorpresas...

Owen había sido el instigador de la primera sorpresa. Estaban a punto de salir a cenar la noche anterior al cumpleaños número veintiséis de Juliana. Ella se retrasó, porque se había quedado en el trabajo para terminar un asunto pendiente. Estaba dando los últimos toques a su apariencia, cuando Owen entró en su dormitorio y la observó en silencio mientras ella se pintaba los labios.

Le había sonreído por encima del hombro, mientras se ponía los pendientes de oro. Y fue entonces cuando él dijo:

-Espero que comprendas que no seguirás trabajando cuando nos casemos, Juliana.

Estaba a punto de ponerse el último pendiente y se detuvo. Esperaba haber oído mal. Con el ceño fruncido, se volvió hacia su prometido.

-Comprendo que no podré quedarme en Hawthorne Bros cuando sea tu esposa, Owen -convino-. Es la política de la compañía. Pero tengo intenciones de buscar otro trabajo.

-No.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que no, que no buscarás otro trabajo. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Owen queriendo representar el papel de marido dominante? Si la conociera bien, sabría que eso era un anatema para ella.

En el atractivo rostro de Owen apareció una sonrisa cuando se acercó para estrecharla entre sus brazos. -Quiero que estés en libertad para que puedas viajar conmigo, Juliana -le explicó con voz suave-¿Cómo podrías preparar las maletas y salir de viaje cuando deseemos, si estás atada a un trabajo?

Juliana sintió que de inmediato la invadía una sensación de pánico. Luchó contra la terrible sospecha de que< su compromiso con ese hombre era un gran error.

-No tengo objeción a una luna de miel prolongada -concedió-. Pero no puedo pensar en una vida sin un trabajo y sin mi propio dinero.

-Pero tendrás todo el dinero que quieras -le aseguró él-. Te abriré una cuenta bancaria especial, para que cubras todas tus necesidades. Te darás cuenta de que soy muy generoso, Juliana. Te mantendré y muy pronto te acostumbrarás a ello.

Juliana sólo había oído una palabra: *mantener.*

Se apartó para mirar al hombre a quien había creído amar, con quien pensaba casarse.

-Dudo que pueda acostumbrarme a que me mantengas -respondió con voz temblorosa.

-Vamos, Juliana -rió él con tono mordaz-. No puedo creerme que quieres seguir trabajando en una desagradable oficina, cuando puedes vivir a lo grande. ¡Sólo piensa en ello! No deberás levantarte temprano y podrás dormir hasta la hora de la comida, si así lo quieres.

-¡Pero odio dormir hasta muy tarde! -protestó ella, empezando a oír unas campanadas de advertencia en su cerebro.

-Eso es porque no estás acostumbrada. Querida, has debido de haber trabajado tanto para sobrevivir... Me causará un gran placer mimarte. Todo lo que debes hacer a cambio es ser mi amante esposa. Eso no será difícil, ¿no crees?

La besó en los labios y su lengua húmeda exigió entrar. Con frecuencia, a Juliana no le desagradaban los besos de Owen, ya que su pasión le resultaba consoladora. El contacto de su cuerpo mitigaba su profunda soledad interior, aunque a veces lo encontraba demasiado empalagoso. Dominando un

estremecimiento, permitió que siguiera besándola durante un momento más, antes de apartarse horrorizada por la creciente repulsión que sentía en su corazón y en su cuerpo. Con una sonrisa de disculpa, se libró de su abrazo.

-Por favor, Owen, no puedo pensar cuando haces eso, y necesito hablar contigo.

-Yo tampoco puedo pensar cuando hago esto -fue la respuesta de él, con voz ronca por el deseo-. Estoy loco por ti, Juliana. Tú debes de saberlo.

Juliana lo miró. Sí, lo sabía. ¿Pero la locura era amor? ¿Y qué había de sus propios sentimientos?, se preguntó. Le resultaba difícil seguir diciéndose que estaba enamorada de ese hombre, cuando su beso le había causado tanta repulsión. El simple pensamiento de irse a la cama con él le provocaba náuseas. Ya no podía dudarlo. No podía seguir adelante con ese matrimonio.

-Jamás renunciaré a mi trabajo -le aseguró con firmeza-. Yo soy así.

-¿Y quién eres tú? -le preguntó Owen, exaspera

do-. ¡Eres Juliana, mi prometida, y muy pronto serás mi esposa!

-No lo creo... -con la vista baja, empezó a quitarse del dedo el anillo de compromiso-. Yo... lo siento, Owen -añadió al tiempo que le tendía la sortija.

-Debes de estar bromeando -replicó él, contemplando su mano extendida.

-Por desgracia no. Supongo que comprendes ahora que un matrimonio entre nosotros no resultaría. Simplemente no queremos las mismas cosas de la vida. Es mejor que lo hayamos descubierto ahora, antes de que sea demasiado tarde. Por favor, Owen... toma el anillo.

Furioso, Owen le dio un manotazo, y el anillo salió despedido por el aire, hasta el otro extremo de la habitación.

-¡Quédate con el maldito anillo! --estalló-. Tal vez lo necesitarás para empeñarlo cuando te estés muriendo de hambre. Y así sucederá, querida, si te quedas en esta ciudad. Desde el próximo lunes no tendrás trabajo, ni recomendaciones, ni tampoco una buena reputación. Descubrirás que la vida puede ser muy difícil para la hija de una miserable cocinera, que ni siquiera tiene cerebro suficiente para saber lo que le conviene. ¡Estúpida arpía! ¡Pudiste tenerlo todo! ¿Pero qué se puede esperar de la clase baja? Debí haber hecho caso a mis amigos.

Salió furioso del apartamento y Juliana se quedó allí, mirándolo pálida y con los ojos muy abiertos. Su primera reacción fue de

sorpresa, porque nunca antes había visto esa faceta del carácter de Owen, y jamás pensó que pudiera ser tan violento y vengativo. Pero muy pronto una profunda ansiedad reemplazó a la sorpresa. Owen tenía riquezas y poder, y podría cumplir su amenaza. Ella estaba sola en el mundo, sin nadie a quien recurrir, sin nadie que la ayudara. Nadie, excepto...

-¡Blake! -murmuró en voz alta.

No se detuvo a pensar si él estaría en su casa. Simplemente pidió un taxi y se dirigió a la mansión Preston. Tocó el timbre y la señora Dawson, la nueva ama de llaves, salió a abrir.

-¿Sí? -preguntó la mujer, desconfiada, antes de reconocer a Juliana-. ¡Oh, es usted, señorita Mason! Juliana había conocido a la señora Dawson cuando fue a buscar las pertenencias de su madre, una semana antes. Alguna ropa y algo de joyería, unos pocos adornos y algunas fotografías. No era mucho para representar toda una vida. Cuando Juliana se lo comentó a Blake, ese mismo fin de semana, él le respondió que ella era el principal legado de su madre al mundo. -Lily estaba muy orgullosa de ti, Juliana -habían sido sus palabras de despedida ese día.

La joven cerró los ojos por un segundo. «Oh, mamá, ojalá aún estuvieras con vida. Te necesito, necesito tu cariño y tu apoyo. Estoy tan asustada...»

-¿Hay algo que pueda hacer por usted, señorita Mason? -le preguntó el ama de llaves.

-Debo hablar con Blake. ¿Está en casa?

-Me temo que no. ¿Quieres dejarle algún mensaje? ¿Qué mensaje podía dejarle? ¿«Blake, acabo de abandonar a Owen y él va a vengarse, arrastrando mi nombre por el barro y asegurándose de que yo no pueda encontrar un trabajo decente en Melbourne»? Se dijo que no era posible dejar un mensaje así con una desconocida.

-Necesito verlo personalmente. ¿Cree que puedo esperarlo? ¿Regresará a casa esta noche?

La señora Dawson pareció dudar. -Tal vez llegue muy tarde...

-No me importa. De verdad, necesito verlo. Se trata de un asunto de vida o muerte.

-Bien, supongo que puede esperarlo, si es necesario -replicó desdeñosa la señora Dawson.

-Sí, tengo que verlo.

-Entonces venga a la salita. Allí hay una televisión. Yo estaba a punto de ver la película de los viernes por la noche.

La señora Dawson se retiró a las diez y media, cuando terminó la película. Se trataba de una absurda trama de aventuras que tenía

tanto suspense como una sesión del parlamento. Evidentemente Juliana no estaba de humor para ver la televisión, pero debía hacer algo mientras esperaba el regreso de Blake. Seguía sentada allí alrededor de las once y media, cuando oyó que un coche entraba en el garaje.

Blake había vuelto a casa.

Se puso en pie de un salto y corrió a la cocina, en donde casi chocó con él, pues entraba en ese mismo momento.

-¡Juliana! -sonrió al ver con quién había tropezado, pero luego frunció el ceño-. ¿Qué diablos estás haciendo aquí a esta hora?

-Te estaba esperando. -¿Pero por qué? -Yo... necesito ayuda. -¿Qué clase de ayuda?

-Es difícil de explicar. ¿Crees que podría preparar café para los dos, y mientras lo bebemos te explico lo sucedido? Podría llevarme algún tiempo...

-Al diablo con el café. Necesito beber algo fuerte. Sígueme.

-¿Qué sucede contigo? -le preguntó ella mientras lo seguía a lo que antes había sido el estudio de su padre.

No era una habitación en la que hubiera estado a menudo; no desde que la habían redecorado. Ya había desaparecido el estilo frío y severo, para ser reemplazado por otro moderno, más apropiado para su nuevo ocupante. Predominaban los colores gris y negro, y las cortinas eran de color rojo oscuro.

Él le dirigió una mirada apesadumbrada desde el bar, instalado en una esquina.

-Dudo que te interese saberlo. Dirías que me lo merezco, que los bastardos ricos como yo nos merecemos todo lo que nos sucede. ¿O tu actitud hacia los bastardos ricos ha cambiado desde que te comprometiste con el honorable Owen Hawthorne?

Con un suspiro, Juliana se sentó en un sillón.

-No exactamente -su voz destiló una ácida amargura-. Si acaso, ha empeorado.

-¿Debo entender que no todo va bien entre los enamorados? -preguntó Blake, alzando una ceja. -¡Pienso arrojar al inodoro su anillo de compromiso tan pronto como regrese a casa! Es decir, cuando la encuentre.

-¿Así que habéis tenido una pequeña discusión? -rió Blake.

-Yo no diría que ha sido pequeña, y tampoco es motivo de risa, Blake. Ese hombre me ha amenazado con dejarme sin trabajo y con destrozar mi reputación. Me ha asegurado que jamás volveré a encontrar un trabajo decente en Melbourne.

-Santo Dios, Juliana, ¿qué le has hecho? ¿Lo has estado engañando, o algo por el estilo?

Juliana le dirigió una mirada colérica.

-¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que no soy mejor que una zorra traidora?

Él encogió los hombros con exasperante indiferencia.

-Creo que eres una mujer joven, muy bella y ambiciosa, que siempre ha tenido muy claro que se casaría con un millonario. ¿Puedes culparme por haber pensado que el amor no entró en ese arreglo, y que ahora estás un poco decepcionada por el comportamiento de Owen en la cama? He oído rumores de que no conseguiría ver su nombre publicado en el libro de récords Guinness, como el mejor amante del mundo.

Juliana deseó controlar el intenso rubor que invadió sus mejillas. A menudo había pensado que Owen no era muy hábil como amante, ya que era demasiado apresurado. Pero considerando su propia tendencia a mostrarse algo menos que apasionada en la cama, había ignorado ese aspecto. De cualquier manera, ya había llegado a la conclusión de que el sexo era algo que todo el mundo sobrestimaba.

A pesar de eso, la suposición de Blake respecto a que la ineptitud de un hombre en la cama disculpaba la infidelidad la irritó. Igual que su suposición de que ella sólo era una mujer fría y calculadora.

-Quiero que sepas que no suelo tener relaciones frívolas ni acostarme con cualquiera, como tú pareces hacerlo -replicó bruscamente-. Además, ni siquiera se me ocurriría serle infiel al hombre con quien he estado comprometida. Para mí, un compromiso es algo tan serio como el matrimonio. ¡Cuando me case, será para toda la vida! Por eso he roto mi compromiso. Lo hice yo, no Owen. He comprendido que eso no resultaría.

-¿Por qué no resultaría? -Blake se acercó a ella con un par de vasos de whisky y con hielo, le entregó uno y se sentó en el sillón a su lado, mirándola a la cara, mientras ella trataba de encontrar las palabras apropiadas.

-Yo...

-¿No lo amabas? -indagó él.

-Creía que sí -suspiró Juliana.

-Pero luego descubriste que no. ¿Cuándo? -Cuando me pidió que renunciara a mi trabajo después de que nos casáramos.

-Qué hombre tan estúpido -rió Blake-. Eso sería como el beso de

la muerte para ti. Es obvio que no te conoce muy bien.

Juliana no pudo evitarlo y también se echó a reír. Pero luego volvió a ponerse seria.

-¿Qué voy a hacer, Blake?

-En realidad es muy sencillo, si estás dispuesta a hacer a un lado la idea romántica de casarte por amor. -No estoy muy segura de lo que quieres decir -replicó ella, observándolo-. No pienso cambiar de opinión y casarme con Owen. Incluso aunque lo amara, no me casaría con un hombre que me pide que renuncie a todo por él. No creo en esa clase de amor.

-Tampoco yo, puedes creerme -replicó Blake con tono seco-. Pero no te estoy sugiriendo que te cases con Hawthorne. Te estoy sugiriendo que te cases conmigo.

Juliana se quedó muda, y por un momento la invadió una extraña sensación de júbilo. Luego recordó un hecho decisivo.

-¡Pero tú estás comprometido! -exclamó.

-A decir verdad no... ya no. He roto mi compromiso esta noche. Por eso he vuelto a casa temprano. -Pero... ¿por qué?

La expresión de él era inescrutable.

--¿Puedes creer que esta noche me he enterado de que Virginia planeaba hacer lo mismo que Owen quería hacer contigo?

-¿A qué te refieres? ¿Piensa renunciar a su trabajo después de la boda?

-Perverso, ¿no crees? -asintió él.

-¿Tú... la amabas? -le preguntó al fin, y por alguna razón la pregunta pareció salir de sus labios con dif''icultad.

-¿Qué es el amor? -le preguntó Blake, encogiendo los hombros-. Disfrutaba cuando le hacía el amor. También pensé que podría ser una buena madre. Yo quiero tener hijos, Juliana.

-¿Y Virginia no?

-No hasta después de mucho tiempo. Esa fue la gota que colmó el vaso.

-Entiendo.

-Sabía que lo harías, pues me conoces tan bien como yo a ti. ¿Qué dices? Si te casas conmigo, no deberás preocuparte por las amenazas de Hawthorne, y yo me aseguraré de que no pueda cumplirlas. También me aseguraré de que encuentres un buen trabajo, algo más satisfactorio que el que tienes por el momento.

Juliana sólo pudo mover la cabeza. -¡Blake, esto es una locura!

No obstante, aunque fuera una locura, no podía negar que la idea la atraía.

-¿Por qué es una locura? Tú eres todo lo que yo podría desear en

una esposa... bella, inteligente, independiente. Y también serías una buena madre. Y tú quieres tener hijos, ¿no es cierto?

-Sí, por supuesto.

-Eso pensé. Tuviste un buen ejemplo de amor maternal.

-¿No te preocupa que, si acepto casarme contigo, podría ser por tu dinero?

-De ninguna manera -sonrió él-. De hecho, me complacería que así fuera.

-¡Blake!

-¿No pensarás sinceramente que deseo que estés locamente enamorada de mí, verdad? -preguntó él con tono cortante-. Necesito esa clase de matrimonio tanto como un tiro en la cabeza. Me bastará con saber que me aprecias y me respetas tanto como yo a ti.

Ella se ruborizó de placer al escuchar sus palabras, pero en ese placer había un dejo de preocupación. -Pero... ¿qué me dices del sexo?

-¿Qué sucede con eso?

-Yo... no creo ser una experta.

-Me resulta difícil creerlo -respondió él, alzando una ceja.

-Pues bien -suspiró Juliana-. Puedes creerlo, es cierto.

-La joven que besé en su noche de graduación no era ni remotamente frígida. Deja que yo me preocupe por el sexo, Juliana. ¿Qué respondes? ¿Te casarás conmigo?

Ella apretó los labios, aunque la tentación de decirle que sí era demasiado poderosa.

-Piensa en la alternativa -insistió él con suavidad-. No tendrás trabajo en Melbourne y tampoco un futuro. En cambio, si aceptas ser mi esposa, ocuparás una posición privilegiada en esta ciudad. Nadie te despreciará, puedes creerme. Todos te respetarán. Y ninguna hija nuestra deberá llevar a su graduación un vestido de baile de segunda mano.

¿Había sido ese último comentario lo que la hizo decidirse? Juliana así lo había creído en ese momento; había pensado que su decisión de casarse con Blake se debió a su sentido práctico y a su amargura.

Ahora sabía que no había sido así. Siempre había querido casarse con Blake, siempre lo había amado. Pero jamás tendría lo único que en realidad quería: que él correspondiera a su amor.

-¡Oh, Blake... Blake...! -gritó, y sepultó la cara en la almohada.

Capítulo 5

BUENOS días.

Blake entró en la cocina, vestido con un ajustado pantalón vaquero y una chaqueta deportiva azul, del mismo tono que sus ojos. Juliana observó que todavía tenía el cabello húmedo después de la ducha.

-Buenos días -replicó ella con tono jovial, con la mirada fija en una sartén.

Tal y como temía, durante la noche su dolorosa conciencia sexual respecto a Blake había aumentado. Él se sentó en una de las banquetas de la cocina.

-¿Cómo te sientes esta mañana? -preguntó-. ¿Estás mejor?

-Mucho mejor, gracias -respondió ella.

Por lo común, Juliana disfrutaba del desayuno de los sábados. Le resultaba relajante, pero ese día no se sentía relajada.

-No tienes muy buen aspecto -observó él.

-Estoy bien, deja de preocuparte -le indicó ella, volviéndose para mirarlo-. Si yo hiciera eso contigo, me mandarías a paseo.

-Creo que sí -rió él-. Pero tal vez deberías dormir una siesta esta tarde. Tienes ojeras.

-¿No se suponía que esta tarde iríamos a las carreras?

-No, parece que va a llover y no soporto las carreras bajo la lluvia. Además, pensé que dos viajes a Flemington en una semana serían demasiado para ti. Sé que no te agradan tanto las carreras. ¿O ya te has olvidado de la semana próxima?

Juliana gimió al recordar que era la primera semana del mes de noviembre, la semana de la Copa de Melbourne. Por lo común, evitaba las famosas carreras de la primavera debido a las grandes multitudes, pero la compañía para la que trabajaba, Cosméticos Femme Fatale, había reservado una de las marquesinas de promoción para el jueves... el «día de las Damas». Puesto que ella era la encargada de relaciones públicas, debía asistir.

-Maldición -murmuró-. Tendré que comprarme un vestido nuevo, y además un sombrero. ¿Irás conmigo el jueves? No estabas seguro cuando te lo mencioné antes.

-Lo siento, pero no puedo acompañarte. Por lo que Steve me comentó anoche, la sucursal de Sidney necesita un buen repaso. Pienso volar allí el lunes y quedarme toda la semana.

La noticia de que Blake se iría tan pronto, después de su regreso, no deprimió a Juliana tanto como lo habría hecho el día anterior. Casi se sintió aliviada y lanzó a su marido una sonrisa radiante.

-Está bien, encontraré a alguien para que me acompañe.

De inmediato se sorprendió al ver que Blake la miraba ceñudo.

-Vaya, pareces muy feliz. Creí que te agradaba mi compañía.

-¡Sí me agrada!

-¿De verdad? Empezaba a preguntármelo, después de lo de anoche.

Juliana se quedó desconcertada, y hasta cierto punto se molestó al escuchar su tono áspero. Era de lo más injustificado.

-Blake, me dolía la cabeza. Y si lo recuerdas, no me negué a dormir contigo. Tú decidiste no hacerlo. -Por consideración hacia ti -replicó él, obstinado. -¡Probablemente fue más por consideración hacia tu vanidad! --estalló-. No piensas en mí, Blake. ¡Sólo piensas en ti!

Se miraron a los ojos por un momento, furiosos y a la vez sorprendidos. Sobre todo Blake, ya que Juliana nunca antes le había hablado así; jamás lo había acusado de ser indiferente y egoísta. Tenía una expresión que ella nunca le había visto. Estaba pálido y estremecido, y apenas podía controlar su cólera.

-Mi querida Juliana -respondió, haciendo esfuerzos para controlarse-. Sabías muy bien la clase de hombre que era cuando te casaste conmigo. Soy egoísta, lo reconozco, pero no en un sentido sexual. Si fuera un amante egoísta, habría pasado la noche contigo de cualquier modo, ¡y al diablo con tus sentimientos!

-Nunca pasas la noche conmigo -replicó, resentida-. ¡Y a menudo es «al diablo con mis sentimientos»! Él le dirigió una mirada helada. El olor a bacon quemado empezaba a invadir la cocina, pero los dos lo ignoraron, concentrados en desahogar su cólera.

-¡Si con ese comentario quieres decir que yo no siempre te satisfago en el plano sexual, entonces sabes fingir muy bien! Incluso en nuestra noche de bodas, cuando estabas tan nerviosa como una gatita, conseguí hacerlo bien. ¡Si eso no fue una consideración hacia tus sentimientos, entonces no sé lo que fue!

Sintiéndose culpable, Juliana se ruborizó al recordar su noche de bodas. Blake tenía razón. Pudo haber sido un desastre, pues ella estaba demasiado nerviosa

y tensa. No habían salido de luna de miel después de la sencilla ceremonia. Juliana había consentido en ello, pues aún se sentía un poco avergonzada por la rapidez de su matrimonio, apenas un mes después de la proposición de Blake.

Sin embargo, durante ese mes, Blake ni una sola vez la había acariciado de una manera íntima o sexual; sólo la había besado

cuando le daba las buenas noches. Cuando llegó el día de la boda, Juliana deseó que lo hubiera hecho, pues la noche que la esperaba le parecía tan amenazadora como un territorio desconocido. ¿Sería un caso perdido cuando estuviera en la cama con él, como lo había sido con Owen? ¿Se tensaría como siempre, cuando él empezaba a quitarle la ropa?

Era una mujer inteligente y sabía que Owen no era el único culpable de su fracaso para encontrar una satisfacción, en las ocasiones en que había hecho el amor con él. Cuando le comentó a Blake que no disfrutaba del sexo, había hablado en serio.

Así que cuando llegó el momento de desnudarse esa primera noche, se sintió casi paralizada por el pánico. Blake había sido comprensivo y, por respeto a ella, o por lo menos Juliana así lo pensó en ese momento, le pidió que se diera una ducha, se acostara en su cama y apagara la luz. La joven había hecho lo que él le sugirió, pero a pesar de todo, temblaba literalmente cuando al fin él entró en la habitación y se acostó.

-¡Estás desnudo! -exclamó ella.

-Y tú no -fue la respuesta cortante de él. -Sí, bueno, yo...

-Calla -le pidió él y la acercó más hacia sí-. Charlaremos hasta que dejes de temblar.

-¿Cha... charlar?

-Sí, siempre fuiste buena para eso. Tal vez si empezamos por algo que sabes hacer y te sientes más

confiada, entonces las cosas podrán progresar a partir de ese momento.

-Si yo fuera tú, no apostaría -balbuceó ella.

-Ya lo veremos, querida, ya lo veremos. Háblame de tu nuevo trabajo. ¿Te agradan más las relaciones públicas que el marketing?

Y había seguido así, haciéndole una pregunta tras otra, hasta que Juliana se olvidó de la relación sexual que la esperaba. Sólo después se dio cuenta de que, en algún momento, Blake había empezado a acariciarla de manera sutil, besándola con ternura. Primero en el hombro, luego en el cuello, la oreja, la mejilla, la frente, la nariz, y al final la boca. En ese momento la técnica de preguntas y respuestas había cedido el paso a un curso de acción más directo. Pero Blake siguió siendo paciente y dulce, y le quitó el camisón sin atemorizarla, después de lo cual le demostró que la pasión no tenía por qué ser salvaje o brusca, sino algo dulce que iba en aumento poco a poco. Le murmuraba al oído palabras dulces mientras le acariciaba los senos y la besaba en la boca, diciéndole que tenía un cuerpo muy bello y que quería perderse en él.

Y al fin lo hizo, pero no con brusquedad y ciertamente tampoco con apresuramiento. Juliana recordó lo sorprendida que se sintió al principio, al ver que él no parecía detenerse. No porque no le resultara agradable; lo era. No... era algo más que agradable. Era algo excitante, que hacía que su corazón latiera acelerado y que un extraño calor invadiera todo su cuerpo. Se había sentido vagamente avergonzada por sus propias respuestas, por el modo en que entreabría los labios para jadear agitada, por la manera en que su cuerpo se arqueaba para recibir los poderosos impulsos de Blake. Y luego... había sentido que todo se tensaba en su interior. Había dejado escapar un grito de sorpresa, que no tardó en convertirse en un jadeo de placer, para culminar en un prolongado suspiro de satisfacción.

Juliana volvió a ruborizarse al recordar aquella noche y todas las noches siguientes, cuando gemía bajo las hábiles manos de Blake. Pero los gemidos podían significar diferentes cosas. Tal vez una satisfacción física, pero también dolor, así como un tormento emocional. Se preguntó si esa noche sus gemidos serían diferentes.

-No puedes negar que te satisfago en la cama, Juliana -pronunció Blake, con cierta aspereza.

-Hay muchos tipos de satisfacción -murmuró con sinceridad, pero de inmediato pensó que tal vez había sido imprudente, pues él la miró con dureza.

-¿Qué quieres decir?

Juliana al fin comprendió que había entrado en un territorio muy peligroso con esa discusión. Sacudió la cabeza y concentró su atención en el bacon quemado. -Voy a tener que freír más bacon.

-¡Maldita sea, hazme caso!

Juliana miró a Blake, que en ese momento estaba de pie. Los músculos de su rostro estaban tensos, tenía la mandíbula apretada en un gesto de cólera y los puños sobre la mesa de la cocina. Parecía como si estuviera a punto de golpearla. Aspiró aire para calmarse y lo exhaló lentamente.

-Te estoy haciendo caso. Tú tienes razón y yo estoy equivocada. Eres un amante maravilloso y siempre me satisfaces, ¿de acuerdo?

-No. ¡Es obvio que estás alterada por algo y no quieres decirlo!

-No es nada. Blake.

-Así que no quieres decírmelo.

-¡No hay nada que decir! -insistió ella.

-Estás mintiendo, Juliana. Hay algo que te molesta y no tienes la confianza... o el valor suficiente para decírmelo.

-No exageres, Blake -suspiró ella-. No es nada, sinceramente.

Estos últimos días he estado nerviosa, eso es todo. Por favor, siéntate mientras termino de preparar el desayuno.

Durante algunos segundos pensó que él iba a salir de la cocina, pero sabía que no habría sido un gesto característico de Blake. No era propenso a las actitudes violentas o a los estallidos de mal humor. Lo más que hacía para expresar su cólera o desaprobación, era lanzar un comentario sarcástico. Juliana lo observaba con cierta sorpresa, mientras él luchaba con sus emociones. Por un momento, pareció que iba a actuar como un típico marido furioso. Pero luego, el Blake de siempre volvió a salir a la superficie; encogió los hombros con indiferencia y su expresión se relajó.

-Creo que no estoy acostumbrado a que seas una mujer temperamental -comentó con un tranquilo tono irónico.

Juliana apretó el cucharón de madera para no arrojárselo. Si al menos por una vez le demostrara que en realidad se interesaba por ella... Si por una vez saliera furioso de la cocina, o perdiera la paciencia... Cualquier cosa sería mejor que esa personalidad indiferente, detrás de la cual se ocultaba durante todo el tiempo. Ella siguió preparando el desayuno y dejó que Blake guiara la conversación hacia un tema más seguro. Pero en su interior seguía perturbada. ¿En dónde terminaría todo eso? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a estallar por algo sin importancia, sólo porque quería más de lo que Blake podía darle?

El problema le parecía insuperable. Por mucho que hubiera pensado que era capaz de hacer cualquier cosa para salvar su matrimonio, en ese momento no estaba tan segura. Tal vez sería demasiado costoso.

En ese momento sonó el teléfono y Juliana se sobresaltó, nerviosa. Blake le dirigió una mirada extraña, antes de descolgar el auricular.

-¿Sí? -contestó con un tono indescriptible. Juliana no pudo comprender ni una palabra de las respuestas de Blake, ni quién llamaba ni de qué se trataba la conversación.

-Hola... ¿De verdad? Es muy considerado de tu parte... Sí, nos gustaría mucho... Envíalos en un taxi... yo lo pagaré... Gracias de nuevo... Sí, lo haremos... Adiós.

-¿Quién era? -preguntó Juliana cuando él colgó. -Jack Marsden tiene unas entradas para El fantasma de la ópera, para esta noche. Gloria y él iban a ir, pero no pueden porque la madre de Gloria está enferma y piensan ir a visitarla este fin de semana. Él sabe lo mucho que te gusta la obra, así que ha pensado que tal vez podríamos ir. Enviará las entradas en un taxi. -¡Oh, eso es

maravilloso! -exclamó Juliana al instante. Había visto la obra a principios de año y se moría de ganas de verla otra vez-. ¿Cómo sabía que me gustaba la obra? -preguntó mientras empezaba a recoger los platos.

-Creo que yo se lo mencioné cuando la vimos. Por otro lado, Jack es un astuto hombre de negocios. Quiere que invierta algún dinero. Sería capaz de comprar las entradas en la reventa si pensara que con eso lograría convencerme.

Juliana no pudo evitar un suspiro apesadumbrado. -¿Por qué siempre eres tan cínico?

-Soy realista, Juliana, no cínico.

-No veo que haya ninguna diferencia.

Él la miró, y por sus ojos cruzó un destello sombrío.

-¿Sabes, Juliana? Siempre pensé que te agradaba. -No seas absurdo, Blake, claro que me agradas. -Pero no te agrada mi supuesto cinismo.

-Eso es cierto.

Hubo un silencio difícil y Juliana continuó recogiendo la vajilla.

-Dentro de dos meses será nuestro primer aniversario -comentó él de pronto, y ella lo miró sonriendo forzada.

-Sí, lo sé. ¿Por qué lo mencionas ahora?

-Pensé que debería recordarte el convenio que hicimos antes de casarnos. Ya sabes: si después del primer año pensábamos que nuestro matrimonio no estaba resultando, o si alguno de los dos cometía una tontería, como por ejemplo enamorarnos de alguien, entonces lo daríamos por terminado.

Juliana tragó saliva; esperaba no parecer tan enferma como se sentía.

-¿Qué estás tratando de decir? ¿Te has enamorado de alguien?

-No seas ridícula --exclamó él, sorprendido-. El amor y yo decidimos seguir caminos separados hace años. ¡Oh, Dios, qué idea tan espantosa!

-¿Entonces, qué es lo que tratas de decir?

-No estoy muy seguro. Creí que eras feliz. Pero anoche, y esta mañana... -encogió los hombros, obviamente confundido por la situación.

Esa confusión conmovió a Juliana. Quería dejar lo que estaba haciendo, echarse en sus brazos, abrazarlo, decirle que jamás lo abandonaría. Pero, evidentemente, jamás lo haría. Lo único que podía hacer era asegurarle verbalmente que era feliz, que nunca lo dejaría. Antes de que pudiera decir una sola palabra, él continuó con tono burlón:

-Vaya, ¿qué estoy haciendo, pidiéndote una seguridad como si fuera un niño inseguro, sólo porque tú estás nerviosa? Estoy seguro de que si quisieras poner fin a nuestro matrimonio me lo dirías. Siempre has sido muy franca -sonrió irónico y su irritación se desvaneció-. ¡Basta ya! ¿Qué vamos a hacer durante el resto del día?

Juliana se sintió muy molesta con Blake. Un momento antes, había reaccionado experimentando emociones y sentimientos reales, por muy confusos que pudieran ser. ¿Y qué había hecho? De nuevo se había ocultado detrás de ese impenetrable escudo, el que cerraba alrededor de su corazón, el que lo apartaba de todo lo que podía hacerlo sentirse vulnerable.

-No sé qué piensas hacer tú -replicó bruscamente-. Pero yo debo ir a comprar alguna ropa. Luego iré a cortarme el cabello, después de lo cual, y tal como me ordenaste, me echaré una siesta, ya que tengo unas terribles ojeras. ¡Pero puesto que tú no tienes nada que hacer, puedes dedicarte a meter los platos en el lavavajillas!

Y diciendo eso lo dejó todo, giró sobre sus talones y salió de la cocina, sin importarle que Blake la estuviera mirando boquiabierto y con una expresión de sorpresa.

Capítulo 6

JULIANA regresó a casa tan tarde como le fue posible, después de terminar sus compras y de cortarse el cabello. A1 entrar, le informó a la señora Dawson que esa noche no bajaría a cenar y que quería que le subiera una bandeja con unos sandwiches a su habitación.

-¿Qué me dice del señor Preston? -le preguntó el ama de llaves-. ¿Qué va a cenar él?

Juliana se detuvo y frunció el ceño.

-¿No le ha dicho que esta noche iremos a ver el Fantasma de la ópera?

-No me ha dicho ni una sola palabra -replicó desdeñosa la mujer-. Se fue poco después de que yo llegara esta mañana. Creo que fue a jugar al golf, pues se llevó sus palos.

-¿A1 golf? ¿Con esta lluvia?

-La lluvia no molesta a un hombre si quiere jugar al golf - rezongó la señora Dawson-. Fred solía jugar todos los fines de semana, aunque lloviera o tronara. No entiendo cómo les gusta ese deporte; caminar tanto y jugar tan poco.

-Estoy de acuerdo con usted -sonrió Juliana. Se imaginaba que el pobre Fred debía de alegrarse de salir de la casa y de alejarse de su dominante esposa.

De pronto, la señora sonrió, mostrando una excelente dentadura y unos atractivos hoyuelos en las mejillas. Por una vez la señora Dawson representaba su verdadera edad, cincuenta y cinco, y no parecía una mujer amargada de sesenta y cinco. Después hizo algo que sorprendió a Juliana: le dirigió un cumplido.

-Le sienta muy bien ese peinado, señora Preston. -Oh, ¿de verdad?

Juliana no se había sentido muy complacida cuando vio que el peluquero se lo había cortado más de lo acostumbrado, ya que penas le llegaba hasta los hombros. Eso no habría sucedido si no hubiera estado tan distraída pensando en Blake. A pesar de que todos en el salón le aseguraron que el corte le sentaba muy bien, no estaba muy segura. Sin embargo, la señora Dawson le había sonreído y estaba de acuerdo con esa opinión. En ese caso, pensó, debía de ser cierto.

-Aún lo tiene lo bastante largo como para peinárselo hacia arriba si usted quiere -le aconsejó el ama de llaves, con su acostumbrado sentido práctico.

-Sí, supongo que sí. Espero que a Blake le agrade. -Dudo que el señor Preston se fije siquiera. Los hombres nunca se fijan en esos

detalles en sus esposas. Sólo los ven en otras mujeres.

Juliana se sentía inclinada a convenir con ella. Pero el agresivo comentario subrayaba el hecho de que tal vez su querido Fred había hecho algo más que jugar al golf a lo largo de su vida.

-Ciertamente no podrá hacerlo esta noche, pues pienso recogérmelo.

-¿A qué hora quiere que le suba la bandeja, señora Preston? -preguntó el ama de llaves con una sonrisa. A Juliana le resultaba difícil acostumbrarse a la inesperada cordialidad de la señora Dawson, pero no c>taba dispuesta a perder la oportunidad de convertirse ~›n ;u amiga, pues le resultaba muy molesto vivir con Ia actitud rígida de aquella mujer hacia ella.

No antes de las seis -respondió Juliana-. ¡Ah, señora Dawson...!

-¿Sí?

-Por favor, llámeme Juliana.

El ama de llaves se quedó desconcertada, pero al mismo tiempo obviamente complacida.

«Tal vez nunca le haya caído mal», decidió Juliana. «Quizá Blake, cuando la contrató, insistió en que debía guardar las distancias. Habría sido típico de él.» Esta última idea quedó confirmada cuando la mujer le preguntó cautelosa:

-¿Pero... qué me dice del señor Preston?

-A él puede llamarlo como quiera -replicó Juliana con firmeza-. Pero en el futuro yo sólo responderé si me llama por mi nombre.

-En ese caso, será mejor que usted me llame Susanne.

-Susanne. ¡Qué nombre tan encantador! -sonrió Juliana-. Pero ya basta de charla. Será mejor que me apresure si quiero estar lista a tiempo.

-¿Puedo ayudarla en algo? ¿Quiere que planche alguna ropa? -le preguntó Susanne Dawson, señalando los paquetes que llevaba.

-No, esta ropa no es para hoy. Es para el «día de las Damas», en las carreras, el próximo jueves. Esta noche me pondré mi vestido de terciopelo verde.

-Es un vestido precioso. Pero tiene razón, se verá mejor con el cabello recogido. Así todos podrán admirar su bello escote. Será mejor que se apresure, señora... -se interrumpió con una risita irónica-. Será mejor que se apresure, Juliana. Le subiré la cena a las seis en punto.

Juliana se echó a reír y subió corriendo la escalera. Pero cuando entró a su dormitorio y vio la cama, toda su alegría desapareció. Ni siquiera la perspectiva de ver su obra favorita dentro de dos horas logró reanimarla. Sólo podía pensar en lo que sucedería después.

-Esta noche estás sorprendentemente hermosa, Juliana -le comentó Blake, amable, cuando se dirigían en un taxi hacia el teatro.

Ella lo miró de soslayo. Iba sentado a su lado, mirando por la ventana, con una apariencia resplandeciente. Vestía una chaqueta azul y un pantalón de color crema.

-Gracias -replicó, pensando que era típico de Blake no mencionar una sola palabra acerca del altercado de esa mañana, ni tampoco preguntarle por qué había pedido que le subieran la cena. Aunque sí era típico de él felicitarla por su apariencia, sin volverse siquiera a mirarla.

-Susanne piensa que este color me sienta bien -añadió sonriendo con malicia, ya que sabía que ese comentario produciría una reacción.

-¿Susanne? ¿Quién es Susanne? -Nuestra ama de llaves.

-¿Desde cuándo la llamas por su nombre? -le preguntó él, alzando una ceja.

-Desde hoy.

-¿Y a qué se debe eso? Sabes que prefiero mantener las distancias con mis empleados.

-Sí, pero yo no.

Él la miró durante varios segundos.

-¿Qué es lo que te está molestando, Juliana? No puede ser un ataque de liberación femenina, puesto que eres la mujer más liberada que conozco. No te pido que me des cuentas de lo que haces.

-Me alegro -estalló ella-. Entonces no tengo por qué explicarte por qué he decidido llamar por su nombre a la señora Dawson, ¿o sí?

Vio el destello de cólera en sus ojos y se sintió deleitada. «Continúa», lo instó en silencio, desesperada. «Pierde la paciencia conmigo aquí en el taxi, delante de un desconocido. ¡Hazlo!».

Él contuvo el aliento y en sus ojos azules brilló un destello peligroso. Pero al final no perdió la paciencia. Trató de controlarse y al fin se volvió hacia ella con una expresión tranquila. ¿O sería simple apariencia? Juliana debía reconocer que un músculo temblaba en su rostro. ¿Sería una evidencia de su intensa lucha interna? ¿O simplemente un indicio de cólera porque ella lo había colocado en esa posición? Juliana sabía que Blake odiaba eso.

-No -respondió él en voz baja y apagada-. No necesitas hacerlo. Ahora, si no te importa, me gustaría terminar con esta conversación. Ahora mismo -añadió, bajando más la voz-. No

soporto a las parejas que montan escenas en público.

Juliana comprendió que no debía ir más lejos. Además, ¿qué esperaba conseguir? ¿Así iba a expresar su amor por Blake, tratando de incitarlo a una reacción emocional, sin importar cuál fuera? Suspiró deprimida, pensando que estaba viviendo en la cuerda floja.

-Aún está en obras la calle del teatro -les informó en ese momento el taxista-. Me acercaré lo más que pueda.

Había un ambiente de excitación antes de cada función de El fantasma de la Ópera, y la confusión del tráfico, en la puerta del teatro Princess, se sumaba a ese entusiasmo. Juliana se sintió contagiada en el mismo momento en que bajó del taxi. La gente empezaba a llegar y se había reunido ya una gran multitud.

-¿Quieres que tratemos de abrirnos paso hasta el bar, o vamos directamente a nuestros asientos? -le preguntó Blake cuando entraron.

-Supongo que será mejor que vayamos a nuestros asientos -respondió ella, al ver que el bar estaba lleno de gente.

En realidad, tanto el vestíbulo como el bar eran demasiado pequeños, pero era el único teatro que había en Melbourne. De todas formas, le habría gustado tomar antes una copa, y Blake debió de adivinarlo, pues le dijo:

-Te llevaré una copa de champán en el intermedio -le prometió.

La obra era tan maravillosa como la primera vez que Juliana la vio, aunque habían hecho algunos cambios'en el reparto. Cuando se encendieron las luces, en el intermedio, suspiró complacida.

-¿No es una obra maravillosa? -exclamó-. Espectacular y a la vez conmovedora. Compadezco al Fantasma. ¡Ama tanto a Christine...!

Blake se volvió para mirarla con una expresión sardónica.

-No sabía que fueras tan romántica, Juliana. Ese personaje es un maniático y un asesino. Yo compadezco a Raoul, para no hablar de los propietarios del teatro.

-Me lo imagino -murmuró ella.

-¿Porque soy un bastardo sin sentimientos, o un hombre de negocios? -rió él, sombrío.

-¿Acaso no se trata de lo mismo?

Juliana lo vio entornar los párpados, y en sus ojos brilló un destello de cólera, pero luego se puso de pie y miró a su alrededor.

-Si no me apresuro a ir al bar, no podré estar de vuelta antes de que empiece el segundo acto. ¿Quieres ir al tocador?

-No, me quedaré aquí.

Juliana suspiró cuando lo vio deslizarse por entre los grupos de personas que salían. Continuaba sentada, sintiéndose desdichada

por la manera en que seguía

haciéndole comentarios mordaces a Blake, cuando unas risas a su espalda atrajeron su atención. Mirando por encima del hombro, vio a un grupo de jóvenes, hombres y mujeres, que reían y bromeaban en voz alta, aunque sin ser ofensivos; además, el teatro casi se había quedado vacío.

Sin embargo, se quedó sorprendida al ver que uno de los jóvenes era nada menos que Stewart Margin. Se quedó mirando al secretario de Blake, siempre tan serio y reservado, que en ese momento bromeaba con sus amigos, haciendo muecas y riendo. Cuando de pronto vio que ella lo miraba, se ruborizó avergonzado. Por un momento pareció no saber qué hacer. Ella también sintió vergüenza, así que volvió la cabeza y fijó la vista hacia el frente, tratando de disimular una sonrisa. ¿Quién lo habría creído? ¡Después de todo, Stewart Margin era un ser humano! En cierto modo, ese incidente le recordó a Juliana lo que había sucedido esa tarde con la señora Dawson. Se había quedado tan sorprendida cuando el ama de llaves de Blake le dirigió una sonrisa...

Un golpecito inesperado en su hombro la hizo darse la vuelta. Stewart estaba sentado en uno de los asientos vacíos, en la 61a de atrás, con una expresión preocupada, pero no afligida.

-Buenas noches, señora Preston -la saludó un tanto rígido, en contraste con su actuación de hacía un momento.

-Stewart... -Juliana sintió que estaba a punto de reír. «¡Santo cielo!», pensó y tratando de evitar esa catástrofe, se mordió un labio.

-¿El señor Preston... ha venido con usted? Ella asintió. Le pareció lo más normal.

-Usted... quiero decir... siento que la hayamos molestado, señora Preston. Sé que estábamos hablando en voz alta, pero sólo queríamos divertirnos. ¿No se lo dirá al señor Preston, verdad? Él piensa que yo soy... -suspiró frustrado-. El hecho es que todos debemos comportarnos de cierta manera delante del señor Preston, de lo contrario no es posible mantener una buena relación con él, si usted entiende lo que quiero decir...

De pronto, el deseo de reír de Juliana desapareció y sintió ganas de llorar. Sabía muy bien lo que quería decir Stewart. Demasiado bien. Sonrió entristecida y le dio una palmadita en la mano.

-No se preocupe, Stewart, lo entiendo muy bien. Además, no me estaban molestando y no tengo ninguna intención de comentárselo a mi marido. Supongo que se quedaría sorprendido al ver que usted... está disfrutando tanto.

Stewart sonrió y Juliana se sorprendió al ver lo atractivo que era con esa mirada chispeante de alegría, en vez de la acostumbrada expresión apagada de sus ojos grises. Pensó que el secretario de Blake debía de ser muy popular entre las mujeres.

-Supongo que usted pensaba que era un tipo rígido y estirado.

-Ciertamente da la impresión de serlo.

Él le dirigió una mirada de admiración tan masculina, que Juliana se sobresaltó.

-Y usted, señora Preston, da la impresión de ser fría y distante, pero ayer descubrí que no es así. Es una mujer sensible y de corazón y el señor Preston es un hombre muy afortunado.

Juliana se ruborizó al escuchar el cumplido, pero junto con esa cálida oleada de placer, volvió a sentir ganas de llorar. Si tan sólo Blake quisiera su corazón...

-Será mejor que vuelva a mi sitio -manifestó Stewart, al ver que la gente empezaba a ocupar sus asientos-. Gracias de nuevo, señora Preston. Cuídese.

Lo vio irse y se preguntó qué edad tendría. ¿Veintiséis o veintisiete años? Era más joven de lo que había

imaginado. Antes de verlo allí, esa noche, habría jurado que por lo menos tenía treinta años.

-¿Era Stewart con quien estabas hablando? Juliana se dio la vuelta y vio a Blake de pie, a su lado, con una copa de champán en una mano.

-Sí... era él -respondió. De inmediato se preguntó por qué su voz sonaba culpable, al ver la fría mirada que le dirigía Blake.

-Tuve la impresión de que los dos estabais sosteniendo una conversación confidencial. No tenía idea de que fuerais amigos -se sentó, y al fin ella respiró tranquila cuando Blake dejó de mirarla con frialdad-. Tampoco sabía que estaría aquí esta noche. Estoy seguro de que no me lo mencionó.

-¿Por qué debería hacerlo? -lo defendió ella-. Si mantienes a distancia a tus empleados, no creo que te hablen de su vida privada, ¿o sí?

-Pero supongo que él sí te habla a ti de su vida privada-replicó él con falsa amabilidad-. ¿También te llama Juliana?

-No seas ridículo, Blake. Sabes que no se atrevería. -Por lo menos, no delante de mí. Pero ignoro lo que él pueda atreverse a hacer cuando yo estoy en el otro extremo del mundo.

Juliana se quedó boquiabierta y se volvió para mirarlo.

-¡Santo Dios, estás celoso!

El sonrió desdeñoso, al escuchar esa sugerencia. -¡Ahora tú eres

la ridícula! Y yo sería un tonto si alguna vez estuviera seguro de una mujer tan hermosa como tú. Ahora, cierra la boca y bébete el champán, Juliana. Ya van a levantar el telón.

Gracias a la obra, unos minutos después, Juliana ya había olvidado su torbellino emocional y se dejó llevar hacia el mágico mundo de fantasía que estaban representando en el escenario. En cierto momento comparó su propia situación con el desarrollo de la trama. El Fantasma amaba a Christine hasta la locura, pero era un amor no correspondido. El corazón de Christine pertenecía a otro hombre.

El corazón de Blake no pertenecía a otra mujer, reconoció Juliana. Simplemente era incapaz de amarla como ella quería ser amada. A pesar de eso, se dijo que no debería quejarse. Él sí se interesaba por ella, a su manera tan peculiar. Debería conformarse con eso.

Después de la función, no vieron a Stewart entre la multitud y Juliana pensó que era mejor así. Blake se había molestado porque la vio charlar con su secretario. No creía que pensara que tenía una aventura con Stewart, pero se suponía que nada debería salvar las distancias que guardaba con las personas que trabajaban para él. Sin duda ya lo había irritado llamando por su nombre a la señora Dawson. Juliana era por naturaleza una persona reservada, pero comprendía que Blake llevaba demasiado lejos su obsesión por el aislamiento. Se dijo que tal vez había llegado el momento de desafiarlo, de romper esa barrera. Estaba segura de que esa no era una actitud positiva. Pero decidió que no lo haría esa noche, cuando regresaban a casa, en silencio. Ya lo había retado lo suficiente ese día.

Trató de no pensar en nada, mientras seguía la rutina de todas las noches. Se quitó el vestido y lo colgó en el armario de diseño italiano. Luego se metió en la ducha, y cuando salió, se lavó los dientes, se aplicó una crema en la cara y empezó a cepillarse el cabello. Lo examinó un momento, pensando en el anterior comentario de Susanne, acerca de que los hombres no se fijaban en los cambios de apariencia de sus esposas. Pensó que sería interesante ver si Blake lo notaba. Era difícil que no lo hiciera, pues ahora era bastante más corto, y el flequillo le daba un aire de misterio a sus *ojos*.

Juliana nunca se ponía camisón en las noches en que sabía que Blake se reuniría con ella en la cama. Nerviosa, empezó a cepillarse con movimientos enérgicos, pero de pronto se detuvo al recordar algo que la dejó paralizada.

En la visión que surgió en su mente, Blake se acercaba a ella en la cocina, cuando estaba preparando el desayuno, un sábado por la mañana. La estrechaba entre sus brazos, apretándola contra sí hasta que ella podía sentir su excitación a través de la bata de baño. Ella también llevaba puesta la bata, debajo de la cual estaba desnuda. Blake le soltaba el cinturón y le abría la bata para empezar a acariciarle los senos. La respiración de ella era agitada, pero fingía que seguía cocinando, aunque empezaba a excitarse. Sólo cuando él le deslizaba las manos por entre los muslos, dejaba de hacer lo que estaba haciendo y se daba la vuelta para besarlo en los labios. Poco después se dejaban caer en el suelo de la cocina, olvidados de todo, excepto de su pasión...

De pronto Juliana volvió a la realidad, pero la fantasía la había dejado con el corazón acelerado y la piel ardiendo. Sacudió la cabeza, tratando de apartar de su mente otros pensamientos eróticos. Inquieta, huyó a su dormitorio y a toda prisa se deslizó entre las frescas sábanas. Pero su mente seguía agitada. Después seguía la escena en la piscina, en el comedor, en el sofá... Cerró los *ojos* y se acurrucó debajo del edredón, pero tampoco allí pudo encontrar la paz.

-¿No estás dormida, verdad?

Abrió los ojos y vio que Blake cerraba la puerta y se desanudaba el cinturón de la bata, mientras se dirigía a la cama.

-No -logró responder, admirada de su atractivo cuando sonreía.

-¿Y tampoco te duele la cabeza? -insistió, y ella negó con la cabeza-. Te has cortado el cabello -comentó él, observándola.

Las tumultuosas sensaciones que estaba experimentando la hicieron olvidarse de su satisfacción al ver que Blake había notado ese detalle. Una parte de su ser quería que él se quitara la bata y la dejara admirarlo en toda su gloriosa desnudez, pero la otra seguía petrificada al pensar en lo que haría si no podría controlar esa locura en su interior.

-Te sienta bien -añadió él, y Juliana sonrió temblorosa.

Él la miró durante un momento más y su mirada se detuvo en su rostro y luego en sus hombros desnudos. Afortunadamente, pensó Juliana, tenía los senos cubiertos por el edredón, pues sabía que tenía los pezones erectos por la excitación.

-Esta noche estabas encantadora con ese vestido de terciopelo verde, Juliana -repuso él con voz ronca. Pero estás todavía más encantadora sin nada. Hasta anoche, cuando te vi salir del baño, no había sido consciente de que tienes un cuerpo perfecto. No me lo ocultes, querida. Déjame verte...

Juliana se sintió invadida por el pánico cuando él trató de quitarle el edredón de las manos, y abrió mucho los ojos, mirándolo alarmada.

-Yo... no quiero que lo hagas.

Él se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

-¿No quieres que haga qué? ¿Mirarte, o hacerte el amor?

-Mi-mirarme -respondió, y él suspiró disgustado. -¿Por qué eres tan tímida? le preguntó, quitándose la bata para acostarse a su lado-. Lo entendería si fueras fea, ¡pero por Dios, Juliana! ¡Eres tan bella! Juliana no dijo nada, mientras el corazón le latía acelerado al sentir el roce de la excitación de Blake. Pensó que sus propias fantasías acababan de revelarle

sus más secretos anhelos. Simplemente se moría por tocarlo, por demostrarle el grado de su pasión. «¿Tímida?», se preguntó. En ese momento podía ver que su supuesta timidez no había sido nada más que una venda que le ocultaba su verdadera identidad. Ahora quería arrancarse esa venda y verlo todo con claridad. Quería que Blake la viera como la mujer sensual que en realidad era, que aprovechara al máximo esa sensualidad.

Pero querer y hacer eran dos cosas muy diferentes, y ella no tenía experiencia. Además, ¿cómo podía empezar a actuar de forma distinta tan de repente? A Blake le parecería que eso era algo extraño. Sin embargo, él acababa de darle la oportunidad de ser más atrevida.

-No soy tan tímida -respondió con voz ronca, y con un gesto tentativo deslizó una mano por su pecho desnudo y por su vientre.

Sintió que los músculos se tensaban bajo sus dedos y lo oyó contener el aliento.

-¿No... quieres que te toque? -murmuró temblorosa. Pensó en lo rápido que podía quedar destrozada su confianza. De pronto se sintió como una estúpida, torpe y totalmente incapaz.

Unos dedos de acero se cerraron alrededor de los suyos.

-¡Oh, Dios! ¡Sí! -gimió él y le guió la mano, mostrándole lo que le agradaba-. Sí -la instó-. Sigue así. Cuando dejó de guiarle la mano, Juliana continuó durante unos minutos, fascinada por la sensación de poder que experimentaba cada vez que él gemía o se estremecía. Estaba empezando a imaginar algunas caricias más íntimas, cuando de pronto él la tumbó sobre las almohadas, besándola con tal pasión que ella creyó que se ahogaría.

-No sabes lo que has empezado -murmuró él al fin, apoderándose de sus muñecas y sujetándolas sobre la cama-. Ahora no me contentaré con menos, lo quiero todo. ¿Me entiendes?

Ella sólo pudo mirarlo con los ojos muy abiertos, sintiendo que el corazón le latía acelerado.

-¿Me entiendes? -repitió él, sacudiéndola. -Sí jadeó ella.

-Esta vez no me detengas -gimió Blake, y soltando sus muñecas, apartó las sábanas y empezó a besarla ardiente e implacablemente.

No quería detenerlo y tampoco habría podido hacerlo. Pero muy pronto, resultó obvio para Juliana que había muchas cosas que no sabía acerca del sexo y que Blake sí conocía. La llevó al clímax unos segundos después de hacerlo él mismo. Pero en vez de que fuera el final, fue sólo el principio. A1 cabo de un momento se sentía como una muñeca de trapo, un ser sin voluntad para la pasión, casi insaciable, de Blake. La deseaba como nunca antes la había deseado.

Incluso después de que aparentemente había vaciado en ella hasta la última gota de su semilla, y los dos se habían desplomado juntos en la cama, Blake continuó acariciándole los pezones erectos, asegurándose de que ella no abandonara ese estado de sensibilidad y ansia sexual al que la había llevado. Pronto volvió a apoderarse de Juliana el deseo de tocarlo, pero a él no le bastaba que lo hiciera con sus manos. También quería que lo hiciera con su boca. Insistía en eso.

Ella obedeció, aturdida, y descubrió que era una experiencia de lo más excitante. Y fue así como logró lo inalcanzable, excitándolo de nuevo, hasta que Blake ya no pudo soportarlo más. La alzó encima de él, acariciándole los senos, mientras la instaba a que llegaran juntos a otro extenuante clímax.

Pasaron las horas. Llegó el amanecer, y al fin se quedaron dormidos. Sin embargo, cuando Juliana se

despertó, vio que Blake ya no estaba con ella en la cama. Estaba sola y desnuda, encima de las sábanas. Se dijo que presentaba una inequívoca imagen de desaliñada decadencia. Tenía el cabello despeinado, los labios hinchados y los muslos y los senos ligeramente magullados.

-¿Te basta con una disculpa? ¿O quieres el divorcio?

Juliana encogió las piernas y trató de sentarse, mirando hacia el lugar de donde procedía la voz de Blake. Él estaba apoyado contra el marco de la ventana, totalmente desnudo, al igual que ella. Juliana tragó saliva y tomó una almohada, abrazándola contra su cuerpo.

-¿Por qué... habría de querer alguna de esas dos cosas?

Él volvió la cabeza despacio, hasta que se miraron a los ojos. Juliana se quedó desconcertada. Tenía un aspecto obsesionado,

como si acabara de cometer el crimen más horrendo, cuando lo único que había hecho era hacerle el amor a su esposa, como ya lo había hecho antes. Era cierto que esa noche valía por diez meses y que, en algunos momentos, había sido casi brutal, pero no le había causado un verdadero dolor. Por lo menos, nada que ella no hubiera disfrutado. Juliana había descubierto esa noche que había una frontera muy tenue entre el placer y el dolor. Se pasó la lengua por los labios resecos, al evocar esos momentos.

Blake seguía mirándola.

-¿Estás tratando de decirme que no te importaron ciertas cosas que te hice anoche?

Juliana se sonrojó, ya que no podía negar que la luz del día hacía que algunos momentos de la noche anterior le parecieran increíblemente desinhibidos. Pero no estaba avergonzada. Amaba a Blake y era su esposa. Lo que hicieran juntos no tenía nada de malo. Si él había sido demasiado enérgico, era tal vez porque ella misma lo necesitaba. Ciertamente no quería seguir con la clase de relación sexual fría y distante que habían mantenido hasta esa noche. Ahora su amor exigía algo más que eso. Por lo menos podría encontrar alguna paz en la pasión carnal, si eso era todo lo que Blake era capaz de darle.

-No -respondió-. No me ha importado. Estamos casados, ¿no es cierto?

-¿Debo recordarte que muchos hombres han sido acusados de violación por sus mujeres? -preguntó él con tono seco.

-¡Pero tú no me violaste anoche! -Tuve la impresión de que así era.

-¿Es cierto eso? -Juliana estaba asombrada ante esa indudable sinceridad-. ¿Pero por qué?

-¿Y tú me lo preguntas? -la miró colérico-. Tú, que temblabas de miedo en nuestra luna de miel, que te estremecías siempre que trataba de ir más allá de las caricias básicas y del acto sexual, que incluso anoche no querías que te viera desnuda. ¡Por todos los cielos, Juliana! ¿Qué esperas que piense... que de la noche a la mañana, de una puritana inocente te has convertido en una mujer sensual, insaciable? ¡Por supuesto que te forcé! Si no lo hice, entonces... -se interrumpió y la miró como si hubiera visto a un fantasma.

«¡Oh, Dios!», pensó ella, invadida por el pánico. «Se ha dado cuenta de que me he enamorado de él.» Pero por lo visto no era así. De pronto Blake se puso de pie, con las manos apretadas a los costados, sin importarle que ella pudiera ver que, en medio de su

cólera, seguía sexualmente excitado. La miró furioso, y si las miradas mataran, Juliana habría quedado muerta en la cama, en ese mismo momento. Se encogió cuando lo vio cruzar la habitación con una expresión amenaza

dora, pero no la tocó, sólo recogió su bata del suelo y se la puso anudándose el cinturón con movimientos coléricos. Sin embargo, cuando se volvió a mirarla, su rostro era como una máscara de piedra, desprovisto de toda emoción.

-Si por un momento pensara -dijo con voz tensa y controlada-, que mi leal ayudante fue quien te corrompió, durante estas tres últimas semanas, lo haría pedazos. Pero me tranquiliza el hecho de que conozco la ambición de Stewart Margin. Tal vez se sienta atraído hacia ti... Después de todo, ¿qué hombre no sentiría lo mismo? Pero no se atrevería a poner en práctica sus secretos deseos, pues sabe cuál sería el castigo. Sucede lo mismo con todos mis amigos y mis conocidos del mundo de los negocios. Así que, descartado Stewart, supongo que se trata de alguien con quien trabajas. Presentarás tu renuncia el lunes por la mañana a primera hora, Juliana. De no ser así, iniciaré de inmediato los trámites del divorcio.

Capítulo 7

JULIANA lo miró boquiabierta, tratando de comprender el alcance de las palabras de Blake. -Por tu silencio, supongo que harás lo que te digo -continuó-. Después de todo, estoy seguro de que quieres seguir siendo la esposa de Blake Preston, ¿no es así, Juliana? En ese caso, no volveremos a mencionar el asunto de tu pequeña indiscreción -terminó él con frialdad, y dándose la vuelta, salió de la habitación, dejando la puerta abierta.

Juliana se quedó allí, mirando hacia la puerta durante unos segundos, antes de arrojar a un lado la almohada para correr detrás de Blake. A1 ver que su dormitorio estaba vacío, se preguntó a dónde habría ido. El ruido de la ducha la hizo entrar corriendo en el baño, sin que le importara perturbar su intimidad, sin preocuparse por su propia desnudez. No le importaba nada, como no fuera expresar la furia que se había acumulado en su interior. Abrió bruscamente la puerta corrediza y vio a Blake desnudo bajo el chorro de agua caliente, con la cara vuelta hacia arriba y los ojos cerrados. No parpadeó, no abrió los ojos ni se volvió hacia ella.

-¿Cómo te atreves? -estalló Juliana-. Ni siquiera he mirado a otro hombre desde que nos casamos, y mucho menos me he acostado con alguno. ¡Y tú has insinuado...! ¡No, me has acusado de haberte sido infiel mientras estabas fuera, de hacer con otro hombre la clase de cosas que tú y yo hicimos anoche... y eso... ¡no encuentro las palabras!

Aspiró una bocanada de aire. Todo su cuerpo temblaba de forma incontrolable, pero incluso, en medio de su furia, algún instinto interior le advirtió que debía tener cuidado con lo que dijera.

-¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que tal vez yo estaba aburrida de nuestra vida sexual? -prosiguió-. Porque se ha convertido en algo tedioso, Blake, incluso tú debes reconocerlo. Tedioso y rutinario. Y tal vez me haya sentido descontenta por tu falta de cariño. A una mujer le agrada que su marido le demuestre su afecto con alguna señal exterior.

Blake abrió los ojos y la miró. Su expresión era incrédula, mientras se llevaba las manos a las caderas en un gesto de desafío.

-No tengo un amante, ni en el trabajo ni en ninguna otra parte. ¡Y no renunciaré el lunes! ¡Si eso significa que te divorciarás de mí, entonces adelante! ¡Nada, ni el hecho de ser tu esposa, ni todo el dinero del mundo, vale lo suficiente como para que yo renuncie a mi independencia y a mi dignidad! A decir verdad, no sé por qué me he casado contigo, Blake Preston. ¡Eres el hombre más egoísta, cruel y monstruoso que he conocido!

Blake la sujetó con tal rapidez, que la joven se encontró dentro de la ducha antes de que pudiera decir una palabra más. La apoyó con fuerza contra los húmedos azulejos, sujetándole ambas manos a los costados y deslizando un muslo entre los de ella.

-¿Es cierto eso? -rezongó burlón, con la boca muy cerca de la de ella-. Pues bien, en ese caso no te sorprenderá escuchar que no creo ni una sola palabra de lo que acabas de decir. Pero debo reconocer que tienes mucho valor, Juliana. Y también imaginación. ¿Así que estás aburrida e insatisfecha? ¿Por qué entonces no me lo dijiste? Eres una mujer inteligente, debiste saber que cualquier hombre habría deseado más de lo que tú me dabas.

Alzó la rodilla y empezó a deslizarla entre sus piernas, de forma que Juliana contuvo el aliento y sintió un nudo de tensión en el estómago. Sabía que no debería responder a esa insultante caricia, pero lo hizo. Y Blake sonrió cínicamente.

-Así que de pronto has descubierto el sexo, Juliana -se burló-. Y no lo has descubierto conmigo, esa es la verdad, mi traidora esposa. Pero siempre he sido un hombre que convierte las desventajas en ventajas. Si lo que quieres es un sexo imaginativo, estoy seguro de que puedo satisfacer ese nuevo apetito tuyo.

Ella jadeó cuando lo sintió mover la otra pierna entre las suyas, sosteniéndola contra la pared. Volvió la cara hacia un lado, consternada por el placer que estaba experimentando, por la intensa excitación que se apoderó de ella cuando Blake inició un implacable ritmo erótico. El agua caía como una cascada sobre la cabeza de Blake, salpicando los labios entreabiertos de Juliana y deslizándose por sus erectos pezones.

-¿Esto es lo que quieres? -preguntó él con voz ronca.

Ella quería negarlo a gritos, pero las palabras no salían de su boca. Se estremeció contra la pared, sintiendo que las rodillas se le doblaban. Blake la alzó en sus brazos y la llevó a su dormitorio, dejándola caer sobre la cama, donde continuó implacable hasta que él mismo se estremeció en espasmos, en una violenta liberación. Casi de inmediato, se apartó de ella, dirigiéndole una mirada diabólica.

-Puedes conservar tu trabajo -exclamó-. Pero que Dios te ayude si alguna vez te sorprendo con otro hombre.

Se dio la vuelta y regresó a la ducha, donde el agua seguía corriendo, pero en esa ocasión cerró la puerta con llave. Si hubiera estado en su habitación, Juliana se habría acurrucado y habría llorado hasta quedar exhausta. Pero la posibilidad de que en cualquier momento la señora Dawson pudiera subir a hacer la

limpieza en los dormitorios, la obligó a volver a su propia habitación. Entró en el baño y también cerró la puerta con llave, apoyándose contra ella y dejando que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Se quedó mucho tiempo allí, pensando. Su matrimonio estaba condenado, decidió al fin. Pero le parecía una cobardía renunciar al hombre a quien tanto amaba. Más que una cobardía sería algo en extremo difícil, considerando el cambio ocurrido en su relación sexual. ¿Quién habría pensado que podía sentirse tan fácil y devastadoramente satisfecha, como la había hecho sentirse Blake en la ducha? ¿Cómo podía volver la espalda a ese placer?

Pero debía hacerlo si quería vivir en paz consigo misma. La vida era algo más que su puro aspecto físico. Y también el matrimonio.

Cuando al fin salió del baño, la cama ya estaba hecha y la habitación limpia y ordenada. Juliana se ruborizó al pensar en lo que se habría imaginado Susanne al ver el estado de la cama. Se puso un pantalón y una blusa y se quedó allí, tratando de decidir qué haría después, cuando alguien llamó a la puerta. -Juliana... soy yo, Blake...

-A-adelante -balbuceó nerviosa. Se dijo que ese era el momento de decirle que no podía seguir así, si él creía realmente que era una esposa infiel, si iba a seguir tratándola con tanto desprecio.

Sorprendida al verlo vestido con un traje de negocios, Juliana se quedó sin habla por un momento. Sin embargo, Blake no tuvo el mismo problema.

-He decidido volar a Sidney esta tarde -empezó a decir, con la mano aún en el pomo de la puertaRegresaré el miércoles por la noche, para llevarte a las carreras, el jueves. Antes de que digas algo quiero disculparme, no por mi comportamiento, puesto que no hay duda de que a ti también te gustó lo que hice -añadió con tono áspero-, sino por mis acusaciones de adulterio y por mi pobre desempeño en nuestro matrimonio, hasta ahora. Me equivoqué al pensar que el tipo de vida sexual que hemos tenido era todo lo que podías soportar; es evidente que no vi las señales de un cambio. Quizá también te haya dejado sola durante demasiado tiempo, un factor al que pienso ponerle remedio -suspiró cansado-. No quiero perderte, Juliana. Valoro nuestro matrimonio y quiero que perdure. Tal vez ha llegado el momento de que tratemos de tener un hijo.

«¿Un hijo?», se preguntó Juliana. Sabía que un hijo la ataría para siempre y que no habría modo de escapar. Necesitaba esa posibilidad durante un tiempo. Por mucho que las palabras de Blake hubieran mitigado sus temores y dudas, aún no estaba del todo

convencida de que su matrimonio pudiera durar.

-Creo que deberíamos esperar un poco, Blake -replicó insegura-. Por lo menos hasta Año Nuevo, como habíamos planeado.

Él la miró fijamente a los ojos. La joven se preguntó qué estaba tratando de ver en ellos.

-Muy bien, Juliana -concedió con tono indiferente-. Adiós. Te veré el miércoles. Puedes decirle a la señora Dawson que llegaré a casa a la hora de la cena. Luego se fue. Juliana se preguntó, suspirando, qué

lo que había cambiado. No le había dado un beso de despedida, ni le había pedido que lo acompañara al aeropuerto. Sin duda no sabría nada de él durante los i

.¡as que estaba fuera, puesto que tres días no exigían una llamada telefónica, en opinión de Blake.

Pero se equivocó en eso. Blake la llamó todas las noches. A1 principio se sintió emocionada, pero después no. Las llamadas eran breves y bastante bruscas. A1 parecer la estaba vigilando, asegurándose de que estuviera en casa todas las noches. El miércoles por la mañana, cuando volvió a llamarla al trabajo, ella respondió con tono brusco, aunque él sólo le informó que esa noche la llevaría a cenar fuera, y le encargó que le dijera a la señora Dawson que no preparara la cena. Después de colgar, Juliana se arrepintió de su brusquedad, pero seguía teniendo la sospecha de que Blake trataba de sorprenderla haciendo algo indebido en el trabajo.

Quiso la suerte que ese día tuviera que quedarse hasta tarde en su oficina. Blake ya había vuelto cuando ella se dirigía en su coche hacia la mansión, pues vio que había luz en su dormitorio. Cuando Juliana usó su aparato de control remoto para abrir las puertas del garaje, se sentía nerviosa e inquieta. Y sabía el motivo.

No había pasado una sola noche, desde que Blake se fue, que no lo hubiera deseado. Y con locura. Sí, con el transcurso de los días, esa noche de locura que había pasado con él, más el incidente en la ducha, habían asumido unas proporciones fantásticas, irreales. Era como si eso no les hubiera sucedido a Blake y a ella, sino a otras dos personas. Juliana se preocupaba pensando que Blake jamás volvería a ser así, que ella jamás volvería a sentir lo mismo.

La cocina estaba desierta cuando entró por el garaje. Le había dado la noche libre a Susanne, y el ama de llaves se había puesto muy contenta por la oportunidad que se le presentaba de ir a visitar a su hermana. Regresaría el día siguiente. Sólo Blake y ella estaban en la inmensa casa. Ese pensamiento excitó a Juliana, y esperaba

que también lo excitara a él.

Pero Blake no parecía estarlo mientras de pie, frente a su cómoda, se ponía sus gemelos de oro en las mangas de la camisa de seda de color marfil. Todavía tenía la camisa abierta, mostrando su bronceado tórax. Alzó la vista al verla de pie en el vano de la puerta, observándolo, pero sólo le dirigió una mirada fugaz.

-Ah, ya estás aquí, Juliana -no le hizo ninguna pregunta ni le dirigió ningún reproche por llegar tarde-. He reservado una mesa para las siete y media, así que sólo dispones de treinta minutos. Escucha, ¿por qué no te recoges el cabello en un moño, te das una ducha rápida y te pones el vestido de terciopelo verde de la otra noche? Me gusta mucho y no necesitas plancharlo.

Terminó con los gemelos y empezó a abrocharse la camisa. Al ver que ella seguía allí, mirándolo, alzó una ceja.

-¿Hay algo que pueda hacer por ti? -le preguntó. Juliana trató de no ruborizarse, cuando una imagen cruzó por su mente.

-No. Iba a preguntarte cómo te ha ido en Sidney, pero supongo que eso puede esperar -dio media vuelta y huyó a su habitación, cerrando los ojos, humillada, cuando entró y cerró la puerta.

Veinte minutos después, ella estaba luchando para subirse la cremallera del vestido de terciopelo verde, cuando Blake apareció a su espalda.

-Permíteme...

Ella lo miró a través del espejo del tocador, pero él simplemente sonrió de forma enigmática y le subió la cremallera. Sin embargo, sus manos se detuvieron en ', hombros y lanzó una mirada de admiración a la margen reflejada en el espejo. Juliana estudió su vestido tratando de controlar los desacompasados latidos de su corazón.

Era un modelo sencillo, diseñado para realzar su figura con la falda ajustada, que le llegaba justo por encima de las rodillas. Las mangas destacaban sus finos brazos. Pero lo que más llamaba la atención era el amplio escote. Juliana había descubierto que ese estilo le sentaba bien a su figura, cuando se puso el vestido de graduación de Bárbara, y desde entonces a menudo ,e compraba vestidos con ese tipo de escote. La única desventaja era que se requería una ropa interior apropiada.

Juliana siempre usaba un corsé elástico, de encaje negro y sin tirantes, para ese vestido en particular. Sus años de modelo le habían enseñado a lucir su figura. Pero el hecho de pensar en su ropa interior, con Blake tan cerca de ella, hizo que se sintiera demasiado consciente de su cuerpo.

-Tengo un pequeño regalo para ti -anunció él, sorprendiéndola.

Estaba a punto de darse la vuelta, pero él se lo impidió.

-No, quédate en donde estás...

Sacó del bolsillo de su chaqueta un largo estuche de terciopelo verde, lo abrió y lo dejó sobre el tocador, frente a Juliana. En su interior brillaba el collar de oro y esmeraldas más hermoso que había visto jamás.

-¡Oh, Blake! ¡Es magnífico! -exclamó deslizando los dedos por la joya. Por lo visto Blake había pensado en el vestido verde cuando lo compró-. Pero... ¿por qué? Aún falta un mes para mi cumpleaños.

Blake sonrió de forma extraña cuando sacó el collar del estuche y se lo puso. No había duda de que el efecto era espectacular, en contraste con su blanca piel, pero Juliana tenía la extraña impresión de que, con ese regalo, Blake acababa de pagarle los servicios prestados. ¿O acaso los que aún debería prestarle?

-¿Por qué tiene que haber un motivo especial? -le preguntó él con suavidad-. ¿No puedo hacerle un regalo a mi bellísima esposa?

-Sí, pero... -se quedó paralizada cuando él se inclinó para besarla en el cuello.

-Calla, Juliana y déjame hacer algo para complacerte. ¿No fue eso lo que dijiste que querías? ¿Algunas señales externas de afecto? A partir de ahora te daré lo que quieras. Y haré lo que quieras...

Deslizó los labios hasta su oreja, soplando con suavidad en su interior. Juliana se estremeció.

-Creo que será mejor que nos vayamos -indicó él en voz baja.

La cena en el restaurante fue una agonía.

En primer lugar, Blake había reservado una mesa en uno de los restaurante a los que la gente iba no tanto a cenar, sino a dejarse ver, algo que a Juliana le parecía detestable. Abundaban las celebridades y los millonarios. Casi todos los hombres llevaban del brazo a mujeres muy bellas, que generalmente no eran sus esposas, sino amantes o «amigas». Y todas esas mujeres iban cubiertas de joyas.

Juliana tenía la sensación de que su collar de esmeraldas hacía el mismo efecto de un letrero de neón, en especial, después de que una abominable mujer hubiera hecho un sarcástico comentario acerca de él. Juliana sentía deseos de gritarles a todos: «Soy una mujer mantenida». Pero eso sería una locura. Blake era su

marido. ¿Cómo podía entonces ser una mujer mantenida?

Cuando salieron del restaurante, Juliana se sentía a punto de estallar.

-No me ha gustado nada ese lugar, Blake --comentó con un

ligero estremecimiento-. No quiero volver allí jamás.

-¡Oh! ¿Qué tiene de malo?

-La comida es detestable y también la clientela. -¿Ya no te gustan los ricos y famosos? -rió él. -Nunca me han gustado, como tú sabes muy bien. Simplemente envidiaba el poder que tenían.

-¿Así que, como no pudiste derrotarlos, te uniste a ellos? Después de todo, ¿puedo recordarte que tu marido es un hombre muy rico?

-No, no es necesario que me lo recuerdes... -alzó una mano para tocarse el collar.

Él la miró de soslayo, pero no dijo nada. El silencio se prolongó hasta que bajaron del coche, en el interior del garaje.

-La noche aún es joven --comentó Blake-. ¿Quieres que vayamos a nadar?

-No... no lo creo -últimamente, la piscina se había convertido en el punto central de las fantasías más persistentes de Juliana.

-¿Entonces qué hacemos? Dime lo que quieres hacer.

La miró a los ojos. ¿Por qué tenía la impresión de que él la estaba retando, de que estaba intentando hacerla decir que quería que él le hiciera el amor? ¿Sería ese su castigo por cambiar el estado de su relación? ¿Una constante humillación? Juliana se resentía de que él la hubiera colocado en esa posición. No estaba dispuesta a suplicar ni a rebajarse, ni siquiera a sugerirlo.

-No sé tú -respondió con tono indiferente-. Pero yo tengo un buen libro que me gustaría terminar de leer.

-¿Es algo que ya haya leído yo?

Juliana apretó los labios al verse sorprendida en una flagrante mentira.

-Lo dudo -replicó y se juró que, al pasar, cogería cualquier libro de la salita. Susanne siempre estaba leyendo.

-¿No quieres beber una copa?

-Bueno... tal vez un oporto antes de subir.

Sabía que, si huía, le daría la impresión de que tenía miedo de estar a solas con él.

-No me has preguntado cómo me ha ido en Sidney -observó Blake, mientras servía dos copas de oporto. Juliana estaba sentada en uno de los tres sillones de color dorado que hacían juego con el sofá. El sofá, igual que la piscina, estaba en su lista de cosas prohibidas. Bebió un sorbo de oporto y sonrió con rigidez. -Lo siento, pero estoy segura de que lo has manejado todo con tu habitual desenvoltura.

-¿Desenvoltura? ¿Qué clase de expresión de negocios es esa? ¡Vaya, así que *desenvoltura!* -se sentó en otro de los sillones, estiró las piernas y se aflojó el nudo de la corbata-. Les he dado a esos idiotas, perezosos e incompetentes, una reprimenda que ha debido de oírse hasta en Melbourne. Dudo que esta noche les estén comentado a sus esposas que su jefe tiene mucha desenvoltura.

-Por lo visto estabas de mal humor -comentó ella. -Tal vez. Tal vez tenía un buen motivo...

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que habría preferido estar aquí, haciendo el amor con mi esposa, como un loco apasionado.

A Juliana le tembló la mano cuando se llevó la copa de oporto a los resecos labios, para humedecérselos. Bebió un sorbo, mirando a Blake por encima del borde de la copa. En sus ojos azules había un destello de burla, pero también de deseo, y sintió un nudo en el estómago.

-Quítate la ropa -le pidió él bruscamente.

Juliana derramó parte del oporto sobre su regazo. -¡Oh, Dios, mi vestido! -miró furiosa a Blake-. Es culpa tuya -lo acusó-. Tú y tus patéticas sugerencias. É1 rió y se puso de pie.

-Tú eres la patética, Juliana -se acercó y secó las gotas de oporto con el pañuelo que llevaba en el bolsillo. Después la besó en los labios y la miró implacable-. Toda la noche has estado ardiendo, clamando de deseo, ¿y qué es lo que has hecho? Quejarte. Mostrarte evasiva. Mentir. ¿Por qué no eres franca y me dices que quieres que te haga el amor hasta dejarte devastada? ¿Por qué no te levantas y te quitas ese maldito vestido? (. O en realidad prefieres irte a la cama con un buen libro?

La miró furioso, antes de erguirse y dirigirse hacia el bar.

-A1 diablo con el oporto. ¡Necesito una bebida fuerte!

Tomó la botella de whisky, derramando una parte cuando se sirvió una buena dosis en un vaso. -¡Brindo por el regreso a la gazmoñería! -anunció, alzando el vaso. Pero cuando se dio la vuelta para seguir burlándose de la mujer que había provocado ese estallido de cólera y emoción, tan poco característico en él, Blake se quedó paralizado.

Juliana estaba de pie frente a él, con el vestido en el suelo. Su cuerpo era el epítome del erotismo, con el corsé de encaje negro, las largas y bien torneadas piernas enfundadas en unas medias negras, transparentes, y los zapatos de tacón alto. El collar de esmeraldas alrededor de su cuello tenía un aspecto exótico. Blake observó que respiraba agitada y que en sus ojos brillaba un destello de pasión.

Jamás la había visto más peligrosamente seductora, ni más hermosa.

-Arpía -murmuró con voz ronca y, dejando el vaso, se acercó lentamente a ella, con una sonrisa en los labios.

Capítulo 8

JULIANA alzó la barbilla.

-Si yo soy una arpía, ¿qué eres tú, entonces? -replicó, consciente de que lo estaba provocando deliberadamente. Pero ahora que había aceptado el reto de Blake, no iba a retroceder.

-Oh, yo soy un bastardo de tomo y lomo -reconoció Blake con una sonrisa apesadumbrada cuando tocó el collar de esmeraldas-. Pero soy un bastardo rico, debes reconocerlo -añadió, y enredando los dedos en el collar, empezó a acercarla hacia sí.

Ese comentario sobre su riqueza se sumó a la furia de Juliana. Cuando echó la cabeza hacia atrás, indignada, el broche cedió y Blake se quedó con el collar en la mano.

-¡No vuelvas a arrojarme a la cara tu dinero! -exclamó ella-. ¡Y jamás me exhibas delante de los demás como si fuera una zorra barata! -le arrebató el collar y lo arrojó al otro extremo de la habitación-. ¡Eso es lo que pienso de tu idea de que puedes comprarme!

Demasiado tarde, Juliana comprendió que al fin había hecho lo que siempre había querido hacer con su imperturbable marido: obligarlo a perder la paciencia. Pero la realidad no era tan deseable como ella imaginaba. Blake parecía estar a punto de matarla.

-No necesito comprarte -estalló furioso-. ¡Eres mi esposa! Y puedo tenerte en el momento que quiera -diciendo eso, con el rostro ruborizado por la furia, la alzó en sus brazos y la dejó caer en el sofá, sujetándola allí mientras empezaba a quitarse la ropa. Primero la corbata, luego la chaqueta y la camisa, hasta que quedó desnudo de cintura para arriba.

Sólo entonces concentró su atención en la ropa de la joven, soltándole los broches delanteros y abriéndolo hacia los lados, exponiendo su cuerpo a su mirada centelleante. Sin dejar de sujetarla de los hombros, se sentó sobre el borde del sofá, impidiendo de esa forma que escapara. Cuando su boca empezó a descender hacia sus excitados pezones, Juliana lo golpeó con los puños en las sienes, en los hombros y en el pecho.

-¡No, maldita sea, no puedes tenerme cuando quieras! -le gritó-. No a menos que yo esté de acuerdo. La sonrisa de Blake era atemorizante cuando le sujetó ambas manos.

-Lo aceptarás, mi sensual Juliana. Estarás de acuerdo... -y después de sujetarle las dos muñecas con una mano, con la otra se dedicó a convertir su amenaza en realidad, deslizándola sobre su vientre plano y debajo del elástico de la diminuta braga de encaje negro.

-No -gimió ella cuando Blake encontró su objetivo. -Sí -declaró y continuó implacable.

-Eres un bastardo.

-Ya hemos convenido en eso.

-Yo... no voy a ceder -gritó ella, pero su voz era insegura y el corazón le latía acelerado.

Rechinando los dientes, trató de ignorar las sensaciones que evocaba la mano experta de Blake, y no separar los muslos para evitar un acceso más fácil a su cuerpo. Pero sabía que perdería la batalla. A1 final, el orgullo le exigió que no lo dejara triunfar, incluso aunque ella resultase perdedora.

Mirándolo a los ojos con una expresión de deseo, sonrió tan perversamente como él. Blake abrió los *ojos,* sorprendido, y la mano que la atormentaba se quedó --móvil por un momento.

No te detengas -le pidió ella con voz ronca, arqueando la espalda en una voluptuosa entrega.

- Blake retiró la mano y se puso de pie, con la respiración tan agitada como la de ella.

No -repuso con voz ronca-. No te saldrás con la ..:va con tanta facilidad. Deberás ganarte tu placer, ..,posa mía.

,Qué te hace pensar que no lo disfrutaré? -Juliana se sentó y alzó las manos para desabrocharle el cinturón del pantalón.

Los dedos de él se cerraron sobre los suyos y ella alzó la vista, mirándolo a los *ojos.* El dolor causado por la hebilla oprimida contra la palma de su mano era intenso, pero se negó a quejarse. Al fin, Blake se echó a reír y tiró de ella hasta que quedó de pie, temblorosa, :rente a él. Con movimientos bruscos la despojó de la ropa, dejándola totalmente desnuda, a excepción de las niedias negras y de los zapatos de tacón alto.

Durante un momento interminable él se limitó a rnirarla, contemplando con expresión apasionada los senos, el triángulo de vello de su pubis. Cuando estiró una mano para acariciarla en esa parte, ella jadeó estremecida.

-Juliana -exclamó él, y con un gemido de necesidad la estrechó contra su cuerpo, besándola hasta que ella quedó débil y sumisa entre sus brazos.

-Y ahora, mi increíble y bella esposa -murmuró sobre su boca jadeante-, veamos hasta dónde dejarás que llegue este bastardo marido tuyo...

-Despierta, dormilona.

Juliana bostezó, se estiró y luego sepultó la cara en la almohada.

-No puedo -murmuró-. Estoy demasiado cansada.

-No lo dudo -musitó Blake con tono áspero-. Pero debemos apresurarnos. Si no estamos en Flemington a las once, no encontraremos aparcamiento. Ya son las nueve.

-¡Las nueve! -Juliana se irguió, apartándose el cabello de la cara-. ¡Dios mío! -exclamó mirando a su alrededor-. Estoy en tu habitación. ¿Cuándo...? -frunció el ceño, desconcertada, ya que lo último que recordaba era haberse quedado dormida en el sofá, en los brazos de Blake.

-Yo te traje aquí -le informó él, sardónico-. Y créeme, no volveré a hacerlo. Pesas demasiado, o yo estaba un poco... agotado. ,

Ella se echó a reír. En algún momento, durante su apasionada sesión de la noche anterior, mientras hacían el amor, toda su cólera y su frustración habían desaparecido. Los dos se habían retado, se habían burlado el uno del otro, incluso se habían lastimado. Juliana recordaba que le había dado una bofetada a Blake y que él se la había devuelto. Pero el resultado Final fue una liberación que los dejó exhaustos a ambos y en paz el uno con el otro. Después, Blake la había estrechado entre sus brazos, diciéndole que nunca habría otra mujer para él. Jamás.

Tal vez no había sido preciosamente un juramento de amor, pero era lo más cercano. Juliana se había quedado dormida, feliz y contenta. Y se había despertado igualmente feliz.

-Deberías saber que no es prudente retar a tu antigua compañera de piscina, ¿no crees? -se burló. Blake sonrió. Estaba tumbado a su lado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

Fueron tiempos maravillosos, ¿no es cierto, Ju-Sí, maravillosos...

-Es una lástima que tuviéramos que crecer y convertirnos en parte del mundo. No es un lugar muy agradable.

Juliana sintió que el corazón le daba un vuelco al percibir el repentino desaliento de Blake. Prefería al hombre que había sido la noche anterior, el amante que la había estrechado entre sus brazos y pronunciado palabras dulces al oído.

-No, no lo es --convino-. Pero nosotros podemos hacer de nuestro pequeño rincón un lugar agradable, no crees?

Él volvió la cabeza para mirarla y una leve sonrisa izo desaparecer su expresión sombría.

-Mi querida Juliana... la eterna optimista.

-Me conformo con ser tu querida Juliana -murmuró ella y lo besó en la mejilla-. Me encanta ser tu esposa, Blake, ahora más que nunca.

Reconoció el titubeo de Blake para aceptar su amor, a pesar de

que no le había dicho directamente que lo amaba. A1 final, logró evitar con su destello de humorismo la tensión de una situación que obviamente le resultaba embarazosa.

-Sé exactamente lo que a ti te encanta, señora Preston, pero no me dejaré convencer. Tal y como están las cosas, deberé tomar una tableta de vitamina E a la hora del desayuno, más un buen plato de ostras a la hora de la comida. Y hablando de comer, ya es hora de que te levantes, perezosa. ¡Nos esperan los caballos!

Se bajó de un salto de la cama y se dirigió a la ducha, sin mirar hacia atrás. Juliana observó que cerraba la puerta con llave. Trató de ignorar una sensación de desaliento. Blake no podría cambiar de la noche a la mañana, pero estaba empezando a hacerlo. Después de todo, no la había llevado a su propia cama. La había acostado en la suya.

-Este lugar es una locura el día de hoy -exclamó Juliana, mirando los coches que llegaban a Flemington cuando todavía no eran las once menos cuarto.

Blake había logrado aparcar su deportivo de color azul turquesa en un reducido espacio, cerca de la valla, y no muy lejos de la entrada. Como era tradicional durante la Copa de Melbourne, los asistentes organizaban días de campo, pero era mayor el número de personas que se dirigía a las puertas de la pista, ansiosa de disfrutar del ambiente.

-He oído decir que fue peor el jueves -comentó Blake, rodeando el coche para reunirse con ella-. Había como cien autobuses aparcados a lo largo del río Maribyrnong, e incontables limusinas que transportaban a los jeques árabes y sus séquitos.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó ella-. Estabas en Sidney.

-Me quedé en el hotel y vi las carreras en la televisión -declaró él con una mueca-. No puedo perderme la Copa de Melbourne, ya lo sabes. ¡Soy nativo de Melbourne!

-Supongo que apostaste al caballo ganador. -Por supuesto. Y a la mitad de los caballos. -¡Blake! No puedes ganar si apuestas así. -Juliana, querida mía...

La joven contuvo el aliento cuando Blake deslizó un brazo alrededor de su cintura, en un gesto protector para guiarla entre la muchedumbre.

-Nadie trata de ganar en la Copa de Melbourne. Todos tratan de terminar con un boleto del caballo ganador. Después de la carrera, se tiran con disimulo los boletos perdedores en la papelera más cercana y se muestra el boleto ganador. ¡Si haces eso, todos piensan que eres un genio!

Juliana se echó a reír y sacudió la cabeza.
-A partir de ahora no me lo pensaré. ¡Sabré la verdad!
- Ah, sí, pero... -la abrazó cariñosamente en públilo que sorprendió a Juliana-. No me importa que sepas la verdad. No debe haber secretos entre marido y mujer, ¿no es cierto?
Juliana sintió que el corazón le daba un vuelco. Se sentía a punto de llorar, pero parpadeó para contener las lágrimas y le dirigió a Blake una sonrisa deslumnrante.
-No, Blake. Ningún secreto.
Él la miró durante un segundo y Juliana habría urado que una nube sombría cruzó momentáneamente -or sus ojos. Eso la inquietó. ¿Aún pensaría que ella había tenido una aventura? No, por supuesto que no, se contestó.
-Blake... -¿Mmm?
-Yo... -miró a su alrededor. La gente los rodeaba v las palabra se apagaron en su garganta. Pensó que tal vez fuera mejor así. Cuanto más afirmara su inocencia, más culpable podría parecer. Era preferible no decir nada.
-Olvídalo -prosiguió al tiempo que hacía un despreocupado ademán con la mano-. Va a hacer calor, (,no crees? Me alegro de haberme puesto algo fresco.
El conjunto de lino de color rosa, que había comprado recientemente, era muy sencillo, de manga corta v falda recta. Combinado con un atractivo sombrero negro, caído hacia un lado de la cara, Juliana sabía que presentaba una apariencia fresca y elegante.
-Tal vez llueva después --observó Blake, mirando el cielo-. Espero que no se te estropee el sombrero.

-La vendedora me advirtió que si llega a mojarse, acabará como un trapo viejo. ¿De verdad crees que lloverá?
-Creo que sí, al final del día.
-Podemos quedarnos bajo techo, bebiendo champán.
-He venido aquí a apostar, Juliana, no a beber champán.
-¡Creí que habías venido para estar conmigo! Vamos, Blake, todos en mi oficina se mueren por conocerte. No irás a decirme que piensas desaparecer para pasa: toda la tarde apostando. ¿Sabes que las tiendas de campaña de la promoción están instaladas en medio de la pista?
-¡Santo Dios! ¿Por qué no reservaron una de las más decentes, al final de la recta?
-No seas esnob... No tiene nada de malo que estemos en el

centro. En primer lugar, podrías ver mejor las carreras, pues han instalado asientos especiales cerca de la meta. No podrás estar en un mejor lugar. Y la compañía ha contratado a un par de jóvenes para que se encarguen de recoger las apuestas. ¿Qué más puedes pedir?

-¿Tú y yo... desnudos... en una isla desierta?

-No digas esas cosas en voz alta -siseó ella, ruborizada, consciente de las personas que los rodeaban. Blake rió cínicamente y se inclinó hacia ella.

-Ya no puedes engañarme con esa actitud gazmoña. Ahora sé cómo eres en realidad, Juliana. Sólo espero que ninguno de los caballeros que se encuentran aquí el día de hoy te conozca tan bien como yo... -¿Aún... no confías en mí, verdad?

-Le asigno a la confianza la misma categoría que al amor, querida. En teoría es muy agradable, pero en la práctica, es algo muy sospechoso.

La conversación terminó cuando llegaron a la puer

y,. Blake sacó su cartera y pagó las entradas, después de lo cual la guió hacia el interior.

-No te preocupes demasiado, Juliana -declaró bruscamente al ver su expresión de congoja-. No creo .que debamos preocuparnos por las cosas que no pode-nos cambiar, y eso incluye el pasado. Esta última semana hemos iniciado un nuevo matrimonio, desde el principio, y con una vida sexual más interesante. Dejemos así las cosas, ¿quieres? Aunque, por supuesto añadió sombrío, mientras cruzaban los arriates de rosas y se dirigían hacia el centro de la pista-, podría mirar con muy malos ojos que cualquier hombre de los aquí presentes demostrase por ti un interés ajeno al trabajo. Con muy malos ojos, no lo dudes.

Juliana se dijo que nadie se atrevería. Se necesitaría un hombre muy osado para tratar de quitarle a la mujer que llevaba de su brazo, ¡en especial cuando esa mujer e ra su esposa! Aún así, Juliana tenía la impresión de que Blake medía con la mirada a cada uno de sus colegas; desde el joven de diecinueve años que se encargaba de repartir la correspondencia, pasando por el gerente de ventas locales, de treinta y tres años, hasta el gerente de ventas nacionales, un hombre que se acercaba a los cincuenta y que estaba felizmente ca,ado.

Juliana se esforzó por disimular su frustración con Blake. ¿Qué debía hacer para persuadirlo de que no lo había engañado mientras él estuvo fuera? Nada, comprendió al fin. Él creería lo que quisiera. Cambiar su conducta por temor a fomentar sus infundadas

sospechas no sólo sería contraproducente, sino que le causaría una gran tensión. Ya se sentía demasiado tensa al ver que Blake sometía a todos a su mirada penetrante.

Vio que las mujeres lo contemplaban con franca admiración. ¿Y por qué no?, se preguntó. Parecía un joven Robert Redford, con su rostro de rasgos clásicos, su cabello rubio y sus ojos azules, vestido ese día con un traje de color canela, y una camisa azul de cuello abierto. Todo eso, aunado al hecho de que era muy rico, hacía de su marido un hombre muy solicitado.

Blake se dio la vuelta para entregar sus apuestas a las jóvenes que esperaban. Todos corrieron para ver la carrera en cuestión, la tercera del día. El caballo que había elegido Juliana salió de la barrera y jamás volvieron a verlo. El de Blake quedó en segundo lugar.

-Si yo hubiera llevado mis apuestas habría ganado -rezongó él.

-Por supuesto -respondió ella, apesadumbrada-. Has debido de haber apostado a todos los caballos, incluso al burro que yo elegí.

-Es cierto -sonrió él, burlón.

Aún seguían sentados en sus asientos, cerca de la meta, y todos los demás habían regresado a sus respectivas tiendas de campaña. Juliana miró el cielo. Unas nubes negras se acercaban desde el oeste, una señal segura de la tormenta que Blake había pronosticado.

-Supongo que será mejor que busquemos un lugar para guarecernos -suspiró-. El cielo tiene un aspecto terrible. ¡Santo Dios! -exclamó de pronto-. ¿Estás viendo lo mismo que yo?

Señaló hacia donde Qwen Hawthorne se encontraba de pie, cerca de las vallas, al otro lado de la pista, nada menos que del brazo de Virginia Blakenthorp. Era la primera vez que Juliana los veía desde su matrimonio, lo que no era ninguna sorpresa, puesto que Blake ya no se reunía con sus viejos amigos.

-Si te refieres a nuestro respectivos ex prometidos -respondió con tono aburrido-, entonces, sí... ya los he visto.

-¿Crees que están saliendo juntos? -Eso espero. Están comprometidos.

-¿Owen está comprometido con Virginia? -preguntó sorprendida Juliana.

-Sí. ¿Por qué lo preguntas? -quiso saber Blake, mirándola con los párpados entornados-. ¿Eso te molesta?

-Bueno... realmente no. Estoy segura de que forman una pareja perfecta. Pero si tú lo sabias, ¿por qué no me lo dijiste?

-No creí que te interesara -replicó él, encogiendo los hombros.

-No me interesa. Yo sólo...

-¿Estás celosa? -sugirió Blake, imperturbable. Juliana le dirigió una mirada exasperada. -No es cuestión de celos, sino de culpa. -¿De culpa?

-Sí, me siento culpable por haberme casado tan pronto después de haber roto mi compromiso con Owen. Él me amaba, a pesar de sus defectos. No fui del todo insensible a sus sentimientos. No me preocupaba Virginia; las mujeres como ella rara vez despiertan mi simpatía. Pero no me gustaría que alguno de ellos pensase que sólo me casé contigo por tu dinero.

-Pero sí te casaste por mi dinero, querida. Lo supe desde el principio. Era el as que guardaba en la manga para obtener tus servicios como mi esposa. Por supuesto, ha sido necesario algún tiempo para que mi inversión produjera frutos...

Se inclinó y la besó con una ternura casi insultante. Juliana jadeó cuando los labios de él al fin se apartaron de los suyos, y lo miró con una expresión de dolor. Pero su dolor no tardó en ser reemplazado por una justificada cólera.

-Hay muchos hombres ricos en el mundo --estalló-, con quienes yo no me habría casado por nada del mundo. Si sólo quería tu dinero, Blake, ¿por qué entonces sigo trabajando, por qué siempre insisto en comprarme mi propia ropa y en pagar mis gastos? Blake se encogió de hombros, indiferente.

-De acuerdo, he usado la palabra equivocada. Te casaste conmigo por mi posición y mi poder. ¿Por qué negarlo? Nunca me ha importado eso, Juliana, tú lo sabes. Siempre admiré tu honesta ambición, y en especial te admiré por negarte a fingír que me amabas, a diferencia de esa embustera arpía que está allí.

E1 veneno que destilaba la voz de Blake causó en Juliana la inquietante sospecha de que tal vez había estado enamorado de Virginia, y quizá aún lo estaba. Su afirmación de aquella noche, acerca de que había roto su compromiso con Virginia porque ella quería convertirse en una mujer ociosa después de su matrimonio, de pronto no le parecía verdadera.

-¿Qué sucedió realmente con Virginia, Blake? ¿Te enteraste de que estaba interesada en otro hombre? -No -replicó él, con frialdad-. Me enteré de que su familia estaba en la ruina y, sin embargo, el día anterior ella me había hablado de lo mucho que había ganado su padre ese año, en operaciones de bolsa. De pronto comprendí que no me haría ningún caso si yo no tuviera dinero. Bueno, durante aquellos años en que estuve casi en quiebra, me abandonaron casi todos los que decían ser mis amigos. Pensé que Virginia era

diferente de las típicas jóvenes de sociedad porque trabajaba; pero sólo lo hacía porque necesitaba trabajar, y no porque quisiera hacerlo. ¡Yo sólo era para ella un buen proveedor, un medio para que pudiera permitirse el tipo de vida que llevan las mujeres de su clase! -lanzó a Juliana una mirada ceñuda y colérica-. Ahora, si ya has terminado con tu interrogatorio acerca de mi vida, ¿por qué no me dices algunas verdades acerca de la tuya? ¿Estuviste frecuentando a Owen mientras yo estuve fuera?

-¡No!

-¿Entonces a quién? -¡A nadie!

-No me mientras, Juliana. -No te estoy mintiendo.

-Será mejor que no lo hagas. Pensé que sería mejor olvidar el pasado, pero de pronto he descubierto que no soy tan noble. Hay ciertas cosas en la vida que un hombre no puede tolerar, y una de ellas es alguna aventura amorosa de su esposa. Si alguna vez llego a enterarme de que me has mentido en esto, Juliana, tal vez descubrirás a un Blake que no conocías -se levantó bruscamente-. Vamos, será mejor que entremos antes de que se nos eche encima la tormenta.

Desconcertada por la celosa advertencia de Blake, Juliana habló muy poco durante el resto de la tarde. ¿Sus celos estarían inspirados por su vanidad y su actitud posesiva? ¿O se debían a algo más profundo y vulnerable?, se preguntaba.

No se atrevía a esperar que Blake se estuviera enamorando de ella, pero de alguna manera no podía evitar concebir esa esperanza. Era lo que más deseaba en el mundo, porque si Blake la amaba, podría soportar cualquier cosa.

Sin embargo, no a su hermana Bárbara, quien los estaba esperando en casa cuando llegaron esa tarde.

N O había ninguna señal que les advirtiera de la presencia de Bárbara en el interior de la casa, cuando Blake aparcó su coche y apagó el motor. Se enteraron de que tenían una visita inesperada cuando entraron en la cocina.

-Hay alguien que quiere verlo, señor Preston -anunció la señora Dawson con su habitual tono formal-. Es su hermana. Está en el estudio.

Juliana hizo una mueca y se dio la vuelta para dejar su sombrero y su bolso. Susanne vio su reacción y estuvo a punto de sonreír, pero logró controlarse. Era evidente que Bárbara no le caía simpática.

-Creo que está muy alterada -añadió el ama de llaves.

-Entiendo -Blake frunció el ceño-. Tal vez sea mejor que vaya a hablar con ella a solas, Juliana -comentó, mirándola por encima del hombro.

-Por mí puedes hacerlo -replicó con tono áspero. -¡Mujeres! -rezongó él, mirándola molesto mientras se alejaba.

Suzanne se dio la vuelta y continuó con los preparativos de la cena-. ¿Debo cocinar para una persona más? Juliana gimió en silencio. Ya era bastante desagradable que Bárbara se quedara a cenar; pero no soportaría que se quedara en la casa.

-Eso creo -suspiró-. Espero que eso sea todo lo que deba hacer por ella.

El ama de llaves alzó la vista.

-¡Yo también lo espero! Si hay una mujer a la que no puedo soportar es... -de pronto se mordió un labio y volvió a concentrarse en la comida-. Lo siento, Juliana, no he debido decir eso, no es asunto mío. El señor Preston es muy libre de traer aquí a quien quiera. Mi trabajo es encargarme de los quehaceres domésticos, no expresar mis opiniones.

Juliana le dio una palmadita en el hombro.

-¿Sabes qué es lo que ha sucedido? -le preguntó Juliana al ama de llaves, tan pronto se aseguró de que Blake no pudiera oírlas.

-La hermana del señor Preston no me confiaría nada -replicó Susanne encogiendo los hombros-. Tal vez ha dejado a su marido, o quizá él la ha echado de la casa.

-No se preocupe, Susanne, entiendo muy bien sus sentimientos. Esa mujer es de lo más molesta. Pero como usted dice, es la hermana de Blake y debemos recibirla de la mejor manera posible. Por supuesto, si usted decide ponerle unas sábanas más pequeñas en su cama y dejar caer una araña en su vaso de agua, yo haré la vista gorda.

Las dos mujeres se echaron a reír, y aún seguían haciéndolo cuando Blake entró en la cocina, con una expresión sombría.

-Necesito una jarra de café solo -dijo bruscamente-. Esa loca ha estado tomando whisky como si fuera agua, y además se ha tomado un maldito tranquilizante o algo por el estilo. No logro entender lo

que dice. ¿Puedes llevar el café cuando esté listo, Juliana? Tal vez tú, como mujer, podrás llegar al fondo del problema. ¡Todo lo que Bárbara ha hecho desde que entré ha sido llorar! Y antes de que me digas que ella y tú no os entendéis... como si no lo supiera... te pide que lo hagas por mí, ¿de acuerdo?

-Por supuesto, Blake --convino Juliana-. Haré lo que pueda.

Susanne sacudió la cabeza y empezó a preparar el café.

-Los hombres no son muy buenos para escuchar, ¿no le parece?

-Blake, sabía hacerlo muy bien cuando era joven -comentó Juliana.

-¿Es cierto eso? -preguntó sorprendida el ama de llaves.

-En el fondo todavía es así -sonrió entristecida-. Pero ha tenido una vida difícil. Primero el suicidio de su madre, luego la prematura muerte de su padre y después los esfuerzos que hizo para salvar de la quiebra el negocio de la familia. Supongo que debió endurecerse para sobrevivir. Cuando los hombres deben ser duros durante todo el día en su trabajo, no saben cómo cambiar cuando regresan a casa.

-Es probable que tenga razón. Fred era chófer de autobuses. Solía decirme que cuando regresaba a casa, después de conducir durante todo el día, tenía los nervios destrozados.

-Tal vez por eso se iba a jugar al golf -sugirió Juliana-. Se supone que relaja los nervios. A su marido debía encantarle poder caminar al aire libre.

-Sí... -Susanne se quedó pensativa por un momento, mientras daba los últimos toques a la bandeja del café-. Sí, supongo -se le iluminó el rostro cuando le entregó la bandeja a Juliana-. Siempre creí que quería alejarse de mí, pero ahora comprendo que tal vez simplemente necesitaba relajarse. A pesar de eso, sufrió un ataque cardíaco, antes de...

Parecía apesadumbrada y los ojos se le inundaron de lágrimas. Juliana la dejó a solas con sus recuerdos, esperando haberle proporcionado un punto de vista diferente acerca de lo que, obviamente, había sido un

matrimonio desdichado. Pensó que tal vez por eso Susanne nunca había tenido hijos, o quizá el hecho de no tenerlos fue la causa de su infeliz matrimonio.

Juliana titubeó frente a la puerta del estudio, y aspiró profundamente a fin de prepararse para la batalla. Como tenía las manos ocupadas, golpeó la puerta con un pie. Blake abrió y, al verla, sonrió apesadumbrado y a la vez aliviado.

-Gracias a Dios -murmuró.

Juliana miró por encima del hombro de su marido, hacia donde Bárbara se hallaba desplomada en uno de los sillones, con la cara sepultada entre las manos. Por el temblor de su cuerpo, era evidente que aún seguía llorando, aunque en silencio. A pesar de su poderosa antipatía hacia la hermana de Blake, Juliana se quedó conmovida.

-¿Por qué no desapareces? -le sugirió a Blake-. Te llamaré si te necesito.

-No tienes la idea de lo mucho que te agradezco que hagas esto. Eres fantástica.

-Todavía no me des las gracias. Tal vez intente asesinar a Bárbara si se vuelve contra mí, como suele hacer.

-Quién sabe si al fin ha cambiado la suerte para ella, Juliana.

-Ya lo veremos, Blake. Ya lo veremos...

Juliana dejó que su marido huyera de allí, mientras ella entraba en el estudio con el entusiasmo de un sentenciado a muerte. Por experiencia, sabía que Bárbara no aceptaba de buen grado los gestos de bondad, ya que los consideraba un síntoma de debilidad. Juliana contuvo el aliento y se preparó.

-¿Quieres un poco de café, Bárbara? -le ofreció mientras dejaba la bandeja encima del escritorio. Bárbara murmuró algo ininteligible. Juliana sirvió una taza de café, añadió dos azucarillos y se la ofreció a Bárbara, que la rechazó con un ademán de impaciencia.

-Blake ha dicho que debes tomar un poco de café, Bárbara. ¡Así que será mejor que lo hagas!

«¡Vaya con mi comprensión!», se reprendió Juliana. De mala gana, Bárbara se enjugó las lágrimas con un pañuelo, tomó la taza y empezó a beber unos sorbos, hipando intermitentemente.

A pesar de los estragos causados por las lágrimas, tenía un buen aspecto. Conservaba su esbelta figura gracias a las dietas, y lucía un vestido de seda negro, aparentemente muy caro. Su abrigo, del mismo color, estaba en el respaldo del sillón. Juliana observó que su cabello tenía un tono rubio, que le sentaba mejor que el que tenía la última vez que la había Visto; su cutis era obviamente el de una mujer que se sometía a los mejores tratamientos faciales. A los veintiocho años, Bárbara no era una belleza deslumbrante, pero sí tenía mucha clase; nadie podía dudarlo.

-¿Quieres contarme lo que está sucediendo? le sugirió Juliana, una vez que la hermana de Blake estaba terminando la primera taza de café y empezaba con la segunda.

-No -respondió Bárbara, enfurruñada.

Eso le recordó a Juliana las veces que tuvo que soportar el mal humor de Bárbara, y sintió un amargo resentimiento. ¿Qué estaba haciendo por todos los cielos, compadeciéndose de esa mujer y tratando de ayudarla?

-Muy bien -replicó bruscamente y se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. No se quedaría allí a suplicarle a la mimada hermana de Blake que confiara en ella, ni tampoco a soportar sus arranques de mal humor. -¿A dónde... vas? -lloriqueó Bárbara.

Juliana se detuvo, rechinó los dientes y se volvió lentamente.

-Subiré a mi habitación. Ha sido un largo día y me gustaría cambiarme.

-Pero Blake ha dicho... sé que te ha pedido que... -¿Qué? ¿Que escuchara tus problemas? ¿Que te diera un consejo? Seamos sinceras, Bárbara... tú no quieres mi consejos. No me soportas más de lo que yo a ti. Para empezar, ha sido una idea de Blake, pero es un caso perdido. Cuéntale a él tus problemas. Yo no puedo enfrentarme a ellos, ni a ti.

-Por favor, no te vayas -gritó ella con tanta desesperación que Juliana titubeó-. Blake no lo comprendería y yo... no sé qué es lo que voy a hacer. Henry ha cancelado todas mis tarjetas de crédito. Dice... que no le importa lo que yo haga ni a dónde vaya, siempre y cuando él no deba pagar.

-¿Y por qué se comporta así? No me digas que no te ama, Bárbara. Ese hombre te ama hasta la locura. -¡Porque es un viejo tonto y celoso! -estalló Bárbara-. Cree que lo engaño.

-¿Y es cierto?

Por una vez en su vida, Bárbara parecía incómoda. -En realidad no han sido aventuras...

-Pero sí hay otros hombres.

-¡Bueno, por supuesto que hay otros hombres! ¿Crees sinceramente que podría pasar toda mi vida acostándome sólo con ese viejo tonto?

-De manera que sí te casaste con Henry por su dinero -suspiró Juliana.

-No seas tan arrogante conmigo, Juliana. Tú tampoco eres tan pura. ¡Si alguna vez ha habido alguien que supiera aprovechar una buena oportunidad, esa eres tú! -se sonó la nariz y le dirigió a Juliana una de aquellas miradas altaneras y desdeñosas, que eran su especialidad-. Tú no estabas precisamente enamorada de Blake cuando te casaste con él, ¿no es cierto? ¡Santo Dios, un par de semanas antes estabas comprometida con otro hombre! ¡Así que no critiques mi matrimonio! ¡Te casaste con mi hermano por su dinero

y todos lo sabemos!

Juliana contuvo el aliento por un segundo, pero decidió que no permitiría que esa mujer hiciera lo que siempre había hecho: molestarla e irritarla. Ella sabía que no se había casado con Blake por su dinero y eso era lo único que importaba. Después de recobrar la compostura, lanzó a la hermana de Blake una mirada que era una mezcla de desprecio y compasión. En realidad, era una criatura patética.

-No trates de juzgar mi matrimonio, Bárbara -le pidió con toda la paciencia de que fue capaz-. Y tampoco las razones que pueden existir detrás de eso. Blake y yo somos un caso muy especial.

-¡Oh, no lo dudo! Él y tú siempre estuvisteis muy unidos, incluso cuando erais niños. ¡Y erais tan misteriosos! Todas esas tardes que tú pasabas en su habitación -añadió despectiva-. Quiero decir, las mujeres como tú empiezan desde muy jóvenes, ¿no es cierto?

Juliana ya había escuchado suficiente. Había un límite para todo.

-Sal de aquí -le pidió con calma. -¿Qué... qué dices?

-Ya me has oído. Sal de aquí. Ahora mismo -caminó decidida hacia ella, tomó el abrigo del respaldo del sillón y se lo arrojó a Bárbara, que la miró boquiabierta.

Bárbara se levantó, con movimientos inseguros. -No tienes de... derecho a hacer esto. Blake... él me ha dicho que podía quedarme hasta que resolviera mis problemas.

-Pues se retractará cuando le comente lo que acabas de decir. ¡Ahora, retírate!

-¡No lo haré! -se resistió Bárbara, obstinada-.

Tengo todo el derecho a quedarme aquí si quiero. Ésta es mi casa.

-Saliste de aquí cuando te casaste -le indicó Juliana con tono helado-. Ahora yo soy la dueña de esta casa.

Bárbara sonrió desdeñosa.

-Es muy cierto, pequeña zorra, porque eso es lo que eres y todo lo que siempre serás para mi hermano. ;Su amante! ¡Oh, tal vez tengas un certificado de matrimonio, pero él jamás te ha querido como a una esposa! ¡Sólo eres una zorra autorizada por la ley! Blake nunca ha querido a ninguna mujer, como no sea en el aspecto sexual. Nuestra querida madre lo frustró para siempre. ¡Y lo que no hizo ella, lo hizo nuestro querido padre! -se echó a reír con expresión maligna-. Y a propósito, apuesto a que jamás adivinarías quién fue una de las apasionadas «damas» que tuvo papá fuera de su matrimonio, ¿o sí? Ah, veo que empiezas a comprender. Sí, tu

propia y querida madre. ;Nuestra simpática cocinera, la querida Lily! No adoptes esa expresión de desconcierto, mi querida Juliana. No es posible que hayas vivido ignorante del apetito sexual de tu madre. Y de tal madre, tal hija, ¿no te parece? Tú ciertamente debes ser muy buena para eso, para que Blake se haya casado contigo, pues él siempre me aseguró que sólo se casaría por dinero. Por eso abandonó a la pobre Virginia, tan pronto como se enteró de que su familia estaba en quiebra. ¡Y sin embargo, se casó contigo!

Juliana estaba atónita. Bárbara le dirigió una sonrisa desagradable, mientras se ponía el abrigo.

-Creo que algunos hábitos perduran. Tal vez él decidió tener una compañera estable de cama, para disfrutar de ella entre sus viajes al extranjero. Sí, eso debió ser. Tiene una agenda negra llena de direcciones y teléfonos de mujeres de distintos países, para pasar el tiempo, y a la encantadora Juliana que lo complace cuando está en casa.

Juliana tragó saliva, tratando de controlar la náusea que sentía subir por la garganta. La cabeza le daba vueltas.

Se dijo que eso no era cierto. No era posible que su madre se hubiera acostado con Matthew Preston. ¡De ser así, ella lo hubiera sabido! Pero incluso, mientras trataba de negárselo a sí misma, Juliana recordó el olor a habano que había en su apartamento, cuando regresaba a casa, a la salida de la escuela. Matthew Preston fumaba habanos...

En cuanto a la acusación de Bárbara acerca de Blake y de otras mujeres en el extranjero... Juliana volvió a tragar saliva y alzó la barbilla en un gesto de orgullo.

-No creo una sola palabra de lo que acabas de decir, Bárbara. Eres una arpía vengativa, y siempre lo has sido. En tu odio hacía mí, ni siquiera vacilas en destrozar la felicidad de tu propio hermano. Porque somos felices. Sé que eso no te agradará, puesto que has convertido tu propia vida en un desastre. ¡No porque eso me importe! Blake siempre me dijo que al final todos tienen lo que se merecen. Antes no lo creía, pero ahora sí. Blake me ama y no me importa si te lo crees o no. Yo sí lo creo. ¡Y él no se acuesta con otras mujeres!

-¡Vaya! -rió Bárbara-. Pues bien, ¿por qué no buscas en el cajón superior, a la izquierda de su cómoda? Allí es donde guarda su famosa agenda. Te desafío a que la busques esta noche, antes de acostarte. Tal vez entonces no te sentirás tan complacida, y así sabrás qué es lo que significas exactamente para Blake. Vamos, no eres más para él que lo que tu madre fue para mi pa...

Juliana abofeteó con tal fuerza a Bárbara, que el sonido resonó en la habitación. ¿O lo que oyó fue el grito de Bárbara? Y habría vuelto a abofetearla de no

haber sido porque en ese momento Blake entró en el estudio.

-En nombre de Dios, ¿qué está sucediendo aquí? -inquirió.

-Bárbara se va -declaró Juliana con una sorprendente calma-. ¿No es así, Bárbara?

La joven la miró con los ojos muy abiertos, atemorizada por la expresión de su cuñada.

-Y no volverá -terminó Juliana, decidida.

Blake miró primero el rostro pálido de su esposa y después a su desafiante hermana. Por un momento, en el ambiente se sintió una especie de tensión eléctrica. ,,Hacia dónde se inclinaría la lealtad de Blake?, se preguntó Juliana. A1 fin él se volvió hacia Bárbara, con una expresión implacable.

-No sé lo que acabas de decirle a Juliana, pero si es lo que pienso, te estrangularé con mis propias manos.

Por primera vez, Bárbara asumió una expresión preocupada, pero luego se puso a la defensiva.

-¿Lo que yo le he dicho a ella? ¡Debiste escuchar lo que ella me ha dicho! Me ha llamado arpía. Es una mujer cruel y horrible, Blake, no sé por qué te casaste con ella. No tenías por qué hacerlo para conseguir lo que querías, ya lo sabes. Es una mujer tan fácil como su... -de detuvo al comprender que acaba de cometer un grave error.

-Tienes cinco segundos para salir de aquí -le advirtió Blake en voz baja y firme, pero infinitamente atemorizante-. ¡Fuera! ¡Y corre tan rápido como puedas, o no seré responsable de lo que te suceda!

Invadida por el pánico, Bárbara los miró a ambos y luego, con un sollozo, salió corriendo del estudio. Los dos oyeron el ruido de sus pasos al cruzar corriendo el vestíbulo y luego el de la puerta de entrada, al cerrarse.

-Juliana -repuso Blake con voz áspera, y la estrechó entre sus brazos.

Juliana se desplomó en ellos, incapaz de pensar en nada excepto en lo que él acababa de confirmarle con su acción. Su madre había sido la amante del padre de Blake, y tal vez había contribuido al suicidio de su madre. Todo era tan terrible...

-Yo... jamás lo supe -sollozó-. Nunca lo supe... -Calla, querida. Todo eso pertenece al pasado y ahora ya no tiene importancia. No te sientas mal por eso.

Juliana se apartó de sus brazos, con el rostro bañado en lágrimas.

-¿Que no me sienta mal? ¡Santo Dios? ¿Cómo puedes decir eso? ¡Mi propia madre fue responsable de la muerte de la tuya!

-No... -Blake lo negó con un movimiento de cabeza-. Nunca se enteró de la relación entre mi padre y Lily, te lo juro. Lo disimularon muy bien. Yo sólo me enteré por accidente, cuando una noche regresé a casa inesperadamente, al salir de la universidad, y vi a mi padre salir de vuestro apartamento por la escalera de atrás. Sólo llevaba puesto el pantalón y no necesité más para comprender la verdad. Durante años supe que mi padre mantenía relaciones con otras mujeres.

Juliana se quedó mirándolo.

-Estás hablando de la noche de mi graduación, ¿no es cierto?

-Sí -suspiró Blake.

-¡Oh, Dios...! -se oprimió la sienes con los dedos-. Cómo debiste despreciarlo. ¡Y también a mi madre! -Nunca desprecié a Lily, Juliana. Era la mujer más bondadosa que jamás he conocido, pero también estaba muy sola y era muy sensible. Mi padre era un hombre de mundo, atractivo, cautivador, y ella no tenía ninguna posibilidad de defenderse de él. En cuanto a

mi padre... tampoco lo desprecié. Sabía lo que era, sabía que tenía debilidad por las mujeres hermosas como tu madre. Por supuesto, durante algún tiempo me sentí decepcionado. ¿Qué hijo no desea que su padre sea un dechado de virtudes? Y los jóvenes juzgan con demasiada dureza. Pero con el tiempo, comprendí por qué ansiaba escapar de los celos y de la actitud posesiva de mi madre. Las mujeres como ella hacen que los hombres sientan el deseo de huir. Acaban con todo lo bueno en una relación. ¡Hacen que el hecho de amar a alguien sea un infierno en vida!

-Por eso tú nunca has amado a nadie -declaró Juliana mientras desviaba la mirada-. No querías que nadie te amara.

-Ciertamente no quiero esa clase de amor, pero sí te quiero a ti, Juliana. Te he querido desde que tenía trece años.

Ella alzó la vista, desconcertada, y vio que Blake tenía una expresión burlona.

-¿Recuerdas aquel día en la piscina, cuando tocaste mis músculos?

Ella asintió, con la boca seca.

-Quería estrecharte entre mis brazos, besarte, forzarte. Yo era virgen, aunque no lo creas, pero lo que estaba en juego ese día era tu virginidad, Juliana. Necesité de todo mi control para

zambullirme en la piscina y nadar para alejarme de ti.

-Yo... no tenía la menor idea...

-¿Crees que no lo sabía? Aún eras una niña, a pesar de tu desarrollado cuerpo. Pero yo tenía diecinueve años y a esa edad los deseos son muy poderosos. Sin embargo, pronto encontré un remedio -terminó con amargura.

Juliana guardó silencio unos segundos.

-Yo... estaba tan celosa de todas esas jóvenes -repuso en voz baja.

-¿Lo estabas? -sonrió Blake-. Me alegro. -¿Te alegras?

-Sí, me alegro de que hayas sufrido tanto como yo. -¡Tú no sufrías, Blake Preston! ¡Te divertías a lo grande!

-¿Eso crees? Oh, Juliana, si supieras... te vigilaba y te esperaba cada vez que venía de casa, sólo para verte de lejos, para quedarme maravillado al ver la manera en que la naturaleza te convertía en una belleza. «Pronto... muy pronto ella tendrá dieciséis años, pronto llegará a la edad del consentimiento...», me decía constantemente.

-¿Tú... planeabas seducirme cuando cumpliera dieciséis años? -preguntó sorprendida Juliana. -¿Quieres que lo niegue?

-Bueno, supongo que no. No si es cierto -sin embargo, se sentía consternada.

-¡Santo Dios! Juliana, yo era un niño rico y mimado que pensaba que podía tener a cualquier jovencita que quisiera. Debes creerme si te digo que nunca sufrí un rechazo. Sin embargo, la única joven que en realidad deseaba eras tú, tal vez porque eras un fruto prohibido, un reto. ¿Por qué crees que aquella noche regresé temprano a casa, al salir de la universidad? No podía esperar un día más para verte, pero no tenía idea de que era la noche de tu baile de graduación. Pensé que, puesto que era miércoles, estarías en casa. Entonces vi a mi padre, que salía de una cita con tu madre -rió burlón-. Eso lo cambió todo. Pero aún te deseaba y tal vez te habría seducido aquella misma noche, si tú me lo hubieras permitido, pero no lo hiciste. Me rechazaste y me obligaste a ver la realidad: que nunca podríamos ser felices juntos mientras mi padre tuviera una relación amorosa con tu madre. Era una situación imposible. Por mucho que tratara de decirme que podría tenerte, no habría podido soportar la mirada de Lily si se enteraba de que tanto ella, como su hija; habían sido utilizadas por los hombres de la familia Preston. También pensé que sólo sería una cuestión de tiempo que tú te enteraras de la relación que existía entre ellos. Pero nunca lo hiciste.

-No, jamás lo hice -murmuró ella, aún sorprendida por todo lo

que Blake le había dicho. No tenía idea de que hubiera sido objeto de una obsesión sexual de tantos años. Ciertamente, él la había disimulado muy bien. Pero ella también había ocultado su amor por Blake durante ese mismo tiempo, e incluso se lo había ocultado a sí misma.

-Bárbara se enteró porque yo se lo comenté una noche, estando ebrio, poco tiempo después de la muerte de mi padre.

-Me sorprende que no me lo haya dicho antes -respondió Juliana con voz apagada.

-Le advertí que no lo hiciera -Blake la estrechó entre sus brazos al ver que aún temblaba, y le hizo apoyar la cabeza sobre su hombro-. Nunca pensé que te lo diría después. Lo siento, Juliana. Pero no permitiré que ella vuelva a herirte. Te lo prometo.

-Ella siempre me ha odiado.

-No, siempre te ha envidiado. Envidia tu belleza, tu alegría, tu amor a la vida.

-Esta noche no creo amar mucho la vida.

-Lo harás. Haré que te olvides de Bárbara y del pasado, Juliana. Lo olvidarás todo, excepto el presente. Le alzó la barbilla, y la besó con tanto apasionamiento, que ella estaba a punto de olvidarlo todo cuando salieron de la habitación.

Capítulo 10

JULIANA despertó a la mañana siguiente, de nuevo en la cama de Blake. El lado de él estaba vacío, el reloj marcaba las siete y cuarto, y se oía el ruido de la ducha.

«Viernes», pensó con un gemido. No era su día favorito en el trabajo. Los equipos de ventas llegaban para asistir a su reunión semanal y ella nunca podía hacer nada. A decir verdad, no sentía ningún deseo de ir a trabajar. Se sentía cansada y perturbada, después de los acontecimientos de la noche anterior. Por mucho que lo intentó, Blake no había conseguido disipar su angustia, después de que se enteró de la relación entre su madre y el padre de él. De hecho, cuanto más apasionado se mostraba, más preocupada se sentía en su interior por muchas cosas, y la primera era: ¿qué significaba ella exactamente para Blake? ¿Tendría razón Bárbara? ¿No era nada más que una amante legitimada?

Juliana aspiró profundamente. «¡Oh, Dios!, la agenda... esa agenda negra.» Era lo único que había olvidado. Miró el cajón superior del lado izquierdo de la cómoda y luego la puerta del baño. Aún se oía el agua de la ducha. ¿Se atrevería a buscarla? ¿Y si estaba allí, con los nombres de muchas mujeres y sus números de teléfono? ¿Qué demostraría eso? No significaría por

fuerza que Blake aún usase la agenda, y mantuviese relaciones con esas mujeres. Tal vez se había olvidado de deshacerse de ella, después de que se casaron.

Sentía un nudo en el estómago. El impulso de saber si estaba allí, si era una realidad y no otra de las maliciosas invenciones de Bárbara, era abrumador. «No la abriré», se juró. «Sólo quiero saber si existe.» La mano le temblaba cuando tomó el pomo del cajón, pero ya no podía retroceder. Había tomado una decisión. Lo abrió bruscamente.

Vio tres ordenados montones de pañuelos de diversos colores y, detrás de ellos, un maltratado ejemplar de The Power of One. Debajo del libro asomaba una esquina de... una pequeña agenda... pero no era negra, sino de color azul oscuro. Juliana frunció el ceño. ¿Sería esa? Sólo había una manera de averiguarlo. Contuvo el aliento y sacó la pequeña agenda de su escondite. Cuando empezó a hojearla, el corazón le dio un vuelco y abrió mucho los ojos.

Cada página sucesiva revelaba una sorprendente variedad de nombres de mujeres y números de teléfono, que aparecían bajo el nombre de la ciudad en donde vivían. Jennifer en Londres; Simone en París; Carla en Italia; María en Grecia; Ellie en Bangkok; Jasmine en Hong Kong; Midori en Tokio; Cindy en Nueva York... Y eso sólo

era una muestra. La lista era impresionante.

De pronto dejó de oír el agua de la ducha y la invadió el pánico. Guardó la agenda, cerró el cajón y volvió a deslizarse entre las sábanas. Con cierta dificultad, contuvo el absurdo impulso de fingir que seguía dormida, cuando Blake entró en el dormitorio con una toalla alrededor de las caderas.

-¿Aún estás en la cama? -sonrió irónico.

Atravesó la habitación para abrir su armario, mientras Juliana observaba, desesperada, lo increíblemente atractivo que se veía así. Solía nadar todos los días y practicaba otros deportes; esquiaba en invierno, jugaba al tenis en verano y, además, ocasionalmente jugaba al *squash* y al golf, por lo que se mantenía en perfectas condiciones físicas.

-Llegarás tarde al trabajo si no te levantas -observó, dejando caer la toalla para ponerse los calzoncillos. -Yo... creo que voy a llamar para decir que estoy enferma.

Ese comentario hizo que Blake la mirara por encima del hombro.

-Eso es algo extraño en ti. ¿No te sientes bien esta mañana? Hoy no tienes la regla, ¿o sí?

-Sabes muy bien que no -estalló, antes de poder evitarlo.

Blake la miró ceñudo por un momento; luego se encogió de hombros y siguió vistiéndose. Juliana lo observaba, sintiendo algo extraño en el estómago. Era tan atractivo, y sin embargo, tal vez era tan terriblemente inmoral... Sus sospechas acerca de que ella tuviera una aventura, probablemente reflejaban el hecho de que él tenía aventuras en todas partes. Se dijo que los hombres eran famosos por su doble moral en cuanto al sexo. Y el padre de Blake no le había dado precisamente un buen ejemplo...

Juliana se encogió en su interior al pensar en lo que había sucedido delante de sus ojos, durante todos esos años. No porque culpara a su madre... Blake tenía razón. Una mujer de su carácter, tan vulnerable a los hombres, no podía tener ninguna oportunidad contra un hombre como Matthew Preston. A cualquier mujer le habría parecido irresistible, y Lily debió de haber caído fácilmente en sus manos.

«Como yo en manos de Blake», pensó Juliana con

una creciente sensación de desesperación. «Él no está enamorado de mí, sólo me desea. Me he estado engañando respecto a eso. O tal vez hablaba en serio cuando me aseguró que jamás habrá otra mujer en su vida. Probablemente las que aparecen en esa agenda no fueron *mujeres* para él, sólo cuerpos. Eran demasiadas para que pudiera haber sido otra cosa», se decía.

De repente, se preguntó por qué hablaba en tiempo pasado. Bien podían ser el presente y el futuro. A pesar de todo, la leve esperanza de que Blake ya no usara esa agenda revivió su naturaleza optimista. Podía enfrentarse al hecho de que Blake no la amara, siempre y cuando no la engañara. Y en realidad no tenía ninguna prueba de que lo hiciera. La existencia de la agenda no demostraba nada. ¡El hecho de que Bárbara estuviera enterada de su existencia, sólo demostraba que Blake la había tenido durante años!

-¿Quieres que llame por teléfono a tu oficina? -se ofreció él.

De pronto, la perspectiva de quedarse todo el día en la casa, preocupándose por todo, le pareció demasiado desagradable. ¿Qué conseguiría excepto aumentar su confusión mental y emocional?

-No, gracias -respondió-. No es necesario. He decidido ir; solamente llegaré un poco tarde.

-Eso creo, generalmente tardas mucho en arreglarte. Bien, bajaré a desayunar. Te veré esta noche -se acercó para besarla en la frente-. No olvides que cenaremos en casa de Jack.

-Lo había olvidado -replicó Juliana con una mueca-. Bien... supongo que no será tan malo. Jack es divertido y quiero darle las gracias personalmente por las entradas del teatro.

-Esa es mi chica -rió Blake, y le dio una palmadita en la mejilla.

Juliana se deprimió al verlo salir. De nuevo volvía a ser un hombre de negocios y ya se había olvidado de su cama y de quien la ocupaba. Blake no experimentaría ninguna inquietud emocional ese día, cuando estuviera sentado frente a su escritorio, y no se preocuparía por la lealtad de su esposa. Ahora la tenía en la palma de la mano. ¡Y él lo sabía! Estaría dispuesta y esperándolo cuando regresara a casa esa noche, tanto para ir a la cena como para lo que vendría después.

Tragó saliva al pensar en eso. Ciertamente, Blake había sabido aprovechar su sexualidad recién descubierta. Parecía disfrutar del poder que ejercía sobre ella en la cama, para hacer lo que quisiera, para convertirla en una pareja sumisa, que no conocía las palabras «no», «detente» o «no lo hagas». Y no podía culparlo por ello. ¿Qué mujer no quería que su hombre fuera tan hábil e imaginativo como Blake?

Con un suspiro, Juliana bajó de la cama, recogió su ropa dispersa por el suelo y regresó lentamente a su habitación. Deseaba poder sentirse feliz, viendo cómo se desarrollaba su matrimonio;

deseaba olvidarse de esa agenda infernal. Pero sabía que su existencia sería una constante espina en su costado. También sabía que la próxima vez que Blake saliera de viaje de negocios, se sentiría tentada a ver si había dejado la libreta o se la había llevado consigo.

La había dejado y ella se sintió inmensamente feliz. La ocasión fue la última semana del mes de noviembre. Y aunque él sólo permanecería tres días en Hong Kong, los días anteriores a su viaje habían sido un mal momento para Juliana.

La joven no logró armarse de valor para buscar en el cajón hasta la misma noche de la llegada de Blake.

Se sintió tan feliz al encontrar la agenda que por impulso decidió ir a recibirlo al aeropuerto, a pesar de que apenas disponía del tiempo suficiente para llegar, antes de que el avión de Blake aterrizara, poco después de las nueve.

Ciertos impulsos no eran una buena idea, decidió al ver la reacción de Stewart Margin, cuando la vio aparecer en el último momento. El secretario de Blake estaba sentado en la sala de espera, cerca de la puerta de acceso, leyendo un periódico, cuando ella se acercó. -Hola, Stewart lo saludó contenta.

Él alzó la vista y la miró con expresión alarmada. -¡Señora Preston! -dobló el periódico y se levantó-. ¿Qué... está haciendo usted aquí?

-Pensé que sería una buena idea venir a recibir a mi marido.

-¿El señor Preston sabe que vendría a recibirlo? -No. ¿Por qué? ¿Se ha retrasado de nuevo?

-No, su avión ya ha aterrizado. Es sólo que... bien... -encogió los hombros, incómodo, como si deseara encontrarse en cualquier parte menos allí.

Juliana empezó a desear lo mismo. Se dijo que no debió haber ido. Había sido algo estúpido. Ingenuo y estúpido.

Su júbilo anterior desapareció. ¿Cómo había podido creer que Blake se sentiría complacido al verla allí, esperándolo como una esposa enamorada? Su relación tal vez había cambiado, pero no tanto. Sólo porque ahora dormían juntos todas las noches en la cama de él, eso no significaba que le gustase que ella le demostrara su afecto en público.

Stewart murmuró algo y Juliana se deprimió aún más. Se preguntó si Blake no empezaría a desconfiar de nuevo de ella, al verla allí con Stewart. Aunque no había continuado con sus absurdas acusaciones acerca de que ella había tenido una aventura

durante su último viaje, Blake se había vuelto más posesivo con ella; incluso parecía vigilarla. Cuando Jack había coqueteado ligeramente con ella, la noche que fueron a cenar con él y su esposa Gloria, Blake le había dirigido una mirada helada.

En otra ocasión le había preguntado por qué había llegado tan tarde a casa después del trabajo. Entre halagada y frustrada, Juliana le explicó impaciente que había salido de la oficina a tiempo, pero que se había retrasado debido a un atasco de tráfico. Blake guardó silencio unos minutos y después la dejó con la inquietante impresión de que no le había creído.

Tuvo la premonición de un inminente desastre y estuvo a punto de huir, pero en ese momento los pasajeros empezaron a llegar a la sala de espera donde ella se encontraba con Stewart. Blake no tardó en aparecer y entrecerró los párpados al verlos juntos.

Juliana tragó saliva, esbozó una sonrisa brillante y decidió que no expresaría su inquietud. Después de todo, ella era inocente.

-¿Qué estás haciendo aquí, Juliana? -fueron las primeras palabras de Blake. Su tono era mesurado; no exactamente acusador, pero tampoco feliz.

-Tenía muchas ganas de verte -respondió ella sincera y, adelantándose, apoyó las manos sobre sus hombros y lo besó en la mejilla. Sintió que su cuerpo se ponía rígido bajo sus manos y se apartó de inmediato, con una tensa sonrisa.

-¡Qué amable! -replicó Blake bruscamente-. ¿Cómo has venido? Siempre has dicho que no te agrada conducir de noche a la ciudad.

-He cogido un taxi.

-Debiste pedirle a Stewart que te trajera. Después de todo, sabías que él vendría a esperarme, ¿o no?

Juliana sintió que su incomodidad empezaba a convertirse en una tensa irritación.

-Bien, sí, pero yo... fue una decisión de último momento...

-¿Oh? -su sonrisa era sardónica-. ¿Era más rápido venir aquí que ir a su casa?

Juliana sabía que Stewart vivía en las afueras, al norte del Melbourne, muy lejos de su mansión. Una colérica exasperación hizo que desapareciera su rubor. Irguió los hombros y le dirigió a Blake una mirada de reproche.

-No -fue todo lo que dijo, decidida a no dejarse intimidar. Esperaba que las detestables insinuaciones de Blake pasaran desapercibidas para Stewart, pero por la evidente agitación del joven, no lo creía así.

Se dijo que realmente el comportamiento de Blake era

detestable. Y sin embargo, media hora antes ella se moría de ganas porque regresara a casa.

Al 6n, Blake reconoció la presencia de su secretario. -Hola, Stewart. ¿Todo ha ido bien mientras estuve fuera?

-Surgieron algunos problemas, señor Preston, pero nada que yo no pudiera controlar.

-¿En dónde está aparcado el coche? -En el lugar de siempre.

-Bien, vayamos entonces. Lo siento, Juliana, pero Stewart y yo debemos hablar de negocios. Espero que no te importe sentarte sola en el asiento trasero, pero ninguno de los dos teníamos idea de que vendrías a recibirme, ¿no es cierto, Stewart?

-Ciertamente no -convino el secretario.

-No me importa -respondió ella con tanta cortesía como le permitió su furia. «Jamás volveré a hacerlo», se juró. «¡Nunca más!»

En el camino a casa empezó a lloviznar y la temperatura bajó. Nadie habría pensado que sólo faltaban dos días para que comenzara el verano. Vestida con un ligero pantalón verde y una blusa de seda de color crema, Juliana se acurrucó en el asiento posterior del coche de la compañía, deseando que Stewart encendiera la calefacción; pero no lo hizo, y obstinada, ella se negó a pedírselo.

Contempló colérica a Blake y luego se volvió a mirar las calles húmedas por la lluvia. Cuando al fin Stewart los dejó frente a la casa, Juliana sentía que sus nervios estaban a punto de estallar. No sabía quién de los dos estallaría primero, pero por la tensión que existía cuando entraron, era evidente que se avecinaba una discusión.

A1 parecer, Blake eligió el silencio como arma. Después de dejar las maletas, se dirigió a la sala para servirse una copa, antes de irse a dormir. Juliana lo siguió, tensa e irritada. Caminó de un lado a otro de la habitación, mientras Blake apuraba su copa y luego se servía otra. No habían cruzado una sola palabra. De pronto, aquello fue demasiado para ella y se volvió bruscamente para mirarlo.

-¡No vuelvas a hacerme eso! -estalló. -¿Qué? -preguntó él, imperturbable.

-Lo sabes muy bien, Blake. No te hagas el inocente conmigo.

-Creí que esa frase era mía -rió él, con amargura. -¿Lo ves? Has vuelto a hacerlo. Siempre haces esas detestables insinuaciones.

-¿Eso es lo que hago? -se bebió la mitad del whisky y volvió a llenarse la copa.

-Sí, y tú lo sabes. Eres tan injusto... Jamás te he sido infiel.

-¿Es cierto eso? -¡Sí, es cierto!

-En ese caso, no te importará subir ahora conmigo, ,verdad?

Se volvió a mirarla por encima del borde de la copa, mientras bebía. Su mirada era fría y dura, y sin embargo, terriblemente sensual. Juliana sintió que la piel se le erizaba con una extraña excitación.

-Quiero hacerle el amor a mi esposa.

Dejó la copa vacía sobre la mesa y empezó a caminar hacia la puerta. Se detuvo en medio de la habitación y se volvió, para ver que ella aún seguía allí.

-¿No vienes, querida? -preguntó en voz baja y en tono burlón-. Una esposa fiel que está tan ansiosa de que su marido regrese a casa, y que decide ir a esperarlo al aeropuerto, debe de necesitar un poco de amor.

Le tendió una mano. Ella la contempló durante un largo momento y luego alzó la vista, mirándolo a los ojos.

-Sí, Blake -respondió con el pulso acelerado-. Sí lo necesito. Pero no es eso lo que me ofreces, ¿verdad? Lo que tú me ofreces es lo que puedo encontrar en el dormitorio de cualquier hombre.

Vio que lo había desconcertado al contraatacar. Estaba desconcertado y a la vez furioso.

-No lo dudo. Ultimamente te has convertido en una mujer muy sensual, ¿no es así,

-¿Y eso te molesta?

Durante unos segundos, en los ojos de Blake brilló un destello de cólera, pero se controló de inmediato. -¿Por qué debería molestarme? ¿Crees que me sentía feliz con nuestra vida sexual anterior? ¡Santo Dios! Juliana desvió la mirada para no ver su frío desprecio.

-Yo sí era feliz -murmuró con voz apagada, y él se echó a reír, incrédula-. Antes -añadió ella, volviendo a mirarlo a los ojos.

-¿Y qué sucedió para que cambiara todo eso? Si no te importa que te lo pregunte por enésima vez... Juliana se limitó a mirarlo, incapaz de pensar en otra razón que no fuera la verdad. Y no podía decirle eso. Blake se acercó despacio a ella.

-¿Te ha comido la lengua el gato, Juliana? ¿Quieres que yo te lo diga? -se detuvo frente a ella, con una expresión burlona-. Sé exactamente lo que sucedió -continuó en voz baja y sombría-. Conociste a algún astuto bastardo que ignoró tu rutina de princesa de los hielos, que ignoró tu actitud puritana, ¡que simplemente te tomó!

Mientras hablaba, alzó las manos hasta la blusa de Juliana,

desabrochando los botones y separando la tela para poder soltar el broche en la parte delantera del sostén. Sus ojos se ensombrecieron cuando recorrieron las puntas rosadas, endurecidas por la excitación.

-Descubriste que te gustaba, ¿no es cierto? Nada demasiado tierno ni dulce para esta nueva Juliana... -y sus manos empezaron a poner en acción sus palabras.

La joven se mordió un labio para no dejar escapar ningún sonido, y por sus ojos cruzó una expresión de dolor cuando él se inclinó para besarla. El pensamiento de que Susanne podía entrar en la habitación en cualquier momento se sumaba a su excitación, a su vergüenza. Pero la vergüenza al fin llegó al máximo cuando las manos de Blake se dirigieron a la cremallera de su pantalón.

-No... -le pidió con voz temblorosa para luego retroceder, abrochándose la blusa al hacerlo-. ¡No! -gritó-. Estás equivocado acerca de mí. ¡Acerca de todo! No fue así, ¡yo no soy así! Ya no puedo soportar más. No lo soporto, debo salir de aquí, alejarme de ti. Yo... tengo...

Lo dejó de pie allí, mirándola boquiabierto. No se

detuvo a recoger su bolso, sólo tomó las llaves de su coche, que estaban colgadas en la cocina, al dirigirse hacia el garaje. Por suerte, Susanne no estaba allí. Sin duda estaría ocupada en la lavandería, o viendo la televisión en la sala.

Juliana oprimió el botón del control remoto para abrir la puerta del garaje y la puerta principal. Subió a su coche y encendió el motor. Blake debió de pensar que había huido a su dormitorio, pues no la había seguido al garaje. No fue sino hasta que se alejó a toda velocidad, cuando miró por el espejo retrovisor y lo vio correr hacia la acera, agitando los brazos para que se detuviera.

Pero ella no se detuvo y, después de varios minutos, se convenció de que no podría alcanzarla. Pasó por varias calles laterales y al fin se detuvo en un oscuro callejón. Sólo entonces se dio cuenta de que temblaba como una hoja. Se desplomó sobre el volante y empezó a llorar. Y una vez que empezó, ya no pudo detenerse. A1 fin se le agotaron las lágrimas, pero descubrió que el llanto no había resuelto nada. Simplemente no le quedaba energía y tampoco voluntad para seguir luchando. No podía seguir así y tampoco podía regresar a casa.

Como un autómata, volvió a encender el motor del coche y condujo despacio y sin rumbo. De alguna manera se encontró dirigiéndose hacia la ciudad, por la carretera que todos los días usaba para ir al trabajo, con el puerto a su izquierda. Al dar la

vuelta en una curva, vio a lo lejos el muelle de St. Kilda, extendiéndose hacia las aguas grises de la bahía.

Juliana recordó que cuando era adolescente a menudo pasaba horas paseando por ese muelle, contemplando el horizonte o a los artistas que solían sentarse allí a pintar las embarcaciones. Era una especie de refugio para ella, siempre que algo la preocupaba. Con frecuencia, cuando se alejaba del muelle, las cosas tenían otra perspectiva, menos catastrófica. Por lo visto el agua tenía un efecto sedante.

A pesar de lo tardío de la hora, se detuvo y aparcó el coche al otro lado del muelle. Luego cruzó a pie el puente que atravesaba la carretera, bajó los escalones y llegó al embarcadero.

El lugar estaba casi desierto, y sin embargo no le pareció lúgubre.

Había un hombre, al parecer ebrio, apoyado contra uno áe los postes, y más adelante un solitario pescador probaba su suerte. Había dejado de llover y una débil luna brillaba entre las nubes. Las aguas se veían oscuras, pero tranquilas.

Juliana se dirigió a un lugar apartado y se apoyó en la barandilla para contemplar el mar. El agua lamía con suavidad los postes del muelle, y las embarcaciones ancladas se mecían rítmicamente. Poco a poco, la paz fue invadiendo su atormentado espíritu. Pensó que había hecho bien en detenerse en ese lugar.

Seguía allí, reanimando su espíritu y tratando de reforzar su voluntad para seguir adelante con su matrimonio, cuando algo la golpeó en la parte posterior de la cabeza.

Capítulo 11

Ya está volviendo en sí...

Juliana volvió a gemir cuando alguien, supuestamente un médico, le alzó un párpado y luego el otro, iluminando sus ojos con una luz brillante. Ella levantó una mano con movimientos torpes, para protegerse los ojos.

-Hola, señora Preston. Soy el doctor Trumbole. ¿Cómo se siente?

-Me... duele la cabeza -logró responder ella.

-Me lo imagino, pero no se preocupe. Tiene un buen chichón en la parte posterior de la cabeza y una leve contusión, pero vivirá -declaró sonriendo-. Le pediré a la enfermera que le traiga algo para el dolor de cabeza.

-¿Cuánto tiempo deberá permanecer mi esposa en el hospital? -preguntó Blake, que estaba al pie de la cama y se veía casi tan mal como Juliana.

-La retendremos aquí un día más, sólo como una medida de precaución.

-¿Entonces podrá irse a casa mañana?

-No veo por qué no, siempre y cuando se quede en la cama durante unos días. No la deje trabajar en nada; incluso, no debe caminar mucho. Espero que eso no sea ningún problema.

-Le prometo que no levantará ni un dedo.

-Bien. Ahora debo continuar con mi ronda. La enfermera vendrá en un momento y le traerá unas tabletas, señora Preston. No se preocupe si después de tomarlas se siente soñolienta, pues también contienen un sedante. Hasta pronto, señor Preston.

-Hasta pronto, doctor y... gracias. Ha sido muy amable.

El médico le dio una palmada en el hombro a Blake. Tan pronto como se quedaron solos, Blake se acercó para sentarse en el borde de la cama, estrechando una mano de ella entre las suyas.

-¡Santo Dios! Juliana, no vuelvas a hacer eso -suspiró con expresión de cansancio-. Estaba tan angustiado... Cuando no regresaste a la casa en toda la noche llamé a la policía. Me dijeron que respondías a la descripción de una dama que habían encontrado inconsciente en el muelle de St. Kilda. Por lo visto, un vagabundo los llamó para informarles acerca de ti, pero ya había desaparecido cuando llegó la ambulancia. Como no llevabas ninguna identificación, no tenían idea de quién eras.

Al ver la expresión sombría de Blake, un terrible pensamiento cruzó por la mente de Juliana, provocándole una intensa sensación de náusea.

-Blake, yo no... quiero decir... quienquiera que me haya

atacado... él no...

-No, no te tocó, excepto por el golpe que te dio. Por lo que ha podido averiguar la policía, sólo te quitó las llaves y se llevó tu coche. Ya lo han localizado. Está desmantelado e incendiado en alguna parte.

Juliana sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. -Mi pobre coche...

-Yo te compraré otro.

Juliana se sintió resentida al escuchar ese ofrecimiento. ¿Acaso creía poder resolver todos los proble

mas con tanta facilidad? ¿Simplemente sacando su chequera? Pues bien, se necesitaría mucho más que eso para borrar el recuerdo de la noche anterior. Mucho más que dinero...

-No, Blake, yo me compraré mi propio coche.

Él le soltó la mano y le dirigió una mirada exasperada.

-Por todos los cielos, Juliana, ¿te molesta que yo te compre un maldito coche? ¿Sabes? ¡Hay un límite para la independencia! En especial cuando se trata de mi esposa.

Ella se limitó a mirarlo, pues no tenía fuerzas para discutir. A1 fin, él suspiró cansado, pero no volvió a cogerle la mano.

-De acuerdo, soy irracional -reconoció-. Pero me siento tan mal por lo de anoche... Me comporté como un miserable en el aeropuerto y luego, cuando llegamos a casa, te traté de una manera abominable. No tengo ninguna excusa por lo que hice. Espero que aceptes mis disculpas, Juliana. Te aseguro que no volverá a suceder.

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando la enfermera entró llevando un vaso de agua y un par de calmantes.

-Aquí tiene, señora Preston. Si con eso no se le quita el dolor de cabeza, nada lo hará desaparecer. Permítame... la ayudaré a sentarse.

Juliana logró tragarse las pastillas y después se recostó con un gemido. El dolor de cabeza la estaba matando.

-Pobre -murmuró la enfermera, arreglándole las sábanas-. Pronto se sentirá mejor. ¿Le ha dicho el médico que tal vez se quedará dormida?

Ella asintió.

-La enfermera es muy amable -comentó Blake, cuando salió la mujer.

-Mmm.

-Me iré cuando te hayas quedado dormida.

Reinó un silencio difícil. Juliana sentía demasiado dolor como

para poder charlar o abordar los problemas de su relación personal. La disculpa de Blake no cambiaba el hecho de que, en su interior, sospechaba que ella era una adúltera. Tal vez pensaba actuar con magnanimidad, ocultando esa creencia en un rincón de su mente. Pero Juliana sabía que seguiría acechando allí, envenenando lo que habría podido ser tan bueno entre ellos. ¿Cómo podría seguir siendo feliz en su cama, a sabiendas que él pensaba que había hecho todas esas cosas íntimas con otro hombre... o con varios? ¿Y Blake estaría dispuesto a dormir con una esposa que creía que lo engañaba? ¿En qué la convertiría eso, si no en lo que Bárbara la acusaba de ser?

Juliana se sentía cada vez más desalentada. Tal vez habría llorado, de no ser porque le dolían los ojos y la cabeza le daba vueltas. Bostezó y cerró los ojos. Aunque estaba casi dormida, se estremeció al sentir los labios de Blake sobre su frente. Creyó haber oído un suspiro. ¿De ella misma, o de él? No lo oyó salir de la habitación; para entonces, el sedante ya le había hecho efecto.

Juliana se fue a su casa al día siguiente, a pesar de que aún se sentía exhausta. Pero su agotamiento era más emocional que físico. Se había apoderado de ella una intensa depresión y no podía deshacerse de ella.

Susanne, que se daba cuenta de que las cosas no andaban bien, la cuidaba con cariño. Se desvivía por ella. Instalaron una televisión y un vídeo en el dormi

torio de Juliana, y le llevaba montones de libros de la biblioteca local. Sólo le permitían levantarse para ir al cuarto de baño. El médico la visitaba todos los días para cerciorarse de su progreso. Le recetaron vitaminas y una caja que parecían tranquilizantes, y que Juliana arrojó al inodoro. Recibía flores y regalos de sus compañeros de trabajo.

Pero a pesar de todo, Juliana seguía deprimida. La razón, por supuesto, era Blake. Le habría gustado hablar con él acerca de su relación, de una manera profunda y significativa, pero le resultaba imposible hacerlo. Aunque en apariencia se mostraba atento y considerado, había empezado a tratarla como a un familiar inválido, no como a su esposa. Tenía la sensación de que lo hacía por deber, no porque ella le importara, y los momentos que pasaban juntos eran tensos y difíciles.

Iba a hacerle una visita rápida por la mañana, para charlar con ella durante unos minutos, antes de bajar a desayunar. La llamaba por teléfono una vez al día para preguntarle cómo se sentía y luego cenaba con ella en su habitación, viendo la televisión en silencio. Luego se retiraba a su estudio, diciendo que debía trabajar o hacer

algunas llamadas. Ya no iba a su cama por la noche, ni siquiera para abrazarla o estar a su lado.

Juliana empezó a temer que Blake se aprovechase de la situación para volver a su antigua vida de dormitorios y vidas separadas. Y aunque no le agradaba la idea de que la usara como si fuera una amante, pensó que tal vez la intimidad de la relación sexual habría derribado las barreras emocionales que Blake había vuelto a erigir. Pero en sus escasas conversaciones nunca surgía el tema de hacer el amor. Tenía suerte si él le daba un ligero beso de buenas noches.

Se sentía más deprimida al pensar en el hecho de que Blake no quisiera tocarla. ¿Eso era un matrimonio? Bueno, nunca habían tenido un verdadero matrimonio, decidió, y se sintió todavía más desgraciada; sólo había sido necesaria una crisis para que aflorasen los puntos débiles en su relación. Sin embargo, antes se había engañado, pensando que su matrimonio era sólido. ¿Cómo había podido estar tan loca para creer eso?

Pero por supuesto, eso había sido antes de que comprendiera que amaba a Blake, antes de que empezara a desear mucho más de lo que su marido estaba dispuesto a darle. Bien, había obtenido algo más, en un sentido físico, pero poco a poco Juliana empezaba a llegar a la conclusión de que, incluso aunque reanudasen su vida sexual, a pesar de eso, su matrimonio estaba condenado al fracaso. Era como una bomba de tiempo, en espera de estallar.

Cuando llegó el sábado y Blake se fue a su oflcina, Juliana estaba desesperada. «Ya no puedo soportarlo más», murmuró para sí misma. Haciendo a un lado las sábanas, se puso su vieja bata rosa y bajó despacio por la escalera. Susanne estaba ocupada fregando el suelo del vestíbulo, cuando alzó la vista y la descubrió.

-Se supone que todavía no puede bajar -la reprendió-. El médico dijo que tal vez mañana podría sentarse a tomar el sol cerca de la piscina, pero no hoy. ¡y ni siquiera se ha puesto sus zapatillas! Vamos, Juliana, ¿quiere coger un resfriado?

-Habla como solía hacerlo mi madre -comentó Juliana, sintiendo un nudo en la garganta-. Ella... era la cocinera aquí, ¿lo sabía?

El ama de llaves la miró con una expresión de verdadera sorpresa.

-No... no lo sabía.

Juliana deslizó una mano por la balaustrada, y sintió un nudo en el estómago.

-Supongo que en realidad no estoy hecha para ser la dueña de esta casa. Debí suponer que esto no daría resultado...

-Juliana, ¿de qué está hablando? Usted es una de las damas más amables para las que he trabajado. Vamos, es usted una verdadera dama, no como esas señoras orgullosas que creen que el dinero les da categoría. Todo lo que puedo decir es que su madre también debió de ser una verdadera dama, a juzgar por usted. No quiero volver a oírla, tratando de rebajarse, ¿me oye?

Juliana parpadeó, sorprendida, al escuchar la merecida reprimenda del ama de llaves. Pensó que tal vez eso era lo que necesitaba para salir de esa terrible depresión.

-Y hay algo más -añadió el ama de llaves, con el rostro ruborizado por la emoción-. Creo que después de Navidad, el señor Preston y usted deberían disfrutar de unas vacaciones. Si Fred y yo hubiéramos pasado más tiempo juntos, habríamos sido más felices. Su esposo trabaja demasiado y usted también. Llega un momento en que, si una pareja quiere tener hijos, ya es demasiado tarde. Se separan cada vez más y todo resulta mucho más difícil -se adelantó y le puso una mano en el brazo, con una expresión compasiva-. Ahora sé lo mucho que quiere a su marido. Se me parte el corazón al ver cómo lo mira a veces, pero es inútil que piense que usted puede cambiar sus fríos modales. El señor Preston es uno de esos hombres que no quieren parecer débiles ante las mujeres. Pero si coloca en sus brazos un pequeño que sea de su propia carne y de su sangre, se derretirá. ¡Podría apostar todo mi dinero! Juliana se quedó mirando al ama de llaves.

«Un hijo», pensó. Blake le había pedido que tuvieran un hijo, pero ella no se había sentido dispuesta a correr el riesgo. Sin embargo, amar a alguien siempre era un riesgo y ella se enorgullecía de no ser una cobarde.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de gratitud, al mirar a aquella mujer de rostro severo, pero de corazón bondadoso.

-Tal vez tenga razón. Sí, eso creo. Hablaré con Blake acerca de una segunda luna de miel, cuando regrese a casa. Gracias, Susanne, ahora me siento mucho mejor.

Pero no tuvo oportunidad de discutir con Blake la posibilidad de una segunda luna de miel. Esa tarde entró en su dormitorio llevando en los brazos una gran caja de cartón.

-¡Hola! -la saludó-. Te ves mucho mejor.

Ella dejó el libro y sonrió, recordando su determinación de no renunciar a ese matrimonio antes de agotar todos sus recursos.

-¿Qué es eso? -le preguntó curiosa. Blake era la única persona que no le había llevado un regalo mientras estuvo enferma, tal vez porque todos la habían inundado de obsequios. Por supuesto, era

típico de él no hacerle regalos.

-Es un obsequió para desearte un pronto restablecimiento --contestó él.

Cuando cruzó la habitación con la caja en los brazos, se oyeron unos gemidos a través de los agujeros de los costados.

-¡Oh, Blake! ¿Es un cachorro, verdad? -exclamó deleitada-. ¡Por favor, déjame verlo!

-¡Paciencia! -le ordenó él, y dejó la caja sobre la cama, abriendo la tapa para revelar el cachorro más adorable que la joven había visto.

-¡Oh, Blake! -tomó en sus brazos al cachorro, que de inmediato empezó a lamerle la cara en señal de

gratitud, porque al 6n había escapado de su oscura prisión.

-¿De qué raza es? -le preguntó. -Labrador.

-Eres tan precioso como un tesoro, ¿verdad, querido? Así lo llamaré... Tesoro.

-Pensé que te hará compañía mientras estoy fuera. Juliana alzó la vista. Blake contemplaba al cachorro con una expresión inescrutable. Como siempre, presentaba una apariencia increíblemente atractiva con su traje gris, pero su atractivo ya no le importaba a Juliana. Lo que ansiaba era su corazón.

-¿Te irás antes de Navidad? -le preguntó con voz apagada.

-Me temo que debo hacerlo. Hay ciertos problemas con un embarque de juegos de vídeo. Cuando el barco llegó, la semana pasada, sólo recibimos la mitad de la mercancía. La manera más fácil y rápida de solucionar el problema es viajando allí personalmente.

-¿Allí? -A Tokio. -Entiendo... -No quiero ir, Juliana, pero debo hacerlo.

-¡Por supuesto! -se obligó a sonreír-. Y tienes razón, Tesoro me hará compañía, ¿verdad, querido? El perro correspondió, entusiasta, a sus atenciones. -¿Cuándo te irás? -le preguntó con la vista baja. -Esta misma noche.

-¡Esta noche! -exclamó ella, sorprendida.

-Sí, mi avión sale dentro de poco más de una hora. Si me voy de inmediato, es probable que consiga que envíen el resto para distribuirlo en las tiendas, antes de Navidad.

-¿Ya... has hecho las maletas?

-Sí. Esta tarde llamé a la señora Dawson desde la oficina.

-Ella no me comentó nada. -Yo le pedí que no lo hiciera. -¿Y cuándo regresarás?

-No antes del próximo jueves. -Tanto tiempo...

-Creo que lo de Tokio será cuestión de días, pero en el trayecto de vuelta me detendré en Hong Kong. Juliana sintió una opresión en el estómago. Se preguntó cuál era el nombre de la mujer de Hong Kong... Jasmine... Era un nombre tan deprimentemente sensual y femenino. Pensó que sin duda Jasmine sería así. -¿Y cuál es la atracción en Hong Kong? -le preguntó bruscamente.

-Tengo algunos negocios allí -se inclinó para besarla en la mejilla-. Regresaré tan pronto como pueda. Juliana se mordió la lengua para no hablar. No tenía pruebas de que Blake fuera a Hong Kong a ver a una mujer. La última vez que viajó al extranjero no se había llevado la agenda. Se preguntó por qué debería hacerlo en esa ocasión. «Porque ya no vivís como marido y mujer», le contestó una vocecita interna. «Tal vez necesita ver a esa mujer.»

-¡Blake!

Él estaba a punto de salir de la habitación cuando su nombre salió de los labios de Juliana. Se detuvo y dio media vuelta, mirándola ceñudo por su estallido emocional.

-¿Sí? -le preguntó.

Juliana quería decirle lo mucho que lo echaría de menos, pero de pronto no pudo hablar.

-Gracias por el cachorro.

-Ha sido un placer -sonrió irónico-. Hasta pron

to. Cuídate y no vayas a pasear por los muelles desier-tos, de madrugada.

Unos momentos después de su partida, la invadio la terrible tentación de correr a su habitación y ver si la agenda seguía allí. No sabía qué sería peor... renunciar a buscarla y mantener con vida sus optimistas esperanzas, o arriesgarse a ver el lugar vacío en el cajón.

A1 final no pudo soportar la incertidumbre. Con el cachorro en brazos, caminó temblorosa hasta la habitación de Blake y abrió el cajón. ¡Allí estaba! ;Santo cielo, allí estaba! Se dejó caer en la cama y abrazo al cachorro, temblando de emoción. Pero poco a poco l,: extraña sensación de que algo no estaba bien fue dl,:pando su alivio para reemplazarlo por una creciente inquietud. Alzó la vista y miró de nuevo el cajón. Entonces comprendió. La agenda no estaba en el lugar de antes, debajo de la novela, que seguía allí, sino que e n ese momento estaba encima, a plena vista. Alguien :.: había sacado recientemente y la había guardado en unlugar distinto. ¿Por qué?

Había muchas explicaciones distintas, pero de alguna manera ninguna consolaba a Juliana. A1 fin, de j0 --cachorro encima de la cama, tomó la agenda y empezó a hojearla, sin saber qué

encontraría. De inmediato v i, el espacio de una página arrancada y comprendió. ante, de que una inspección más cuidadosa se lo confirman._ que se trataba de la página donde aparecía el nombre de Jasmine, de Hong Kong. Pálida, pero extrañamente serena una vez que ya sabía la terrible verdad, guardó la agenda, tomó al cachorro y regresó a su habitación.

Se sentó sobre la cama, con expresión ausente Se dijo que tenía cinco días para pensar en eso. Cinco días para decidir si podría seguir viviendo con un hombre que le era infiel, para decidir si podría seguir amándolo. Cinco días para encontrar la manera de sobrellevar ese infierno.

Capítulo 12

JULIANA estaba recostada en una tumbona cerca de la piscina tratando de conservar la calma. Blake regresaría dentro de pocas horas. Sabía que si empezaba a ponerse nerviosa en ese momento, estaría hecha un desastre cuando él llegara. Pero era difícil conservar la calma el día que pensaba pedirle el divorcio.

Había decidido no mencionarle a Blake el nombre de Jasmine, ni el de las demás mujeres de la agenda. Se dijo que, en realidad, sólo eran los síntomas de la verdadera enfermedad que estaba destruyendo su matrimonio: que Blake no confiara en ella ni la respetara. Habría podido seguir adelante sin su amor; pero no si él no la respetaba.

Los repentino ladridos de Tesoro la hicieron darse la vuelta para ver a quién le ladraba. Pero con el sol en los ojos le resultaba difícil mirar hacia el patio en la sombra. Sólo pudo distinguir a alguien que descorría las puertas de cristal y alzaba en brazos al animal. Alguien alto y rubio... al reconocerlo, empezó a respirar agitada.

-¡Blake! -se puso de pie, y a toda prisa se puso una bata sobre el bikini rojo-. ¿Qué estás haciendo tan temprano en casa?

El se adelantó, acariciando al cachorro, y frunció el ceño al verla tan agitada.

-He aprovechado un vuelo anterior. ¿Hay algún problema con eso? ¿Vas a salir? -recorrió con la mirada la figura de Juliana-. No lo creo, con esa ropa.

-No, no voy a salir, pero yo... -titubeó. ¿Cómo podía decirle que quería estar vestida más formalmente para darle la noticia?

-¿Tú, qué, Juliana? ¿He llegado a casa en un momento inoportuno? ¿Es eso?

Su sarcasmo fue la gota que colmó el vaso. Lo miró exasperada y sacudió la cabeza, cansada y frustrada. -Sí, Blake -convino con expresión hosca-. Has llegado en un momento inoportuno. Verás, tenía un plan, lo tenía todo calculado. Iba a comportarme de la manera más razonable y tranquila. Madura y... tan amable como pudiera. Porque he pensado que tal vez tú no tengas la culpa de ser como eres. Pero ahora me doy cuenta de que habría perdido el tiempo, así que te lo diré con toda franqueza. Quiero el divorcio, Blake. Ya no puedo soportar más.

Él no dijo nada durante varios segundos; sólo la miró con una expresión inescrutable, y dejó de acariciar al cachorro. Luego lo depositó con cuidado en el suelo, y se irguió para mirarla colérico.

-¿Qué es lo que ya no puedes soportar?

-Aquí no, Blake -suspiró Juliana, y se dispuso a entrar en la casa.

Él la sujetó de un brazo y la obligó a mirarlo a la cara.

-¿Quién es? le preguntó-. ¡Dímelo!

-Por favor, Blake, no quiero una escena, sólo quiero el divorcio. Tú me prometiste que nos separaríamos si después del primer año nuestro matrimonio no resultaba. Pues, bien, casi ha terminado el primer año y no soy feliz a tu lado. Creo que es la manera más amable en que puedo decirlo.

Él abrió *los ojos* con una expresión horrorizada y la soltó.

-¡Santo Dios! Te has enamorado, ¿no es cierto? Ella entreabrió los labios, sorprendida, antes de comprender que él se refería a que se había enamorado de otro hombre. Cuando recobró la compostura, el daño ya estaba hecho. Su rubor culpable la había delatado.

-¿No es el maldito Stewart, verdad? -preguntó furioso-. ¿O es de nuevo Hawthorne? ¡Por todos los cielos, no me digas que es Hawthorne!

Los ojos de Juliana reflejaron una profunda tristeza. -No es de nadie, Blake. Como de costumbre, no comprendes nada.

-No -declaró él, irónico-. A1 fin lo comprendo todo. Tuviste una aventura con alguien durante esas tres semanas que estuve fuera y ahora te has enamorado de él.

Juliana lo miró incrédula.

-¿Sinceramente crees que te habría hecho el amor como lo he hecho si hubiera estado enamorada de otro hombre?

-¡Últimamente no has hecho el amor conmigo! En cuanto a las otras veces... no serías la primera mujer que disimula su culpa detrás de un estallido de pasión al hacer el amor. Tal vez entonces no te habías enamorado de ese bastardo, quizá sólo se trataba de otra sórdida aventura... Por el amor de Dios, ¿por qué no lo reconoces? Ya me has pedido el divorcio. ¡Lo mínimo que merezco es la maldita verdad!

-De acuerdo, Blake. ¿Quieres la verdad? Pues la tendrás. Sí, me he enamorado de alguien. ¡Y sí, él es un bastardo! Tienes mucha razón en eso. Pero te equivocas en cuanto al momento. Antes de que mejorara nuestra vida sexual, ya sabía que lo amaba, en mi mente no había la menor duda. Era una certidumh.-: Y la razón de ello era que mi amor secreto no era otr, que mi propio marido. ¡Tú, Blake! ¡Me había enamorado de ti!

Mientras ella hablaba, toda la sangre pareció desaparecer del rostro de Blake, hasta que al final recobró el color.

-¡De mí! -exclamó, obviamente desconcertado. -Sí, de ti -rió ella,

casi histérica-. ¿Divertido, verdad? A la mayoría de los hombres les encantaría que sus esposas los amaran como yo he comprendido que te amo, como siempre te he amado.

-¿Tú... siempre me has amado? -exclamó él con voz ronca.

Ella se encogió de hombros, con una indiferencia nacida de la desesperación.

-No fui consciente de ello hasta que creí que había> muerto en ese accidente aéreo. Es sorprendente cómo el hecho de perder a una persona te hace tomar conciencia de lo mucho que significa para ti. Yo... -tragó saliva, tratando de recurrir a su fortaleza interior. y lo miró a los *ojos* con una creciente amargura-. Sí. Blake. siempre te he amado. Tal vez desde el primer momento en que nos conocimos -en ese momento su risa era burlona-. Blake Preston... mi héroe... mi príncipe. Sólo que mi príncipe no quiere mi amor. Nunca lo ha querido. El amor y él se separaron hace mucho tiempo. -Juliana... querida...

-¡Oh, no me llames «querida», rata insensible infiel! -estalló, pues la cólera le parecía una emocikmás segura que el sentimentalismo.

-¡Infiel!

Si ella pensó que lo había sorprendido antes, en ese instante Blake parecía totalmente desconcertado.

-¿Desde cuándo te he sido infiel? -le preguntó, furioso.

-¡Para empezar, desde que fuiste a ver a tu querida Jasmine! -replicó ella, y por la expresión de Blake, comprendió de inmediato que había dado en el blanco-. ¿Creías que no estaba enterada de lo de tu agenda? -se burló-. ¡Pues bien, sí conocía su existencia! Bárbara se sintió muy feliz de informarme de ello, e incluso me dijo dónde podía encontrarla. Es sorprendente lo que puede hacer una mujer enamorada cuando se siente desesperada. Y esta última vez casi te saliste con la tuya. De no ser porque vi que la habían cambiado de lugar, de no ser porque la tomé y vi la página que faltaba, no habría...

Su voz se apagó cuando vio el pequeño estuche de terciopelo que Blake sostenía en la palma de la mano. También tenía una expresión de lo más peculiar, como si tratara de no llorar.

--Jasmine y yo fuimos amantes -respondió con voz temblorosa-. Hace muchos años, igual que todas las mujeres cuyos nombres viste en la agenda... Hacía tanto tiempo que no la sacaba del cajón, que me había olvidado de que estaba allí, hasta que tuve que buscar el número de teléfono de cierta mujer que ahora mismo está

felizmente casada y que además es una excelente joyera. Necesitaba el número de Jasmine, Juliana, porque quería comprarte esto.

Abrió el estuche y apareció un anillo de brillantes, bellísimo e increíblemente delicado.

-Nunca te compré un anillo de compromiso. Esta vez quería cortejarte, hacer que te enamoraras de mí, porque... verás... descubrí lo mucho que te amo, la misma noche que intentaste huir. Cuando te vi inconsciente en esa cama en el hospital, comprendí que si morías, que si alguna vez llegaba a perderte, yo ya no

tendría ninguna razón para vivir... -aspiró profundamente y soltó el aire, estremecido, pero luego su boca se curvó en una sonrisa irónica-. Por supuesto que tuve problemas para reconocer y aceptar esos sentimientos tan profundos. ¿Cómo era posible que hubiera hecho algo que me juré que jamás haría? ¡En especial con mi mujer, tan fría, independiente y ambiciosa, que no correspondía a mi amor y de quien sospechaba que tenía una aventura o varias! Durante toda la semana siguiente luché con mis sentimientos, pero una vez que acepté que no desaparecerían, que eran reales, decidí hacer algo. Puesto que aún seguías a mi lado, pensé que ese otro hombre... o esos hombres... no significaban nada para ti, que sólo era una cuestión de sexo. ¡Sin embargo, nuestra relación sexual era mejor que nunca! Así que en ese momento decidí que te obligaría a enamorarte de mí, aunque fuera lo único que hiciera. ¡Y ahora... ahora tú me dices que siempre me has amado!

Juliana tenía los ojos inundados de lágrimas.

-¡Oh, Blake...! ¿Es verdad lo que dices? ¿En realidad me amas?

-¿Que si en realidad te amo...?

Sacudió la cabeza, y por una fracción de segundo ella vio un destello de dolor en sus ojos, que le dijo que Blake debió de haber vivido un infierno, al igual que ella. De eso no cabía la menor duda, pues durante todo el tiempo él había pensado que ella le era infiel, y había tenido que luchar con sus celos. Y, a pesar de todo. Blake había decidido que si lograba ganarse su amor trataría de olvidar sus infidelidades y seguir adelante.

Él sacó el anillo del estuche y se apoderó de la mano izquierda de Juliana. Las manos le temblaban cuando deslizó la sortija en su dedo, junto al sencillo anillo de matrimonio.

-Con esta sortija -pronunció-, te desposo. Con mi cuerpo te adoraré...

Y estrechándola en sus brazos, la besó como si jamás quisiera dejarla ir.

Y jamás lo hizo.